

**CARTAS ANUAS DE LA
PROVINCIA JESUITICA
DEL PARAGUAY
1644-1646 y 1647-1649**



**DOCUMENTOS DE GEOHISTORIA REGIONAL N° 14
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GEOHISTÓRICAS - IIGHI
CONICET**

RESISTENCIA, CHACO 2007

**CARTAS ANUAS DE LA
PROVINCIA JESUITICA
DEL PARAGUAY
1645-1646
y
1647-1649**

ISSN 0325-9404

**CARTAS ANUAS DE LA
PROVINCIA JESUÍTICA
DEL PARAGUAY**

1645-1646

y

1647-1649

Introducción: Dr. Ernesto J. A. Maeder

Colaboración: Dra. María Laura Salinas

**DOCUMENTOS DE GEOHISTORIA REGIONAL N° 14
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GEOHISTÓRICAS-CONICET
RESISTENCIA, CHACO 2007**

El Instituto de Investigaciones Geohistóricas desea dejar constancia de su agradecimiento al ex Subsecretario de Cultura de la Provincia de Corrientes, Señor Norberto Lischinsky, quien se interesara por la publicación de las presentes Cartas Anuas y a sus colaboradoras, Prof. María Nuñez Camelino por su amable y positiva gestión y Belén Quiñones, quién realizó la diagramación inicial de esta obra.

Lamentablemente, circunstancias ajenas a ambas instituciones impidieron dicha edición, la cual emprendemos actualmente dentro de la serie Documentos de Geohistoria Regional.

ÍNDICE

	Página
Introducción	7
Cartas Anuas de 1645-1646	17
Cartas Anuas de 1647-1649	65
Índice de los capítulos de las Cartas Anuas 1645-1646	195
Índice de los capítulos de las Cartas Anuas 1647-1649	197
Índice onomástico de las Cartas Anuas 1645-1646	199
Índice toponímico de las Cartas Anuas 1645-1646	200
Índice onomástico de las Cartas Anuas 1647-1649	202
Índice toponímico de las Cartas Anuas 1647-1649	204

INTRODUCCIÓN

El presente volumen contiene las Cartas Anuas de 1645-1646 y 1647-1649, firmadas por el padre Juan Bautista Ferrufino, Provincial de la Provincia Jesuítica del Paraguay. Se las ha reunido en una sola publicación ya que corresponden a una misma gestión y tratan uno de los temas dominantes de aquel quinquenio, como fue el conflicto que se suscitó en Asunción entre el obispo fray Bernardino de Cárdenas OFM y el colegio jesuítico de aquella ciudad. Situación que supuso, entre otros incidentes, la expulsión de los jesuitas de Asunción. Este tema, de suyo polémico y presente en las Cartas Anuas de su antecesor, el padre Francisco Lupercio de Zurbano, adquirió en la época de Ferrufino, particular gravedad, hasta trascender las fronteras de la provincia.¹

Ajustado a un modelo de carta ya consagrado en años anteriores, las dos cartas se inician con una reseña del personal religioso existente en la provincia, tanto de sacerdotes y novicios como hermanos coadjutores temporales. En el bienio 1645-1646 el total del personal religioso suma 164 personas, lo mismo que en el trienio siguiente. Pero en una y otra época los datos parciales varían: los sacerdotes eran 109 y 108; los novicios 8 y 13 y los coadjutores temporales 47 y 43, respectivamente.

Asimismo, se describen las funciones y ministerios que cumplía dicho personal en los colegios y en las misiones rurales. En ambos casos la descripción es sumaria. A partir de allí, el contenido de ambos textos requiere ser reseñado por separado.

¹ Dichas Cartas corresponden a los años 1641-1643 y 1644 y fueron publicadas en esta misma colección con el título de *Cartas Anuas de la Provincia Jesuítica del Paraguay 1641-1643*, con introducción de Ernesto J. A. Maeder. Resistencia, Instituto de Investigaciones Geohistóricas, 1996 y *Cartas Anuas de la Provincia Jesuítica del Paraguay 1644*, con similar introducción y sede editorial, publicada en 2000.

El contenido de la carta de 1645-1646

Luego de la presentación inicial, la carta está centrada en la descripción de las labores que se llevan a cabo en cada uno de los ocho colegios existentes en la Provincia Jesuítica del Paraguay. En la gobernación y episcopado del Paraguay se hallaba el colegio de Asunción.

Otros dos colegios ubicados en Buenos Aires y Santa Fe correspondían a la gobernación y obispado bonaerense y otros cinco, radicados en Córdoba, La Rioja, Santiago del Estero, San Miguel del Tucumán y Salta pertenecían a la gobernación y el obispado de Tucumán. La descripción de cada colegio es casi siempre muy sucinta, salvo en los aspectos que hacen a la dimensión de la vida religiosa. Se inicia con las cifras del personal con que cuenta cada sede y las labores que cumplen; se mencionan los resultados obtenidos en las misiones rurales que se llevaban a cabo desde los colegios de Córdoba, Buenos Aires y Salta; la mejora edilicia y económica operada en Córdoba, Santiago del Estero y Buenos Aires; las limosnas distribuidas en Tucumán, así como las extensas descripciones de las misiones entre los indios abaucanes y hualfines desde La Rioja y entre los calchaquís desde Salta. En lo que se refiere al colegio de Asunción, la carta sólo menciona que la antigua querella con Cárdenas se atenuó, en razón del destierro del obispo en Corrientes, durante ese bienio.

Esta relación sobre los colegios se completa con la inclusión de las necrologías de los padres Vicente Hernández, fallecido en Córdoba y Antonio Moranta, en Asunción. En todos los casos, el relato va acompañado con numerosas referencias a hechos de conciencia, devociones, conversiones o reconciliaciones obradas por la acción personal de los padres jesuitas.

La segunda parte de esta carta aborda en general, la labor cumplida en las misiones de guaraníes, para luego y en particular, describir lo ocurrido en las diez misiones del Paraná, las diez del Uruguay y las dos del Itatín.²

² Las diez misiones del Paraná eran las de San Ignacio, también llamada Guazú, Candelaria, Santos Cosme y Damián, Santa Ana, Nuestra Señora de Loreto, San

En esta oportunidad, el padre Ferrufino creyó oportuno reiterar algunas informaciones ya conocidas sobre las misiones. Describe así, sumariamente, a dichos pueblos, las funciones pastorales que cumplían los religiosos y las rutinas que en materia de enseñanza se aplicaban a los niños. Menciona la catequesis, el canto coral y la música y para los varones, la destreza en la escritura. El autor refiere complacido los beneficios que ha reportado esta enseñanza en materia de costumbres, devociones y convivencia. Cabe recordar que dichas misiones eran relativamente recientes y por esos mismo, se apreciaban y valoraban mucho estos resultados en el orden moral

La reseña general señala que las veintidós reducciones se hallaban a cargo sólo de cincuenta y dos sacerdotes y cuatro hermanos coadjutores temporales. De estos, dos eran estancieros, uno pintor y el otro escultor.

En cuanto a las particularidades de cada reducción, las noticias sobre los asuntos temporales son escasas. Se han registrado epidemias en Candelaria y San Carlos, y escasez de alimentos y hambre en Santa Ana. En Loreto se edificó una nueva iglesia, con retablo y pinturas en las que trabajaron los dos hermanos ya citados. En Yapeyú se acogió a una cincuentena de indios y desde Corpus se realizaron varias misiones en búsqueda de prófugos y extraviados procedentes de la frontera con el Brasil. En esa misma área se advierte que los indios gualachos tuvieron encuentros con los tupíes, lo que evidencia el carácter fronterizo de estas dos misiones. Otro aspecto que merece destacarse, son los comentarios respecto de las perspectivas misionales que ofrecían los pueblos indígenas existentes al oeste del río Paraguay, en cercanía de las misiones del Itatín.

Fuera de estos escasos datos, se incluyen otras dos reseñas necrológicas sobre los padres Francisco Broglia y Pedro Romero,

Carlos, San José, Corpus Christi, Encarnación o Itapúa y San Ignacio del Yabebirí. Las diez del Uruguay eran Yapeyú, Concepción, San Miguel, Santo Tomé o Tomás, Mártires, Santa María la Mayor, Apóstoles, San Nicolás, Asunción del Mbororé y San Francisco Javier. Las dos del Itatín se denominaban San Ignacio de Caaguazú y Nuestra Señora de Fe.

fallecido el primero en la reducción de Itapúa y el segundo en el Itatín.

El resto de la información, por cierto abundante, está dedicada a comentar las devociones de los indios y casos morales edificantes, a los cuales el autor ha concedido amplia extensión y detalle.

El contenido de la carta de 1647-1649

La disposición de los temas en esta segunda carta es similar, aunque con algunas variantes derivadas de los acontecimientos vividos en el Paraguay como resultado de los ya mencionados conflictos entre el obispo Cárdenas y los jesuitas del colegio de Asunción. La extensión de la misma, es mayor que la anterior.

La carta se inicia con una breve introducción acerca de lo ocurrido en los cinco colegios del Tucumán y la misión de calchaquíes y los dos colegios de la provincia bonaerense. Como en la carta anterior, las referencias a las cuestiones de orden temporal son escasas y a veces, algo imprecisas.

Para cada uno de los colegios se indica el número de sacerdotes y coadjutores. En Córdoba los novicios comparten con los alumnos externos la enseñanza superior. Las misiones rurales están indicadas expresamente en Córdoba, Tucumán y La Rioja, mientras que en el colegio de Salta se mencionan las misiones cumplidas en Jujuy y en la mina de San Antonio. También toma mayor extensión y detalle la misión que se lleva a cabo entre los calchaquíes desde esa ciudad.

Algunos hechos exteriores repercutieron tanto en Córdoba como en Buenos Aires y Santa Fe. En el primer caso se trata de los enfrentamientos habidos en Asunción, respecto de los cuales, la carta hará referencia más adelante, específicamente en las páginas dedicadas al colegio de Asunción. A su vez, el terremoto ocurrido en Santiago de Chile parece haber aterrorizado a la gente en Buenos Aires y Santa Fe, a juzgar por las patéticas expresiones del padre Ferrufino y las reacciones que suscitó en aquellas personas. El colegio

de Santiago del Estero había logrado terminar el templo y la residencia, lo que le permitió a los padres desarrollar allí tareas de enseñanza.

Al referirse a cada colegio, se menciona el fallecimiento de los padres Pedro Herrera en Santiago del Estero y José Quevedo en Córdoba, así como también el deceso del hermano Sebastián Rodríguez en Buenos Aires.

La parte dedicada a las reducciones del Paraná y Uruguay guarda analogía con lo expresado en la carta anterior. En ésta se deja constancia del número de sacerdotes y hermanos coadjutores asignado a esa labor. En total había 41 padres y cinco hermanos, dotación que se vio disminuida por el fallecimiento de otros seis sacerdotes y un hermano, cuyas necrologías fueron consignadas al final de este capítulo.³ El número de bajas en el personal de la Provincia fue numeroso y en varias partes de la carta, el padre Provincial no dejó de llamar la atención al padre General, acerca de las limitaciones que ello suponía para la labor pastoral de la Compañía de Jesús en el Río de la Plata. Durante el quinquenio fueron trece los sacerdotes y dos los hermanos fallecidos.

En la introducción a las misiones se reitera, brevemente, la descripción de la labor allí cumplida. Pero en esta oportunidad se dedica un amplio espacio al relato de las interferencias que el obispo de Asunción produjo en el ámbito misional, luego de su regreso a la diócesis en 1647. Con todo destalle se menciona la difusión de fantasías sobre la explotación de minas de oro en las reducciones, el resultado negativo de la visita que con ese objeto realizó el gobernador de Buenos Aires, y la búsqueda y el castigo que sufrió el indio que divulgó dicha patraña.⁴ También se menciona la visita que a las mismas misiones realizó el obispo de Buenos Aires, fray Cristóbal de la Mancha y

³ Se trata de los padres Carlos Arconato, Juan Bautista Hornos, Claudio Royer, Adriano Formoso, Cristóbal Arenas y Domingo Martínez, así como el hermano Juan Cárdenas.

⁴ Jacinto de Lariz, gobernador de Buenos Aires entre 1643 y 1653, visitó las misiones de su jurisdicción en los meses de agosto a noviembre de 1647.

Velazco.⁵ Estos temas, así como los que posteriormente están dedicados a los conflictos radicados en el colegio de Asunción, ocupan prácticamente la mitad de esta extensa carta.

En la descripción particular de cada una de las veinte reducciones, predominan los ejemplos de costumbres virtuosas y las reflexiones sobre la vida cristiana y devota de los guaraníes, su participación en congregaciones marianas o los rasgos morales de algunas figuras sobresalientes, como los caciques Bairobá, del pueblo de San Nicolás y Fernando Aripí, así como la muerte ejemplar del encargado de la música del pueblo de San Carlos.

En otro orden de cosas, son varias las noticias concretas sobre aspectos edilicios, económicos o particulares. Así, por ejemplo, se mencionan los recientes traslados de los pueblos de Candelaria y Santos Cosme y Damián por razones de salubridad; la buena construcción de las iglesias y residencias de Loreto, San Ignacio del Paraná, San José, San Miguel y Santo Tomé y las que se hallaban en edificación o con los materiales ya acopiados a ese efecto, como ocurría en Candelaria, San Carlos, Corpus Christi, Mártires y San Francisco Javier. O cuando, tras el incendio provocado por un rayo, se inició la edificación del nuevo templo de Apóstoles, con materiales más duraderos, probablemente tejas cocidas, como las que ya se habían empleado en Mártires. También se mencionan las cuatrocientas casas que disponía Yapeyú para alojar a sus dispersos pobladores.

En cuanto al equipamiento de los templos, se citan los trabajos de pintura y los retablos existentes en Santos Cosme y Damián, Loreto, San José y Asunción del Mbororé, así como la llegada desde Europa de tallas dedicadas a las imágenes de Nuestra Señora de Loreto y

⁵ El obispo de Buenos Aires, fray Cristóbal de la Mancha y Velazco O.P. (1646-1673) visitó su diócesis entre 1647 y 1648, y dentro de ella, las 17 reducciones de su jurisdicción. En esa oportunidad, creyó necesario fijar el límite norte de la misma en el río Paraná. A su vez, en la diócesis de Asunción del Paraguay, se hallaban entonces las otras tres reducciones de San Ignacio del Paraná, Encarnación o Itapúa y Santos Cosme y Damián. Además, se hallaban otras dos, ubicadas en la región del Itatín, sobre las cuales la carta se refiere en capítulo aparte.

Nuestra Señora de la Concepción. Ambas fueron recibidas por los indios con singulares demostraciones de regocijo y devoción.

También se ponderan en la carta las existencias de ganado en las estancias de San Carlos, Concepción, Apóstoles, San Nicolás y Yapeyú; los algodinales que prosperaban en Concepción, las chacras de Corpus Christi, así como la combinación de caza y pesca con el abastecimiento agrícola y ganadero en el pueblo de Yapeyú.

Otros rasgos destacados en la carta son las expediciones hechas a las tierras de los guanás desde el pueblo de Corpus Christi y otros indios dispersos; la mezclas de parcialidades guaraníes en Santa Ana, las dificultades para acoger a la población dispersa en Yapeyú y el buen diseño de los ponchos de sus pobladores.

En este trienio se llama la atención sobre el influjo negativo que la cercanía de los pueblos paraguayos ejercía sobre los neófitos de San Ignacio del Paraná; al mismo tiempo se destaca el hospedaje que allí se brindaba a los viajeros, el refugio que algunos vecinos de Asunción hallaron en el pueblo de Encarnación y sobre todo, la reverencia con que se mantenía la tumba del padre Roque González de Santa Cruz y de sus compañeros en el pueblo de Concepción.⁶ Al referirse al pueblo de Loreto, se advierte alguna reiteración de las noticias ya mencionadas en la carta anterior. El padre Ferrufino visitó las misiones durante esta etapa y sus testimonios, parecen proceder de sus propias observaciones.

Concluida la relación sobre las misiones del Paraná y Uruguay, la carta aborda lo sucedido en el colegio de Asunción, en cuyo ámbito se desarrollaron los principales conflictos con el obispo Cárdenas. A fin de dar unidad a este tema tan espinoso, el padre Ferrufino ha optado por recordar los antecedentes del caso en los años anteriores, que correspondieron al provincialato del padre Francisco Lupercio de Zurbano (1640-1645). Luego de esta exposición retrospectiva, la

⁶ Al referirse a la influencia negativa de la cercanía paraguaya, cabe recordar que una parte de la población indígena de San Ignacio del Paraná estaba encomendada a vecinos de Asunción y mitaban periódicamente a las chacras de estos vecinos.

presente carta expone el relato de las incidencias ocurridas posteriormente. Mientras duró el exilio forzoso del obispo en Corrientes, desde fines de 1644 hasta febrero de 1647, los hechos principales fueron recogidos en la carta anterior. Pero desde 1647 en adelante, el relato sobre la tensa situación planteada cobra extensión y es referida con gran cantidad de detalles e incidentes. A partir de la muerte del gobernador Escobar y Osorio, los sucesos aumentan en dramatismo, tras la elección del obispo como gobernador de la provincia del Paraguay, la expulsión de los jesuitas del colegio, el reclamo del padre Provincial ante la Audiencia por el atropello; la designación del gobernador interino Sebastián de León y Zárate; la resistencia armada de los seguidores del obispo; el reingreso de los jesuitas al colegio y los sucesos posteriores hasta diciembre de 1649.⁷

⁷ Es imposible resumir aquí el conjunto de incidencias a que dio lugar la actuación del obispo Cárdenas en su conflictivo episcopado. Una mera cronología de los hechos puede contribuir a dar mayor claridad al apasionado texto de la carta. El obispo se restituyó a la ciudad de Asunción el 25 de febrero de 1647. Resistido por el cabildo eclesiástico, constituyó inicialmente el convento de los franciscanos en catedral. El 31 de mayo de ese mismo año, se emitió en Lima una real provisión del virrey, reiterando anteriores intimaciones al obispo, para que se presentara a justificar sus acciones ante la Audiencia de Charcas. Los canónigos Diego Ponce de León y Fernando Sánchez del Valle, refugiados en el colegio jesuítico, son intimados a reintegrarse a la catedral, donde ya residía el obispo. Durante el año 1648 continuaron las tensiones. Tras la muerte del gobernador Escobar Osorio el 26 de marzo de 1649, el cabildo de Asunción eligió gobernador de la provincia al obispo el 4 de abril, invocando para ello una antigua real cédula de 1537. Poco después, el obispo gobernador dispuso la expulsión de los jesuitas del colegio. Su gestión gubernativa continuó hasta la llegada del gobernador interino el 1 de agosto de 1649. Sebastián de León y Zárate, apoyado por milicias guaraníes y soldados, dispersó a los seguidores del obispo que resistieron armados su entrada a la ciudad. Una vez hecho cargo del gobierno, restituyó a los jesuitas al colegio. El obispo salió de la ciudad rumbo a Santa Fe y Buenos Aires, y en 1651 emprendía su viaje a Chuquisaca. En el ínterin, los jesuitas lograron que se nombrara un juez conservador, cargo que recayó en fray Pedro Nolasco O.M. quien sustanció un proceso y condenó al obispo el 19 de octubre de 1649. Su gestión fue cuestionada más adelante. A fines de 1650 llegó a Asunción el visitador Andrés de León y Garavito con el título de gobernador de la provincia. Formalizó un juicio sobre los sucesos ocurridos en la ciudad y luego de dicho proceso, dictó sentencia el 17 de agosto de 1651, declarando

Concluidos estos episodios, el último capítulo de la carta está dedicado a la misión de los Itatines. Esta se hallaba ubicada al norte de la provincia. El texto recoge los antecedentes de dicha misión desde 1630, el ataque de los bandeirantes en 1648, el repliegue de los dos pueblos, la sustitución que el obispo hizo de los jesuitas por los clérigos y el posterior retorno de la Compañía a la atención de las misiones. El relato concluye con el obituario del padre Alonso Arias y el epílogo de la carta.

El texto incluye transcripciones de varias cartas del obispo fray Pedro Maldonado, otra de Sebastián de León y Zárate y párrafos de algunas otras. En alguno de esos textos, se han colocado comillas entre corchetes.

Características de la presente edición

La presente edición reúne las dos cartas que corresponden al mismo provincialato del padre Ferrufino. De la primera, que abarca el bienio 1645-1646, se conservan dos versiones: una de ellas latina, firmada por el padre Provincial, sin fecha y conservada en el Archivo de la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús, en el Colegio del Salvador, en Buenos Aires. Dicha versión se halla en una copia cuidadosamente dactilografiada. De ese texto, el padre Carlos Leonhardt realizó, hace muchos años, una traducción al castellano. Esa versión ha servido para la actual publicación. Otra versión de la misma carta, en castellano, en veinticuatro fojas, pero sin firma, se guarda en la Colección Pedro de Ángelis, custodiada en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, bajo la anotación I.29.7.47. En la presente edición se han incluido en forma de notas, algunos textos de la versión

nulas, injustas e ilícitas todas las juntas o cabildos habidos desde 1645 hasta 1649 y la quema de dichas actas. A la bibliografía ya clásica sobre este polémico conflicto, tanto a favor del obispo como de la posición de los jesuitas, se ha añadido últimamente la obra reivindicatoria de fray Wolfgang Priewasser O.F.M., *El Ilmo fray don Bernardino de Cárdenas*. Asunción, Academia Paraguaya de la Historia, 2000, 721. páginas

castellana que ofrecen matices algo diferentes o complementarios de la versión latina traducida.

La segunda carta corresponde, como ya se ha dicho, al trienio 1647-1649. Para ello se ha utilizado la traducción del padre Carlos Leonhardt sobre el texto latino de la misma, conservada en forma similar en el archivo antes mencionado.⁸ Sin embargo, al examinar el material dejado allí por el padre Leonhardt, se advirtió que faltaban las páginas dedicadas a los colegios de la Provincia. En conformidad con la versión latina se tradujo aquella parte faltante, gracias a la colaboración de la profesora Clara Vedoya de Guillén.⁹ También se ajustaron muchas expresiones algo impropias de la traducción del padre Leonhardt, a fin de facilitar su comprensión.

Como en otras oportunidades, el texto de ambas cartas lleva la indicación de las fojas de la versión original, para facilitar su eventual cotejo. Algún agregado se ha colocado entre corchetes. También se han introducido notas biográficas sumarias sobre las personas nombradas o sobre circunstancias que requieren aclaración. Ello va acompañado de índices onomásticos y toponímicos, así como el índice de capítulos de cada carta. Esta labor ha sido realizada por el profesor Fernando Pozzaglio, becario de la Secretaria General de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional del Nordeste.

⁸ En nota manuscrita del padre Carlos Leonhardt, se indica que en la misma colección De Angelis de la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, se conserva un ejemplar incompleto de la misma carta, en lengua castellana, a la cual le faltan siete páginas. Declara además que en su visita a ese repositorio en 1926, no pudo copiar ni hacer fotografiar dicho ejemplar. Tampoco nosotros hemos podido ver dicho ejemplar.

⁹ Gran parte del texto latino de esta carta fue publicado por el padre Pablo Pastells, en su *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay etc*, Madrid, 1915, tomo II, pp. 141-157; 185-191 y 210-223. Cabe recordar que la profesora Clara Vedoya de Guillén fue a su hora la traductora del texto latino de Martín Dobrizhoffer, *Historia de abiponibus*, Viena 1773, en 3 volúmenes, obra que fuera publicada por la Facultad de Humanidades de la misma Universidad, en Resistencia, 1967-1970.

1645-1646

Cartas anuas las cuales contienen los acontecimientos sucedidos en la Provincia del Paraguay en los años de 1645 y 1646, dirigidos al Muy Reverendo Padre Vicente Carafa¹⁰ General de la Compañía de Jesús, por el Reverendo Padre Juan Bautista Ferrufino¹¹ Provincial de la Provincia del Paraguay de la misma Compañía

[f. 1v]

Cartas anuas sobre los acontecimientos acaecidos después del año mil seiscientos cuarenta y cuatro por espacio de dos años en la Provincia del Paraguay.

Sabidamente ha sido dispuesto por la naturaleza, o más bien por su autor que, para iniciar o conservar la mutua unión, contribuye no poco la observación de que los bienes de que disfrutamos parecen aumentarse cuando haya quien participe de nuestra alegría. Así también nuestros males se nos alivian, cuando podemos comunicar las congojas de nuestro corazón a quien nos entiende.

Por las pasadas cartas hemos descrito a Vuestra Paternidad la tempestad, la cual se originó en la capital del Paraguay (aunque comenzó ya algo antes) e infestó también otras, las más importantes ciudades de esta provincia.

¹⁰ El padre Vicente Carafa fue Prepósito General de la Compañía de Jesús (1646-1649).

¹¹ El padre Juan Bautista Ferrufino nació en Milán en 1581 e ingresó en la Compañía de Jesús en dicha ciudad en 1599. Llegó a Santiago de Chile en 1607 y fue ordenando sacerdote en esa ciudad al año siguiente. Pronunció sus votos en Córdoba el 8.V.1614. Fue Procurador en Europa (1632-1635), electo como Provincial de Chile (1637-1643) y del Paraguay (1645-1651). Falleció en Buenos Aires el 4.X.1655.

Por estas noticias referentes a nuestros trabajos y sufrimientos nos aliviarnos no poco, sabiendo el interés que toma de ellas Vuestra Paternidad y los demás de la Compañía en Europa, y mucho más sabiendo que por sus oraciones y sacrificios se ha conseguido de Dios que amainase no poco.

En las siguientes líneas se dará cuenta brevemente de lo que en los años 1645 y 1646 se pudo hacer en paz para la mayor gloria de Dios, para que Vuestra Paternidad dé gracias juntamente con nosotros por este nuestro consuelo a Dios, fuente y origen de todos los bienes, y para que favorezca V. P. y apoye esta buena voluntad y celo apostólico de vuestros hijos.

De lo que es común a todos los colegios

Para poder ser más breve después, y no tener que repetir siempre lo mismo, referiré primero, antes de enumerar a cada colegio en particular, lo que tienen todos en común.

Los sujetos de esta Provincia, en total, son 164, de los cuales son sacerdotes 109, hermanos escolares 8, hermanos coadjutores 47. En todos los colegios hay un padre destinado para el servicio de los indios, y otro para los morenos.¹² Aunque es verdad que su principal encargo es doctrinarlos y confesarlos, sin embargo, por ser aquellos tan pobres y abandonados, tienen nuestros padres que ayudarles en todo con gran consuelo suyo y edificación de los españoles.

Hay además en cada colegio un sujeto destinado a enseñar las primeras letras y gramática a los muchachos, cosa importante en

¹² En la versión castellana se dice: “Hay otro que enseñando gramática cuida de los niños de la doctrina, y en algunos colegios, no con menos fruto y edificación, cuanto es más necesario este trabajo para la enseñanza y dirección de las buenas costumbres en esta tierna edad, cuyo provecho depende como plantas nuevas del cultivo cuidadoso deste solícito hortelano, como desde sus principios ha experimentado la Compañía ser necesario, muy en particular en estas provincias donde la crianza de la juventud está expuesta a mayores inconvenientes por la comunicación continua y servicios de indios y negros”. [f. 1v.]

todo el mundo, pero más en estas tierras, por la universal corrupción de costumbres.

Los demás padres se dedican a la obra importante de oír confesiones. Dos de los padres hacen cada año misiones populares campestres, no solo en beneficio de indios y morenos, sino también de españoles, agricultores pobres, que tienen que ganarse, los cuales están allí abandonados, hasta que nuestros misioneros lleguen a instruirles y administrarles los sacramentos. Hay por allí una casi absoluta falta de sacerdotes, y muchos de estos pobres viven de la ciudad hasta cincuenta y sesenta leguas de distancia. Ya se puede suponer, en que estado se hallen aquellas almas, faltas de todo cultivo espiritual y por tanto tiempo, lejos de cualquier autoridad civil que los sujete, lejos de cualquier testigo que los observe, lejos de cualquier benévolo que los pueda aconsejar. [f. 2]

A tan extremado libertinaje y corrupción espantosa se oponen con energía nuestros padres en estas misiones campestres con inmensas fatigas, pero no sin éxito. Más todavía: estas excursiones desde los colegios se hacen ya con cierta regularidad a algunos puntos céntricos, por ser tan frecuente que el llamado a confesar en lugares campestres a muchas leguas de distancia.

Colegio de Córdoba

Viven en este colegio catorce sacerdotes, de los cuales dos enseñan teología, uno filosofía y otro gramática. Hermanos teólogos hay cuatro, filósofos tres, hermanos coadjutores ocupados en la casa y en la estancia hay quince.

El noviciado forma comunidad aparte y viven en él, fuera del maestro de novicios otros tres sacerdotes más, los cuales hacen su Tercera Probación. Novicios hay cuatro. La estancia sustenta a todos con abundancia, aunque ella ha sufrido mucho como consecuencia de las pestes y sequías. Lo principal es que ha sido rica la cosecha espiritual, habiendo habido muchas confesiones, de las cuales algunas hechas de muchos años. A las comuniones de los días festivos acude

casi toda la ciudad. Esta nos cobró mayor afecto como consecuencia de nuestra paciencia ante la gravísima avalancha de calumnias originada, como se ha dicho, en los asuntos paraguayos. Vienen ahora con mucho más confianza al colegio para consultar con los padres sus asuntos espirituales.

Buena cosecha se recogió también en una excursión apostólica campestre de seis meses por el distrito de Córdoba, para administrar los sacramentos y para corregir las inveteradas malas costumbres. Con esta ocasión se halló a un indio octogenario, el cual ni siquiera estaba bautizado, lo cual se remedió. Acudieron así los nuestros a la salvación de los esclavos. Una negra estaba resuelta a cambiar de vida, y prefirió morir antes de condescender a las exigencias del seductor, contestándole únicamente: Dios lo ve. Lo mismo dijo otra en contestación a semejantes amenazas, que sería mejor morir que mancharse.

Otros muestran su buena disposición por las lágrimas con las cuales se acercan a la confesión. Por donde se ve que estos esclavos participan no sólo de la dicha, sino también de las costumbres de los hijos de Dios. Hubo además varios entre ellos que tenían que ser bautizados bajo condición.

Había cierto individuo, varias veces denunciado a la autoridad civil por vivir en concubinato público, el cual pensaba más bien en sustraerse del castigo humano que en evitar la venganza de la justicia divina; por lo tanto, aunque tenía mujer legítima en otra parte, fingió casarse con la concubina, hasta que al fin por los buenos consejos de uno de nuestros padres fue inducido a hacer penitencia de la vida pasada y reconciliarse con su legítima esposa.

Otro individuo era tan perverso, que sacrílegamente escupió contra el santo Cristo crucificado, y después, como desesperado de su eterna salvación, se entregó completamente a los vicios, hasta que uno de los nuestros le inspiró mejores ideas, y se convirtió haciendo una confesión general.

Fuese a mejor vida, como esperamos, el padre Vicente Hernández, natural de Valencia, profeso de cuatro votos, de treinta y

ocho años de Compañía y setenta y ocho de edad, hombre virtuoso y piadoso, dedicado desde un principio a la enseñanza religiosa de los indios, pero dispuesto a cualquier otra ocupación que le mandara la santa obediencia, enseñando dos veces gramática a los niños de Santiago, aunque la segunda vez le costó mucho por que esperaba ser destinado a vivir entre los indios. Sin embargo [f. 2v] obedeció. Pensó que era mejor la obediencia que los sacrificios.¹³

Con todo, logró al fin alcanzar su deseo de dedicarse a la vida apostólica; pues después de haber estudiado bien la lengua guaranítica, se lo destinó a la misión de los itatines. Allí había bastante materia de mortificación, estando todo aun en sus principios; sin embargo era tan animoso que dio efusivamente las gracias al padre Provincial por haberle designado a tal ocupación.

En la primera reducción de los itatines, llamada de San Benito, antes de poder emprender con éxito la enseñanza religiosa, enseñó con su propia mano la agricultura, hasta en el más horrible calor de verano. Pues, de otra manera había peligro que los indios reducidos se esparciesen otra vez por las selvas para buscar con qué vivir. Mientras crecía y maduraba la cosecha, mantuvo a los indios con carne de vacas, distribuyéndola personalmente.

Su fervor de espíritu dio fuerzas a su cuerpo ya bastante quebrantado, con llagas en las piernas; sin embargo ayudó en gran manera a realizar las empresas del padre Justo Mansilla, Superior de aquella misión, el cual ya casi había sucumbido por los muchos trabajos.¹⁴ Y cuando este último tenía que ausentarse al mejor clima

¹³ El padre Vicente Hernández nació en Meliana, Valencia. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1626, en la provincia de Aragón. Llegó a Buenos Aires en 1628. Falleció en Córdoba el 11 de setiembre de 1646, según la Carta Anua y el 7 de setiembre de 1645, según el Catálogo del P. Hugo Storni.

¹⁴ Justo Mansilla era el nombre castellanizado del padre Josse van Suerck, nacido en Amberes en 1600. Ingresó en la Compañía de Jesús en aquella provincia flamenca en 1616; llegó a Buenos Aires en 1628, pronunció su cuarto voto en San Ignacio de Itatines en 1641 y falleció en Nuestra Señora de Fe en 1666.

del Paraná para restablecer su salud, lo reemplazó el padre Vicente en la administración de aquella reducción. Sucedió entonces que el principal cacique Nanduabuçu sublevó a la mayor parte de los demás caciques, ya que la gente estaba cansada de aquellas transmigraciones, y más por las exigencias de la ley evangélica, sufriendo la nostalgia de su tierra natal; y así resolvieron abandonar la reducción de San Benito y volver a sus antiguas casas. En realidad ya la mayor parte había escapado.

Al padre Vicente no le quedó otro remedio, sino hacer de la necesidad virtud, y seguir como buen pastor detrás de sus ovejas. Envío, pues, por medio de algunos caciques de la misma nación, un recado a los fugitivos, diciendo que con gusto haría la reducción en aquella su tierra, y que Nanduabuçu construyese mientras tanto la capilla y el rancho para los padres, Aquel fue al encuentro de ellos con su gente y los recibió con alegría. Dio cuenta el padre Provincial de lo hecho y sufrido en aquel lugar del siguiente modo: “Nos cuesta tanto el reunir y convertir a aquella gente, que sólo una extremada caridad lo puede aguantar. El suelo aquí parece arder de fuego, los viajes son muy largos, la tierra es pantanosa, los ríos y arroyos se desbordan inundando toda la comarca. Pero todo esto y las demás incomodidades, juntamente con la escasez de todo lo necesario para la vida, no lo pongo en la lista de las dificultades, y sería una vergüenza si lo hiciera un obrero apostólico, pero lo único que me molesta extremadamente es nuestro aislamiento de todo comercio con nuestros hermanos en religión, ya que la más cercana reducción de San Ignacio, se halla a 40 leguas, sin tomar en cuenta los pantanos que nos separan y que más bien sirven para las fieras, que para seres humanos”.

Al fin, estos excesivos trabajos y privaciones, los ardientes calores y el clima malsano acabaron con la salud de este padre, en tal grado, que todo su cuerpo se ulceró. Sin embargo no dejó sus acostumbrados quehaceres, ni siquiera cuando el padre Rector de la Asunción, informado de su estado, lo invitó a descansar algo en el colegio. Sus indios le importaban más que su salud; hasta que,

mandándole el rector en virtud de la obediencia, le obligó a ir a la Asunción.

Restablecido allí de su dolencia, se dedico con mucho celo a los ministerios de la Compañía, con tal éxito que, cuando pidió ser devuelto a los indios, se le detuvo por más tiempo. Acompañó después al padre Francisco Lupercio en su visita a la misión de itatines, el cual notó que no podía fiarse de la salud del padre Vicente para dejarlo allí, sino que le destinó para las reducciones del Paraná, cuyo clima era más favorable.¹⁵ Allí pasó por algún tiempo trabajando a su gusto en la instrucción de los indios, hasta que fue llamado a Córdoba, donde primero enseñó la moral, y después la teología dogmática. Se dedicó con tal entusiasmo a este su nuevo oficio, obedeciendo más, que cuidando su salud. El constante manejo de los libros le quebrantó las fuerzas, tanto que dos veces le vino un vómito de sangre, lo cual sufrió, sin dejar su deber, ni por un instante. Pero notándose en él los síntomas de la tisis, le prohibió el Rector del colegio seguir enseñando. Contestó que lo que le molestaba era sólo el escribir, pero bien podía prescindir del escrito y enseñar de viva voz. Pronto se vio, que ya ni para eso tenía fuerza, vomitando sangre el mismo día de San Ignacio. No tanto para lograr la salud, como él mismo dijo, sino por su deseo de poder misionar a los indios, estrechó la imagen de la Virgen, prometiéndole entre lágrimas, si le diese la salud, emplearla para doctrinar a los itatines. Pero plugo a Dios llamarle, no a nuevos trabajos, sino al premio de su edificante vida, muriendo el Padre el 11 de septiembre de 1646. [f. 3]¹⁶

¹⁵ El padre Lupercio de Zurbano nació en Aubel, Zaragoza, en 1589. Ingresó en la Compañía de Jesús en el Perú, en 1610. Hizo sus votos en Charcas en 1624 y en 1640 llegó al Paraguay como Provincial de esa provincia jesuítica. Desempeñó ese cargo hasta 1645. Mas tarde fue Provincial del Perú (1645-1649). Falleció en Lima en 1667, a los 78 años. Sus Cartas Anuas de 1641-1643 y 1644, fueron editadas en esta misma colección en 1996 y 2000, respectivamente.

¹⁶ Esta noticia necrológica falta en la versión castellana.

Colegio de Santiago del Estero

Viven en este colegio ocho sacerdotes y cinco hermanos coadjutores. Adelantó esta casa en su estado económico y en la vida espiritual. Pese a pestes y sequías, se ha construido una nueva y respetable iglesia con su sacristía. Amenazando ruina desde hace tiempo, el viejo y estrecho colegio, se ha comenzado con la construcción del nuevo edificio.

Como siempre, vinieron también en estos años muchos en las fiestas mayores y en la cuaresma a nuestra iglesia, habiendo habido confesiones de 30 y 40 años.

Había además algunas misiones campestres muy fructuosas, las cuales se hacen cada año desde los colegios de Santiago del Estero y del de San Miguel del Tucumán.¹⁷ Mucho bien se ha hecho por los consejos privados de los nuestros; así en cierta grave discordia de dos caballeros principales, de los cuales el uno pensaba vengarse, aunque le costase la vida, pues fue públicamente injuriado por el otro, injuriando también al otro públicamente. Se empeñó mucho uno de nuestros padres en reconciliarlos mutuamente, y lo logró.

Hasta a dos gobernadores de provincia se pudo librar de la discordia mutua, poniéndoles un padre ante los ojos de ellos, los males que necesariamente se originarían de su encono y la venganza de Dios que provocarían.¹⁸

Colegio de Buenos Aires

Viven en el colegio siete sacerdotes y cinco hermanos coadjutores. Aunque entre la clase pobre había mucha escasez de víveres por las malas cosechas de los años pasados, sin embargo, Dios mediante, la estancia del colegio rindió muy buenos resultados,

¹⁷ En la versión castellana, se precisa: “en particular en la misión de Esteco” f. 3.

¹⁸ En la versión castellana el caso es referido así: “Otro incendio muy peligroso se había emprendido entre dos cabezas de estas Provincias amenazando mucho daño a otras personas; apagó favorecido del Señor uno de los nuestros”. [f. 3]

como si Dios nos hubiera querido recompensar nuestra generosa liberalidad para con los pobres. Hubo todavía una circunstancia particular: Estaban expuestas nuestras cosechas al peligro de un colosal incendio, el cual devastó todos estos dilatados campos y las huertas, quemándose muchas personas de diferente edad y condición; sin embargo se notó que nuestros campos, y los de algunos ciudadanos que se habían distinguido por sus obras de misericordia cristiana, se escaparon incólumes del incendio, confesando todos que esto era el pago de Dios por las limosnas dadas a los pobres indígenas.

Por estas y otras obras de caridad quedaron los ciudadanos aficionadísimos al colegio, como lo prueba la gran concurrencia de ellos a nuestra iglesia, y el gran número de los que allí reciben los santos sacramentos, en especial en los jubileos mensuales y en los días festivos; también lo prueban las limosnas de parte de algunos, por las cuales se adquirieron los caudales necesarios para la construcción de una capilla doméstica y de una biblioteca; lo mismo los medios indispensables para un trono para la exposición del Santísimo en la iglesia; el cual resultó una verdadera obra de arte de escultura, hecha de madera brasileña con partes plateadas, y con pequeños nichos para colocar en ellas algunas santas reliquias; además se hizo una corona de plata para la imagen de nuestro santo Padre Ignacio, y algunos candelabros del mismo metal.

Agriaron algo estos acontecimientos prósperos ciertas adversidades, porque algunos, olvidando la dignidad de su estado religioso, se metieron en la guerra que nos hizo don fray Bernardino Cárdenas, y esparcieron contra nosotros atroces calumnias, sacadas de los libelos, condenados por la Santa Inquisición, de un cierto Reales, y de los de Juan de Espino, añadiendo el comisario del Santo Tribunal por público decreto el castigo, determinado para todos los que poseen estos escritos, o ayuden a propagarlos, mandando al mismo tiempo, que se le entregasen los ejemplares que se encontraran.¹⁹

¹⁹ Fray Bernardino de Cárdenas OFM, fue obispo de Asunción del Paraguay, entre 1642 y 1649. Fue presentado por Felipe IV en 1638 y sus ejecutoriales se dataron en 1640. Entró en Asunción en mayo de 1642. Luego de numerosos conflictos

Los nuestros opusieron a estos ataques nada más que una gran paciencia, callando o deshaciendo modestamente el error de otros. [f. 3v]

Se hicieron las acostumbradas misiones campestres, arrancando a muchos del abismo de los crímenes, y logrando bautizar algunas criaturas, las cuales sólo para este fin parecían haber prolongado su vida, no sabiendo sus mismos parientes la fórmula necesaria para el bautismo.

Un día se fue el procurador del colegio a la estancia acompañado de un negro, el cual cayendo del caballo se quebró la pierna. Ya era muy distante de la ciudad, y el padre corrió en busca de cierto hombre de por allí, el cual se entendía en curar semejantes accidentes. En este trayecto pasó por una estancia, donde estaba muriéndose un niño. Lo bautizó e inmediatamente murió la criatura, pasando el padre: no hay mal que por bien no venga.

Entre los congregantes caballeros (muy fervorosos) había uno que servía de sacristán. Este, después de haber comulgado, volvió a su casa, y estando ausente su esposa, un esclavo le había preparado la comida envenenándola. El caballero no tenía ganas de comer y dio los manjares a la servidumbre; pero éstos, avisados del veneno, los arrojaron. En la tarde volvió su esposa y manifestó sus ganas de tomar yerba mate (la cual, remojada en agua caliente, la toman con avidez). Otra vez le mezcló aquel esclavo astutamente veneno al brebaje, el cual pareció al amo algo turbio, mandando derramarlo y traer otro. Lo hizo el esclavo, pero por la prisa le mezcló una dosis de veneno demasiado grande. El amo metió la cucharita de plata en el agua caliente para templarla, la cual al instante se ennegreció por el veneno. Sometió inmediatamente al esclavo a un interrogatorio, y resultó que la Virgen en un solo día repetidas veces le había librado del peligro, quedando él muy agradecido a su celestial Patrona.

debió comparecer ante la Audiencia de Charcas, saliendo de su sede a fines de 1649. Residió en el Alto Perú y falleció en 1668. Su conflictiva relación con los jesuitas del Paraguay está mencionada en las Cartas Anuas de 1641-1643 y 1644.

Colegio de San Miguel del Tucumán

También aquí sufrió la población las consecuencias de la sequía, el hambre y la peste general, con la muerte de mucha gente, buena ocasión para los nuestros, para ejercer la caridad. Viven aquí ocho sujetos, entre ellos cinco sacerdotes.

El colegio distribuyó, según sus facultades, limosnas para remediar las necesidades corporales, y asistió ante todo espiritualmente a los muchos enfermos, y esto no sólo en la misma ciudad, sino también en los pueblos de sus alrededores, donde muchas veces nuestros padres eran los únicos sacerdotes que había a la mano, teniendo ellos que pasar, a veces, con peligro de muerte, los ríos. Esta caridad atrajo más todavía a los indígenas a nuestra iglesia a confesarse, algunos después de muchos años. También se ha remediado algunos escándalos públicos.

Colegio de La Rioja

Hay aquí cuatro padres y dos hermanos coadjutores, los cuales han trabajado, como si fuesen más. Omito lo ordinario y refiero sólo casos particulares.

Habla una mujer enferma, la cual hasta en la hora de la muerte había hecho mala confesión, recibiendo también los demás sacramentos sacrílegamente. Vio entonces tres espíritus malignos, de los cuales uno mandó a los demás, llevar a la enferma a los infiernos, pegándole con un palo. Se espantó la mujer y conoció su triste estado, y pronunció el santísimo nombre de Jesús, con lo cual ahuyentó a los enemigos infernales. Mandó llamar a uno de nuestros padres, le contó lo que había visto, hizo una confesión general y murió santamente.

Otra, por sólo la advertencia que le hizo un padre, de evitar el peligro de la eterna condenación, volvió a buen juicio en la hora de la muerte, e hizo confesión general después de haber hecho sacrilegios por doce años.

Otros, estando en las mismas o semejantes circunstancias, se convirtieron por las pláticas y sermones de nuestros padres. [f. 4]

No faltaron aquí tampoco personas religiosas, las cuales, en vez de fomentar los trabajos apostólicos de nuestros padres, les hicieron la guerra con calumnias, pero Dios mediante, no sacaron nada con eso.

Misión entre los abaucanes y malfines²⁰

Las tribus belicosas y feroces de los indios abaucanes y malfines, ya hace muchos años a esta parte, en una sublevación general han sacudido el yugo español y el del cristianismo; se han retirado a lugares inaccesibles de la cordillera, han construido allí dos pagos, y comenzaron a vivir a su usanza gentílica.²¹ En el tiempo moderno han avisado al Gobernador de la provincia, que habían resuelto sujetarse a sus antiguos patrones o encomenderos y vivir cristianamente. Para tratar este asunto pidieron que se les enviase a cuatro padres de la Compañía.

Muy grata era esta noticia al gobernador y al obispo de Tucumán, don fray Melchor Maldonado, el cual a la sazón estaba haciendo la visita pastoral en la Rioja, y estaba dispuesto a acceder a estos ruegos para conseguir de este modo la tranquilidad de la provincia.²²

Ambos señores pidieron de mi antecesor en el provincialato, padre Francisco Lupercio, algunos de nuestros padres para ayudar al obispo en la instrucción de aquellos bárbaros, a los cuales había

²⁰ La versión castellana agrega: “jurisdicción de La Rioja”.

²¹ En la versión castellana se dice: “Años había que estos dos pueblos de indios (cuyo natural es guerrero, fuerte, traidor y codicioso) en un alboroto general rebelados a la autoridad de los españoles, se levantaron contra ellos, mas ahora dando muestras fingidas de paz (como se verá), avisaron al Gobernador desta comarca se querían reducir a sus pueblos antiguos debajo de la tutela y gobierno de sus encomenderos”, f. 6. Los dos pueblos eran San Carlos y Santa María de los Ángeles, que corresponden a la segunda instalación de esta misión, que cubrió la etapa 1643-1658.

²² Fray Melchor Maldonado de Saavedra OSA, fue obispo del Tucumán entre 1635 y 1661. Era gobernador de la provincia en ese tiempo Gutierrez de Acosta y Padilla (1644-1650).

resuelto irse en persona, para atraerlos a su pastor por medio de un buen trato y dádivas. A este fin, y para poder con más aparato y esplendor administrar el sacramento del bautismo, y los otros sacramentos, y por este medio entusiasmar más a aquellos indios, había hecho el obispo grandes gastos en ropa, víveres y otras cosillas apetecidas por los indios. Con este bagaje se marchó, acompañado por dos de nuestros padres (los únicos disponibles que encontró el padre Provincial), con sus familiares y algunos soldados españoles.

No le arredró el mal camino por pantanos y salinas, y por desiertos completamente áridos, animando el ejemplo del obispo y de los padres a los demás de la comitiva, recorriendo 90 millas, hasta [llegar](#) a un lugar llamado El Pantano, donde existe un fortín contra las invasiones de estos salvajes.

Se adelantaron más nuestros padres, conducidos por algunos indios, hacia las mismas aldeas de los indios, con la intención de explorar mejor el estado de ánimo de ellos y las condiciones del lugar, para poder informar de todo al señor obispo. Fueron recibidos los padres por los indios con gran alegría, más de lo que podían esperar. Al acercarse a la primera aldea, uno de los padres tuvo un gran susto, divisando entre los arbustos a algunos indios en ademán de asechanza armada. Se levantó el padre para ver más exactamente lo que hubo por allí. Al observarlo uno de los indios acompañantes que el padre tenía miedo, lo tranquilizó. El padre de su parte, quiso hacerse el valiente, pero en realidad se preparó para la muerte. Al llegar a la aldea, de repente saltaron los indios de sus escondrijos, y con una gritería bárbara echan y sueltan una gran cantidad de flechas al aire, haciendo el simulacro de una batalla, para celebrar de este modo la llegada de los padres.²³

²³ La versión castellana dice que este recibimiento fue fingido: “porque codiciosos estos indios del saco que se prometían de las cosas que llevaba el señor obispo y todos los que iban en su compañía, para asegurarlo todo, confederados con otros muchos indios disimularon su traición con estas acciones tan aparentemente buenas y pacíficas, para que mas a su salvo estos, matando al señor obispo, a los padres y a toda la demás gente y los otros cometiendo a las ciudades de San Miguel del

Marcharon adelante, encontrando en todas partes las más grandes muestras de respeto y veneración. Armado el altar portátil se preparó un padre para decir la misa, cuando he aquí que se le presentan los indios con los cabellos cortados, para significar de este modo que era su firme resolución vivir en adelante cristianamente.²⁴

El otro padre mientras tanto había vuelto al obispo, acompañado de algunos indios principales, avisando que la cosecha ya estaba madura. Animado por estas noticias se resolvió el obispo a proseguir su viaje hasta llegar a las aldeas de los indios. Fue enviado adelante un español fuerte para abrir el camino, estando a su disposición 20 indios de ambos pagos. Este se descuidó en sus conversaciones, y al mencionar las guerras pasadas, se glorió de sus hazañas hechas en ella, entre otras cosas, enumerando entre los muertos por él, a un indio muy célebre. Casualmente estaba presente el hijo de este, y se resintió grandemente al escuchar mencionar de esta manera la muerte

Tucumán, Salta, Valle de Calchaquí y otros puestos, se hiciesen señores de toda la tierra, repartiendo el provecho del saco igualmente entre todos. Este era el intento de los indios". f. 6

²⁴ La versión castellana describe así el suceso: "Después de las fiestas y recibimientos, ejercitaban los padres sus ministerios en los pueblos catequizando a unos y bautizando a algunos niños, cuando uno de los padres, acompañado de gente principal de indios, fue en persona a dar aviso y razón al señor obispo del estado de las cosas que, felizmente al parecer se encaminaban mas fingidamente al de los indios. Con el aviso del padre se determinó entrar el señor obispo para lo cual fue un mozo español, valiente soldado y muy temido de los indios con resguardo y defensa. Al disponer los caminos, permitía el Señor que viendo los indios a este español enemigo suyo e impacientes de lo aplazado para la traición, se precipitaron contra el y dando la muerte a este solo y español, se descubriese la traición armada por confesión de los prisioneros y matadores, que luego se cogieron. De lo cual, avisados los padres y el señor obispo, milagrosamente se escaparon, librándoles el Señor misericordiosamente del rebato que instantáneamente intentaban dar los indios, viéndose y descubriéndose con la muerte del español, por no perder el despojo que esperaban del asalto, mas acudiendo con presteza los españoles que se hallaban mas cercanos, dieron sobre los indios y los rindieron y sujetaron a su obediencia, dando gracias al señor obispo los padres y todo el pueblo por el favor que los había librado y a toda la tierra de tanto riesgo en las falsas demostraciones de paz y amistad de los indios." f. 6v.

de su padre, y resolvió vengarse, instigando también a los demás a que acabasen con este individuo. Muy fácil le era esto, porque todos estaban irritados por la petulancia de aquel hombre. Cayeron sobre él y lo mataron. Bien sabían que los españoles iban a castigar esta muerte. Para prevenirse contra ellos pensaban hacer algunas fechorías mas, estimulándolos además la codicia, esperando ellos poder lograr un buen botín. Por lo tanto se resolvieron a juntarse con los demás, indios para sorprender al obispo con su comitiva y matarlos a todos. [f. 4v]

Iban dos indios, de los cuales uno llevaba una carta del padre que había quedado en las aldeas, al obispo. Pero fue interceptada la carta, y los indios querían matar al correo. Este se dio cuenta de la importancia de su encargo y felizmente se le ocurrió una buena salida persuadiéndolos con sus propias razones: Si esperasen hacer un buen botín, que le dejasen marchar al obispo con la carta, porque sin ella en vano podían esperar que el obispo viniese a ellos. Pareció bueno este consejo a estos salvajes, y dejaron libre al correo, y por suplica de este, también al otro indio. Estos dos avisaron a los españoles del asesinato que hubo, y del asalto que iba a haber, los cuales sin demora pensaron en castigar semejante perfidia, antes que aquellos aumentasen su número, juntándose con otros indios.

Pensaban los españoles que todos los habitantes de aquellas aldeas eran culpables e implicados en la conjura, pero yo de mi parte, creo que nadie fuera de aquellos 20 indios trabajadores, lo era, y esto por las razones ya arriba mencionadas, y por su modo de proceder al recibir la noticia de la perfidia de los otros: poniendo al instante en salvo al padre, el cual había quedado en su aldea, llevándolo con todos sus trastes por caminos ocultos, para que no lo atropellasen los demás, hasta que llegó sano y salvo ante el obispo.

Así los indios fueron sorprendidos por los españoles, y llevados todos presos a la Rioja, donde en días determinados fueron visitados e instruidos por nuestros padres. Durante mucho tiempo se dudó si los iban a matar o dejar en libertad, hasta que se determinó, trasladarlos al distrito de Córdoba, donde viven hasta la fecha pacíficamente.

Colegio de Santa Fe

Cuatro sacerdotes se dedican aquí a los trabajos apostólicos y dos hermanos a los quehaceres domésticos, sin olvidar la propia santificación y recibiendo por ello la necesaria bendición de Dios para sus trabajos. De allí proviene que los habitantes de esta ciudad se arrimen más a los nuestros, asistiendo bien a las funciones sagradas, y rehaciendo algunas confesiones mal hechas.

Una persona se había confesado con otro sacerdote, quien se enfadó con el penitente por la gravedad de sus pecados y le negó la absolución, por lo cual este se desesperó y se resolvió a no confesarse nunca mas y a soltar todos los frenos del libertinaje. Asistió un día por casualidad al sermón de uno de nuestros padres y se impresionó por la medida de las expresiones del orador. En consecuencia de esto se animó otra vez a acercarse al tribunal de la penitencia haciendo una buena confesión de toda su vida.

Hay muchas personas que han vencido la lujuria, en tal grado, que conservan la virtud y hasta la virginidad en honor de la Santísima Virgen. Mucha devoción hay entre los indígenas a la imagen de la Inmaculada Concepción de la misma Virgen, que se venera en nuestra iglesia, cuyos favores experimentan los que se le acercan con confianza, trayendo ofrendas, y haciendo novenarios. Así un día estaban allí dos mujeres entregadas a su devoción, sintiendo que no hubiera nadie que prendiese las velas que habían traído. De repente las encontraron prendidas, sin saber cómo fue eso, alegrándose mucho de que la Virgen hubiese significado de este modo, que le era grato su obsequio.

Murió santamente una dama distinguida, natural de Gandia²⁵ en España, la cual había aprovechado muy bien de la dirección de los nuestros, viviendo así austeramente, durmiendo sobre esteras y cueros, vistiéndose muy sencillamente, no usando ropa de hilo ni en su enfermedad. Así desprendido su cuerpo de las comodidades

²⁵ La versión castellana precisa: “en el reino de Valencia”.

mundanales, se elevaba su espíritu en la oración a celestiales alturas, experimentando qué bueno es acercarse a Dios. Vivía en su presencia hasta durante sus otras ocupaciones. Esta señora dejó toda su fortuna a la Compañía: casa, estancias y esclavos.²⁶ Era ella de gran edificación para la ciudad. [f. 5]

Colegio de Salta

También para este colegio vale lo dicho arriba, de la remoción de malas ocasiones, y de la revalidación de confesiones mal hechas. Son cinco los sujetos de esta casa. Solamente hay que mencionar este caso: Cierta mujer mala se convirtió por los sermones de los nuestros, de lo cual se vengó su cómplice, dándole veneno. Entre grandísimos dolores, así como había trocado la vida mala en una buena, así acabó su vida con una muerte santa.²⁷

Misión de Calchaquí

Al distrito de Salta pertenece el valle de los calchaquíes, tan célebre en el mundo por el salvajismo de sus habitantes, tan aferrados en sus supersticiones antiguas, tan dedicados a sus perpetuas borracheras, y tan apasionados en conservar su independencia, en tal grado, que ni querían sujetarse al yugo del Evangelio, ni a la dominación española, no obstante de todas las tentativas en ambos sentidos. Es verdad que algunos de nuestros padres se han empeñado grandemente y por muchos años en convertir a Cristo a estos bárbaros, pero todo trabajo ha sido perdido, y pareció más prudente llamarlos, para emplearlos en otra parte, donde podían trabajar con más fruto. Esta determinación fue fatal para todas las regiones circunvecinas; por que durante la permanencia de los padres en el valle, se quedaron

²⁶ La versión castellana precisa: “dos estancias y otras tierras con esclavos”. f. 7

²⁷ La versión castellana agrega: “En las misiones que este colegio hace todos los años, en particular la de Jujuy en tiempo de cuaresma, han conseguido los nuestros mucho provecho de las almas, quitando muchos escándalos, revalidándose muchas confesiones sacrílegas.” f. 7v.

aquellos salvajes en su tierra, sin molestar a sus vecinos; pero después de la salida de los misioneros, comenzaron a zaherir a los españoles e indios amigos, causando muchos estragos, poniendo toda la provincia en alarma.

Una expedición militar de los españoles contra ellos los escarmentó, viéndose empero el obispo y el gobernador obligados a suplicar a la Compañía, que se encargase de nuevo de todo aquel valle. Así es que a la fecha trabajan allí, con mejores esperanzas, tres jesuitas, empenándose en estudiar su lengua muy difícil, y muy diferente de las demás de estas tierras, logrando lo inaudito hasta ahora, que los principales caciques les entreguen sus hijos, para que los instruyan en la religión.

Por ello hay esperanzas de que estos, después de la muerte de sus padres, suban al poder por el derecho de sucesión, y ahora bien educados, ganen por su autoridad todo el valle para Cristo.

Para conseguir esta pretensión con más éxito, procuraron los padres juntar a estos muchachos en una especie de convictorio o colegio seminario, bien lejos del trato con sus corrompidos parientes y paisanos y allí, con más facilidad, acostumarlos a una vida cristiana. Obligaron además a los indios de la aldea, donde moran los padres, a enviar sus hijos cada día al catecismo. Bautizaron a las criaturas enfermas, las cuales después de bautizadas, fallecieron. Por lo demás, todo el fruto se espera del porvenir.

Colegio de la Asunción

No ha cesado la lucha encarnizada de don fray Bernardino de Cárdenas, obispo electo de esta ciudad contra nosotros. No contento con preparar un asalto a nuestro colegio, y con perseguirnos con graves injurias y calumnias, como se ha descrito ya en las Cartas Anuas pasadas, se gloria ahora haberlas propalado en el Perú y en toda Europa.

En estos dos últimos años, de los cuales trata esta Anua, hizo varias tentativas para volver a la Asunción, pero no logró su intento.²⁸ Los nueve sacerdotes que viven en este colegio, con cinco hermanos coadjutores, no pudieron hacer nada en bien de las almas, ya que aquel prohibió a los estudiantes la asistencia a nuestras aulas y al pueblo, concurrir a nuestra iglesia bajo pena de excomunión; mientras tanto procura hacernos toda clase de perjuicio desde Corrientes, ayudado por nuestros adversarios.²⁹ La consecuencia es, como nos aseguran hombres religiosos y serios, que por ello muchos viven desenfrenadamente. [f. 5v] Por lo demás, él ya no hace caso de las repetidas cartas de la Audiencia Real, que le manda comparecer en Chuquisaca, no se mueve de Corrientes, y rehusó aceptar el obispado de Popayán, para el cual fue elegido. Espera tan sólo, y ante todo, lograr una ocasión para poder volver a la Asunción, para vengarse allí de nosotros, y en lo posible echarnos de allí, y en especial de las reducciones.

Libróse de estos disturbios pasando a mejor vida el padre Antonio Moranta, profeso de 4 votos, a los 66 años de edad y 49 de Compañía, 36 de permanencia en las Indias, y cerca de 10 en este colegio, habiendo sido buen religioso e infatigable obrero de la Compañía, estimado como santo varón de todos.³⁰

Era miembro de aquella familia Ilustre que dio a la Compañía varones tan insignes como Jerónimo Nadal, su tío abuelo, y Jerónimo

²⁸ El obispo se mantuvo en la ciudad de Corrientes desde fines de noviembre de 1644 hasta febrero de 1647, fecha en que regresó a su diócesis de Asunción.

²⁹ La versión castellana dice: “Por que el señor obispo nos ha quitado estos años violentamente las cofradías de indios y negros, las escuelas de estudiantes y niños y mandado con censuras y penas a los fieles no entren en nuestra iglesia y casa después de entredichos generales y cesación a *divinis*, [y que] particularmente [en] nuestra iglesia no se ejerciten nuestros ministerios y así solo hay que limitarse a mencionar estos trabajos largos y continuos que padece este colegio.” f. 8v.

³⁰ El padre Antonio Moranta nació en 1579 en Palma de Mallorca. Ingresó a la Compañía de Jesús en la provincia de Aragón, en 1596. Llegó a Buenos Aires en 1610, Hizo sus votos en Asunción en 1615 y falleció en esa ciudad el 12 V.1645.

Moranta, su hermano, misionero y mártir en el Reino de Méjico. El padre Antonio tomó por ejemplo la vida de los dos.

Estaba tan lleno de sentimientos religiosos, y de celo apostólico que no sólo se empeñó en ayudar a las almas por medio de piadosos coloquios, y de buenos consejos con ocasión de las muchas confesiones que oía, sino también por medio de excursiones misionales muy trabajosas a los indios infieles.

Era muy austero consigo mismo, usando ásperas penitencias corporales; y muy dedicado a los ejercicios espirituales. Se distinguió por la pureza de su vida y por su gran obediencia, conservándose libre de toda mancha en cuerpo y alma, dominando sus afectos en tal grado, que todas las adversidades, que se le ocurrieron, consideraba como cosa que no le tocaba a él. Cierta Superior, por lo demás de mucha estimación, a consecuencia de una mala información, trató al padre Antonio de un modo, que hubiera exasperado a cualquier otro. Felizmente se descubrió después su inocencia. Cuando visitó el padre Diego de Torres el colegio, nombró Rector al padre Antonio, quedando allí también aquel que le había tratado mal, no teniendo que temer un desquite por las injurias pasadas.³¹

Por lo demás era muy amante de la vida común en la Compañía, acordándose siempre del ejemplo de su tío abuelo y de su hermano.

Las reducciones del Paraná y Uruguay en general

Aunque lo que aquí referimos como caracteres comunes de todas las reducciones, ya se ha mencionado en las pasadas Cartas Anuas; sin embargo juzgué conveniente, hacer nuevamente un resumen de lo dicho, útil para los que no han podido leer las relaciones anteriores, y para Vuestra Paternidad, que verá el acostumbrado método de nuestros padres en la formación cristiana de los indios.

³¹ El padre Diego de Torres fue el fundador y primer Provincial del Paraguay (1607-1615).

Con el nombre reducciones llamamos a una especie de aldeas, donde se han recogido con un inmenso trabajo y grandes peligros de los nuestros, aquellos indios que antes estaban esparcidos como las fieras por las selvas y montañas. Están situadas a las márgenes de los ríos Paraná y Uruguay y las dirigen nuestros padres, los cuales no sólo tienen la cura de las almas, sino además proveerlas con todo lo necesario para el sustento y la vida civilizada. Y esto es de absoluta necesidad, porque el natural flojo del indio no lo haría por propia iniciativa, y sobreviniéndole el hambre, volvería a su antigua vida salvaje. [f. 6]

Por lo tanto, el misionero es como un padre de familia, y hace también las veces del médico, curando a los enfermos, aprendiendo este oficio por la práctica y por la caridad.

Viven en todas las reducciones cincuenta y dos padres y cuatro hermanos, de los cuales uno sirve de arquitecto en la construcción de las iglesias, otro de pintor para su adorno interior, y los otros dos son estancieros y proveen a los padres de todas las reducciones con el necesario sustento.³²

El método que se sigue en la evangelización de los indios es el siguiente: todos los días por la mañana, tienen que comparecer los niños para aprender el catecismo y a leer y escribir. Los más aptos entre ellos aprenden además la música vocal e instrumental. Vuelven todos por la tarde, y también las niñas; colocados separadamente estudian el catecismo. Después de marcharse las niñas prosiguen los muchachos sus estudios literarios. Los adultos tienen que comparecer cada miércoles para la explicación de la doctrina, a la cual se añade en los domingos y fiestas una plática.³³

³² En la versión castellana, esta síntesis se halla ubicada al final de la carta, con algunos detalles adicionales.

³³ En la versión castellana se dice: “En cada una destas reducciones asisten dos padres y destos el uno superior de ella, los cuales con el cuidado y vigilancia de padres para con sus hijos, solicitan con sus fervorosos deseos y trabajos la política y cristianas enseñanzas de los indios. A este fin se introdujo la escuela de los niños a donde acudiendo con mucha puntualidad, se les enseña a leer y escribir, y a los

El resultado práctico de todo esto se nota bien en la mejora de las costumbres, y en la frecuentación de los sacramentos. Todos, grandes y chicos, acuden a la santa misa, hasta en los días ordinarios [...] Todos reciben varias veces al año los santos sacramentos y los compañeros de la congregación mariana cada mes.

No en último lugar debe enumerarse entre los frutos recogidos, la tierna devoción de estos indios hacia la Virgen Santísima, Madre de Dios, la cual se introdujo con gran provecho de las almas, y tienen tal aprecio de esta devoción, que con repetidas súplicas, y después de muchas pruebas de una vida cristiana ejemplar procuran ser admitidos al número de los Esclavos de María, como se llaman los miembros de la congregación mariana, teniéndose por felices al conseguirlo, experimentando muchas veces la protección de nuestra Señora y esperando de ella mucho más para la otra vida.

Tienen los indios gran afición a las sagradas ceremonias de la Iglesia católica y al esplendor del culto divino, celebrando religiosamente los días festivos y en especial la Semana Santa. En esta última hacen severas penitencias corporales, disciplinándose hasta la sangre, por compasión con la Sagrada Pasión de Cristo Nuestro Señor, el cual sufrió por nuestros pecados. Al mismo tiempo llevan en solemne procesión las insignias e instrumentos de la Sagrada Pasión alrededor de la plaza mayor.

más hábiles la música, aprendiendo juntamente el catecismo y oraciones, las cuales y los buenos consejos y santos documentos que oyen a los padres, las dicen y enseñan no solo a los de sus casas, sino a todo el pueblo, con que se recoge grande fruto desta espiritual y temporal enseñanza. No les falta ésta a las niñas, pues después de medio día [van] a un mismo tiempo con los niños a su ordinaria tarea. “No carecen los grandes de este socorro, a los cuales todos los domingos y fiestas mas solemnes, se les predica y enseña la doctrina, para la cual se juntan también los jueves, cuyo fruto se coge muy a manos llenas con las muchas confesiones y comuniones de los más aprovechados, cuya vida universalmente tan deseosos de servir a Nuestro Señor y agradecerle con una santa porfía y emulación en sus obras. Causa grande consuelo a los que las comunican y a los oyentes espanto, que el natural del indio antes bruto y silvestre, se admiran tan trocado en sus costumbres, que mas parecen naturales españoles bien enseñados y doctrinados en el servicio de Dios, que naturales indios. f. 10

No hay que omitir su gran amor, respeto y reverencia hacía nuestros padres; y hasta se exponen al peligro de perder su vida, para salvar la de los padres. Entre sí se portan con tanta educación, que pudieran rivalizar en este sentido hasta con europeos bien educados; pues los jóvenes respetan a los mayores de edad, los niños obedecen a sus padres, todos se tratan con mutua benevolencia y son muy serviciales entre sí. En todo su modo de proceder hay tal compostura, que no se puede comprender, como de su inveterada barbarie podían llegar a tan delicadas costumbres.

En especial, llama la atención el pudor y la modestia de las mujeres y en mayor grado la de las doncellas. Todas tienen gran horror de cometer pecados, y prefieren cualquier tormento, y hasta la muerte, antes de ofender a Dios.

Todo esto vale para las reducciones en común, a lo cual hay que añadir lo que se refiere a cada una en particular.

Las reducciones del Paraná

Reducción de San Ignacio del Paraná

Los indios de esta reducción son muy dóciles en todo lo referente a la salvación del alma. Esto se nota en todas partes, y en especial en el tribunal de la penitencia, donde confiesan las más leves faltas para poder acercarse dignamente a la sagrada mesa.³⁴

³⁴ Según la versión castellana “consuela hallar entre indios tanta discreción en cosas del servicio de Dios y en las de sus almas, y es común dicho de los padres que los han tratado y gobernado, que se parecen en su trato y conversaciones [no] indios sino españoles muy cristianos y cuidadosos de su salvación. Y mucho más en sus confesiones, se conoce esta discreta prudencia, con las cuales muchos haciendo escrúpulo de cosas muy ligeras, se confiesan con mucho dolor y arrepentimiento para recibir la Santa Comunión. Cuando este santísimo manjar se da por viático a los enfermos, le acompañan todos y asisten al enfermo en la hora de la muerte con velas encendidas, y si es congregante de la Virgen, los de la congregación, mostrándole un singular afecto y compasión se acuden con particular cuidado todo el tiempo de la enfermedad.” Mas adelante agrega: “La congregación o hermandad de la Purísima Concepción de Nuestra Señora está en esta reducción muy bien recibida y con ella

Sin embargo, hubo una vez una india que había hecho lo contrario, cometiendo dos sacrilegios. Lo pagó muy caro. El mismo día se enfermó de la garganta, imposibilitándosele la respiración. Conoció que era castigo de Dios, y rogó a la Virgen que le ayudara a hacer penitencia. [f. 6v] A duras penas podía confesarse por su dolencia, pero apenas hecha la buena confesión comenzó a mejorar. Quedó enferma todavía por un mes y visitada otra vez por el padre, pudo contarle lo que le había pasado. Dijo que, como en sueño, había visto a la Santísima Virgen, la cual le avisó que su Divino Hijo estaba para castigar con la muerte los sacrilegios que había ella cometido. Pero por la intercesión de su Madre, hizo misericordia con la india. Que esta limpiara su corazón con una buena confesión, y que tuviera mucho cuidado de no volver a ofender tan gravemente a Dios, para que no le sorprendiera el castigo del cual acababa de escapar.

Otro había cometido semejante crimen, que casi le costó la vida. Soñó una noche, que una multitud de gente le buscaba para matarle, por cuya gritería se despertó asustado, escapándose de la casa juntamente con su esposa. Desde la puerta vio adentro a alguien envuelto en un vestido azul, mandando a aquellos que se abstuviesen a matar al indio. Después lo llevó por una semana entera por la soledad de los montes, sin que pudiera ni comer ni dormir, caminando de noche y descansando de día, indicándole aquel guía por una cruz, donde tenía que detenerse. Todo esto vio el indio con sus sentidos despejados, aunque algo aturdido, hasta que en el día octavo le dijo su desconocido compañero, que todo esto era en castigo de su sacrilegio, y que hiciese penitencia. Con eso desapareció. Pasado su estupor, reconoció el indio el paraje, donde estaba, y pudo volver a su casa, pero tan exhausto de fuerzas que hizo llamar al padre, al que contó lo sucedido, haciendo una buena confesión.

mucha devoción a esta soberana Señora, en cuya protección sus devotos cada día hallan nuevos favores. f. 10

Reducción de la Purificación de la Santísima Virgen de Candelaria

El contagio que invadió este pueblo, les dio una buena ocasión para manifestar su mutua caridad, en lo cual ante todos se han distinguido los miembros de la congregación mariana, los indispensables ayudantes de los padres.³⁵ En tan grande angustia se organizaron públicas rogativas para implorar la intercesión de la Santísima Virgen y de San Ignacio. Y realmente, experimentan muchas veces el gran poder de San Ignacio, en tal grado, que sólo con la aplicación de una imagencita suya sanan los enfermos, en especial las mujeres de parto. Así una de ellas, para no mencionar otros casos, no podía dar a luz una criatura, ya muerta en su seno, habiendo fracasado todos los medios humanos, y estando ya la mujer para morir. En este trance imploró el favor de San Ignacio, y aplicando su imagen dio a luz y sanó.

Muy notable es lo que sucedió a un joven por la intercesión de los santos. Este había oído de los padres, qué apreciable era la virtud de la castidad, y que en su conservación, hay que declarar la guerra a la carne. Impresionado quedó por esta enseñanza, y un día, cuando la pasión le quiso arrastrar al pecado, y parecía que ni la oración ya no le servía, se acordó de las gloriosas hazañas de San Benito y de San Francisco en semejantes circunstancias, echándose al agua fría en tiempo de invierno, para apagar el fuego de la mala inclinación, mojando hasta su misma ropa.³⁶ Contrajo por eso una enfermedad, pero a lo menos había vencido la tentación.

A cierta india casada, cuando volvió del campo, la tentó un individuo, primero con cumplimientos, después con amenazas, no sacando nada. Se enfureció el seductor, la arrojó al suelo y la arrastró por los cabellos, mientras ella se defendía desesperadamente, gritando

³⁵ La versión castellana añade: “Cayó casi todo el pueblo enfermo de una pestilencia que sobrevino”. f. 11

³⁶ La versión castellana aclara este caso, señalando que “se arrojó a las aguas heladas de una laguna”. f. 11.

y rasguñando la cara de aquel individuo. Acudió por los gritos otro indio a socorro, y tuvo que escaparse el malhechor, quedando victoriosa la india. [f. 7]

Reducción de los Santos Cosme y Damián

Sólo hay que notar de este pueblo, que sus habitantes han sido los últimos que se han convertido al cristianismo, y sin embargo ya están tan imbuidos de la religión, que se puede decir de ellos con admiración: Estos son los postreros, y los has tenido iguales a nosotros. Ya se ha referido su fervor, y solo hay que añadir, que son muy aficionados al agua bendita, empleándola como medicina, dándola a beber a los enfermos, con mucha confianza en Dios.

Aprecian mucho la castidad, como se vio en el caso de dos mujeres, las cuales no sólo resistían a las solicitudes, y para que se les deje en adelante en paz, han denunciado a los padres lo que sucedió.

Reducción de Santa Ana

Era muy edificante la conformidad con la voluntad de Dios, con la cual estos indios han sobrellevado la escasez de víveres en estos últimos años, y las consiguientes enfermedades, todo esto como resultado de su traslado desde su favorable tierra natal a lugares menos aptos, obligados como estaban a este sacrificio para no perderse en cuerpo y alma por las invasiones de los portugueses de San Pablo. Una buena prueba de su caridad cristiana dio un indio, el cual lejos del pueblo encontró a un hombre enfermo y exhausto. No pasó adelante, sino que superando la caridad de aquel samaritano del Evangelio, cargó sobre sus hombros al enfermo y lo llevó al pueblo, para que no muera sin sacramentos. Así alcanzó el enfermo la confesión, muriendo el mismo día.

Semejante servicio prestó otro indio a un muchacho, el cual estaba mal en consecuencia de la mordedura de un animal venenoso. Lo halló en el campo el indio, lo cargó sobre sus hombros y lo llevó a su casa.

De su propia salud espiritual son muy solícitos, y se puede decir que no se encuentra nadie, que al hacer un viaje, no se prepare con la confesión para cualquier eventualidad.

Manifiestan su devoción a la Virgen de mil modos, y no se atreven a negar un servicio que se les pide por amor a la Virgen. Esto se vio en el siguiente caso. Encontró un día un indio a su mujer volviendo a la mañana del campo, y comenzó a sospechar algo no bueno, ya que le notó cierta perplejidad. Insistió en que declarase la verdad y le confesó ella el intento de un crimen. Se enfureció el indio y levantó su machete para matarla. Le sujetó la mujer el brazo, pidiéndole perdón por amor a la Virgen, o que a lo menos, le diese tiempo para poder confesar su pecado. Al pronunciarse el nombre de María Santísima, se detuvo el hombre y dejó libre a la mujer. Esta fue derecho al padre, donde se confesó con un torrente de lágrimas, suplicando después al padre que aplacase la ira de su marido. Fue el Padre, pero ya no hubo necesidad de recomendación, porque el indio le dijo, que al habérsele suplicado por amor a la Virgen, había perdonado a la mujer y a su cómplice.

Reducción de nuestra Señora de Loreto

Se ha construido estos últimos años una iglesia nueva, muy grande, y según las circunstancias del lugar, muy elegante, y nuestro excelente pintor, hermano Luis de la Cruz³⁷ ha provisto, como lo ha hecho en otras reducciones, el retablo mayor con una hermosa imagen, añadiendo otras pinturas más; ello es muy importante para aumentar entre los indios el respeto a las cosas sagradas y su afición al culto divino.³⁸ En realidad se nota siempre un progreso en la religión cristiana, cuando a la vida religiosa ordinaria se añaden esta clase de atractivos.

³⁷ Nombre castellanizado del hermano Luis de La Croix. Nació en Ath, Henao, Bélgica, en 1602. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1623 en la provincia Galo Belga. Allí profesó sus votos en 1635; llegó a Buenos Aires en 1640 y falleció en Córdoba en 1671.

³⁸ Dice la versión castellana: “Hízose estos años una grande y capaz iglesia, muy

Sin embargo, ni aquí ni en ninguna partes faltan algunos que se desvían del buen camino, mientras se observa también la bondad de Dios con buenos y malos, devolviendo a estos últimos misericordiosamente al bien. Así sucedió con un indio ya de avanzada edad, el cual había ocultado por muchos años sus torpezas al director espiritual, hasta que se dio cuenta de su estado lamentable y se convirtió haciendo una confesión general. Este caso se repitió varias veces en otros.

No hay que omitir el caso singular de una mujer, la cual ni siquiera en la hora de la muerte quiso confesar los pecados de su mocedad, y hasta se atrevió a pedir la admisión a la congregación mariana. [f. 7v] El padre, no recelando nada, estaba inclinado a concederle este favor, y la misma Santísima Virgen, parece que quiso mostrar su protección a esa miserable, que estaba en peligro de condenarse eternamente, concediéndole la gracia de recobrar su buen conocimiento y dolor y arrepentimiento de sus pecados. Llamó entonces al padre y le descubrió el triste estado de su alma. Después de haber recibido al fin, dignamente, los últimos sacramentos, descansó en paz.

Por casualidad notó un indio que su mujer hacía señas a otro, para que vaya al campo, por lo cual se confirmó en su sospecha, que tenía ya desde algún tiempo, que ella vivía con aquel en relaciones ilícitas. Pues, se puso al acecho y los pilló algo distantes del pueblo. Con furia agredió a aquel joven, y le asestó con el machete muchas heridas, queriendo matar a los dos. El malhechor se vio perdido, y se echó a los pies, pidiendo perdón por amor a la Virgen. Le valió esta súplica, porque el indio, al oír pronunciar el nombre de María, se aplacó.

vistosa para estas tierras, con un hermosos retablo, cuyos lienzos y traza hizo el hermano Luis de la Cruz, diestro y *primo* en el arte como lo ha hecho en otras reducciones, adornando las iglesias con sus pinturas. Con las que ha puesto en esta iglesia nueva la ha dejado muy hermoseada, en cuyo adorno y grandeza posible hacen ahora mayor estimación los del pueblo con las cosas sagradas y a mayor aprecio del culto divino que con todo el adorno a que da lugar la tierra y la reverencia mayor que se puede pedir, se venera a Dios Nuestro Señor en ella.” f. 12

Los dos juntos se fueron al padre Francisco Díaz Taño, Superior de todos los misioneros de las reducciones, el cual estaba allí a la sazón.³⁹ Este, después de haber oído el caso, curó primero las llagas del malhechor, hizo castigar a la mujer, para escarmiento de las demás, reconciliándose ella con su marido después del tiempo de su penitencia, e hizo borrar de la lista de los congregantes al joven adúltero, con gran vergüenza suya, pero llevándolo con resignación por comprender la justicia del castigo, pidiendo el reo además para mayor satisfacción del crimen, poder dedicarse al perpetuo servicio de los padres.

Todo esto no quita, que los demás indios vivan santamente, y tengan horror de los pecados. Así sucedió con cierta india, provocada por alguien, al cual contestó ella: ¿Cómo puedo yo, siendo cristiana, cometer semejante pecado?

Había una niña de trece años, muy enferma, la cual pidió al padre que le trajese el Santo Viático, porque temía las molestias de los espíritus malignos, mientras que esperaba sanar con la santa comunión. Así fue, porque apenas recibida la medicina espiritual, mejoró.

Reducción de San Carlos

Hubo aquí una peste cruel, la cual atacó a todos, y que se cebó ante todo en las criaturas pequeñas, muriendo relativamente pocos adultos. Se hizo en esta calamidad una rogativa a su Patrono San Carlos, y a la Santísima Virgen, y luego cesó la epidemia.⁴⁰

³⁹ El padre Francisco Díaz Taño nació en 1493, en las Palmas, islas Canarias. Ingresó en la Compañía de Jesús en Andalucía en 1614, y llegó a Buenos Aires en 1622. En 1629 hizo su profesión solemne mientras se desempeñaba en las Misiones, de las cuales fue Superior en 1646-1649 y luego, en 1656-1658. Fue enviado a Europa como Procurador (1637-1640 y 1658-1663). Fue secretario del padre Provincial (1640-1641) y Rector del colegio de Buenos Aires (1642-1646). Mas tarde fue Rector del colegio de Córdoba (1668-1669), ciudad donde falleció en 1677.

⁴⁰ En la versión castellana se dice: “Encendióse una peste este año de que murieron muchos niños y algunos grandes, mas la devoción de todo el pueblo con el glorioso San Carlos y la Virgen Nuestra Señora a quienes hicieron plegarias, la atajó”. f. 13v.

Se aumentó al culto a la Virgen por la solemne colocación de su imagen bajó la advocación de la Santa Fe, a la cual traen las madres a los pequeñuelos enfermos con su ofrenda, consistiendo ella en frutas. Delante de esta imagen cantan los muchachos de escuela los sábados las letanías, a la cual función acude todo el pueblo, encendiendo velas.

En los días festivos no quieren faltar en la misa, ni siguiera los que por ciertas ocupaciones se encuentran lejos del pueblo. Así se iban a la misa algunas indias con sus hijos, estando ausentes sus maridos. A ese fin se habían embarcado en una canoa, navegando río abajo del pueblo, cuando de improviso un viento fuerte dio vuelta al bote. Llamaron las indias a Dios y a la Virgen, alegando el buen fin del viaje. No en vano habían suplicado, pues, agarradas en la embarcación nadaron como media legua, escapándose salvas con sus niños. Ya se había esparcido en el pueblo el rumor de la desgracia, por lo cual fue mayor la alegría de todos, viéndolas sanas y salvas; en acción de gracias se cantaron las letanías de la Virgen con acompañamiento de la orquesta.

En este pueblo se han celebrado solemnes exequias por el eterno descanso del finado muy Reverendo Padre General de la Compañía, Mucio Vitelleschi, con asistencia de todos los padres misioneros de las reducciones del Paraná.⁴¹ Con esa ocasión se vio también el afecto de los indios a nuestro común padre, trayendo ellos, según costumbre introducida, las ofrendas mortuorias, las cuales se aplicaron en confeccionar ropa para los pobres.⁴²

Reducción de San José

No hay aquí cosa particular. Todo marcha bien, viven cristianamente los indios, asisten a las funciones sagradas, [f. 8] y son muy caritativos con los pobres.

⁴¹ El padre Mucio Vitelleschi fue Prepósito General de la Compañía de Jesús (1615-1645).

⁴² En la versión castellana, esta celebración se da por realizada en el pueblo de Loreto.

El hermoso templo fue enriquecido por un artístico templete sobre el altar mayor, el cual sirve de trono para las exposiciones del Santísimo.

Reducción de Corpus Christi

También esta viña del Señor produce los frutos que de él se esperan, Aquí se nota la particularidad de una santa emulación entre los niños y niñas para distinguirse más en la devoción a la Santísima Virgen. Especialmente en las fiestas de la Virgen se esmeran las niñas en demostrar su entusiasmo. No quedan muy atrás las personas adultas, en especial la congregación mariana. Su gran confianza a la Virgen se vio claramente en tiempo de las epidemias y otras calamidades.

Hubo tres expediciones en diferentes direcciones, para recoger indios abandonados, cristianos e infieles, en las selvas y montes.⁴³ Además, se realizó un viaje de exploración hacia cierto paraje, por donde podía de improviso venir una invasión de los

⁴³ Amplía esta noticia la versión castellana: “Hízose tres veces misión por diferentes partes de las cuales se ha cogido mucho fruto, recogiendo algunos infieles y otros que andaban perdidos, aunque no con pequeño trabajo de los obreros. Y si en estas misiones se padecen necesidades, no son menores ni menos trabajosas las que se experimentan muchas veces, saliendo a reconocer la tierra, que como es frontera de enemigos, por donde en particular los portugueses de San Pablo bajan, es fuerza hacer correrías y poner atalayas. Sintieronlos estos que venían por medio de unas canoas enemigas y medio destrozadas bajando por el río, mas como ya nuestros indios no les temen, por lo bien prevenidos que viven en [con] el socorro que el Rey Nuestro Señor, a quien Dios guarde, ha enviado y envía estos años tan liberalmente a estos sus obreros y fieles vasallos[..] Salieron, pues luego en su busca, bien armados y defendidos, dando a las otras reducciones la nueva deste cruel enemigo y lobo carnívor, que tanto daño ha hecho en las numerosas majadas destos pobrecitos corderos. Solo hallaron señas de su venida en unos cuerpos muertos de indios tupís, que son los que ellos traen en su defensa. De donde se coligió que los gualachos, indios feroces y siempre hambrientos de carne humana los habían encontrado y peleando, les habían muerto un portugués y algunos indios. Castigo evidente del Señor”. f. 13v y 14.

enemigos del Brasil, porque llamó la atención que se hayan visto algunas canoas flotando río abajo. Para prevenirse contra cualquier sorpresa, se han avisado a las demás reducciones del peligro, y se han despachado ya a algunos exploradores, los cuales volvieron con la noticia de que no haber encontrado nada, sino los cadáveres de algunos tupíes. (Son estos indios salvajes, los auxiliares de los brasileños en sus crudelísimas devastaciones de estas regiones, con cuya ayuda y por muchos años, han asesinado y llevado prisioneros a millares de indios). De todo esto se sacó en limpio, que los indios gualachos, gente bárbara, belicosa e indómita, y acérrimos enemigos del cristianismo, habían tenido un encuentro con aquellos, y que después de matar a un portugués y a algunos indios tupíes, habían obligado a los demás a ponerse en salvo. Por lo demás, nuestros indios ahora están en estado de poder defenderse contra cualquier ataque, se saben mucho mas valientes, animados por las victorias pasadas, y por saber manejar las armas de fuego que el Rey les concedió para su defensa.

Reducciones de la Anunciación de la Santísima Virgen en Itapúa y de San Ignacio del Yabebirí

Tampoco en estas reducciones hay cosa particular. Estos dos pueblos vecinos no decaen en su fervor, como suele acontecer por la debilidad humana, sino crecen en él.

Así ya no se ve nada de la antigua condescendencia de los mayores con sus hijos mal criados, sino al contrario, los denuncian a los padres hasta por travesuras pueriles, para echarles miedo, y les oponen el ejemplo de otros muchachos que se portan bien; y hay en realidad niños que sirven de ejemplo, hasta a los viejos.

Murió en la reducción de Itapúa el padre Francisco Broglia (cuyo apellido habíamos trocado en Céspedes) a los 47 años de edad, 30 de Compañía, y 16 de misionero de indios uruguayos.⁴⁴ Era natural

⁴⁴ El padre Francisco Broglia, cuyo nombre castellanizado fue Francisco Céspedes, nació en Turín en 1599, e ingresó en la Compañía de Jesús en esa ciudad en 1615. Llegó a Buenos Aires en 1628, pronunció sus votos solemnes en el pueblo de Concepción en 1637. Falleció en la reducción de Encarnación de Itapúa en 1647.

de Turín, descendiente de familia noble, habiendo sido su tío el arzobispo de Turín, Carlos Broglia. Cuando niño era muy enfermizo, pero de mucho talento y muy piadoso. Fue recibido en la Compañía por el padre Provincial de la Provincia de Milán, padre José Argenta, aunque el estado de su salud parecía dificultar su admisión. En efecto, estando en el noviciado de Génova, se [f. 8v] agravó su malestar, y estaba a punto de ser despedido de la Compañía, cuándo algunos padres intentaron salvarlo, y aconsejaron probar otros remedios. En esta aflicción se dirigió Francisco a la Santísima Virgen y otros santos, pidiendo su intercesión delante de Dios. Fuese después resueltamente al padre Provincial Argenta exigiendo que antes de ser despedido, se oyese el parecer de los médicos. Estos no desahuciaron al novicio, y el padre Provincial lo dejó en la Compañía.

Concluyó felizmente sus estudios, y enseñó por varios años con aplauso la retórica, viniéndole mientras tanto el deseo de irse como misionero a las Indias; aunque sufrió temporalmente algunos ataques por parte de su salud. Alcanzó la realización de sus anhelos con ocasión de la llegada a Roma del padre Procurador de la Provincia del Paraguay, padre Gaspar Sobrino, el año 1628.⁴⁵ Ya al llegar al puerto de Buenos Aires obtuvo el feliz anuncio de ser enviado a los indios del Uruguay, cuyas misiones estaban entonces en pleno progreso. En breve tiempo aprendió el guaraní para con esa lengua persuadirlos a reunirse en pueblos, instruirlos en la doctrina cristiana, y bautizarlos a millares, no sin grandes trabajos y privaciones.

Estando en la reducción de San Francisco Javier, de la cual había sido principal fundador, un hechicero extraño comenzó a sublevar la gente contra él, y en especial a algunos caciques, aburridos del nuevo género de vida, sin las acostumbradas hechicerías y supersticiones antiguas y sin las grandes borracheras. Los persuadió

⁴⁵ El padre Gaspar Sobrino nació en 1584 en Alagón, Zaragoza. Ingresó en 1601 en la Compañía de Jesús. Llegó a Concepción, Chile, en 1618. Fue Procurador de la provincia del Paraguay en Europa (1626-1628), de Chile (1628-1632) y del Nuevo Reino de Granada (1639-1642). Falleció en Lima en 1656.

fácilmente aquel embaucador, que para volver sin estorbo a su anterior vida salvaje, sería preciso quitar la vida al padre Francisco. Para este fin armaron una gran borrachera, en cuya ocasión pensaban cometer su crimen. Supo el padre de la proyectada borrachera, pero no de intentar matarlo, y acompañado de dos a tres muchachos, se fue hasta ellos, reprendiéndolos duramente, tanto que se intimidaron y se dispersaron.⁴⁶ Cuando el padre volvió a casa, se recobraron los indios de su susto, y llenos de cólera por la reprensión, se juntaron en mayor número, tanto que ya era casi un ejército, y con una gritería bárbara se acercaron a la casa. Con tiempo había sido avisado el padre por un niño, y así pudo escapar por una puerta trasera y esconderse en el cercano monte, hasta que paso el primer ímpetu del furor de los indios. Volvió entonces y acabó con el alboroto por medio de una tropa de indios fieles del mismo pueblo y de los pueblos vecinos. Los principales cabecillas de la sedición fueron desterrados, para que no sirviesen de estorbo en la evangelización de los demás. Los que quedaron, se portaron de tal modo, que parecía que querían borrar la mancha de la traición con tanta mayor fidelidad y sujeción. Al fin consiguió el padre el permiso de parte de los superiores para llamar a los desterrados, a los cuales trató con mucha bondad.

El mismo modo de proceder guardó el padre también en las otras reducciones, a las cuales fue enviado, procurando el bien corporal y espiritual de los indios, hasta que al fin llegó a Itapúa, donde en mayor escala pudo ejercer la caridad, porque aquí tenían que proveerse los padres de todas las reducciones de todas las necesidades de la vida. Procurando estas cosas le atacó una fiebre muy alta, que le puso en peligro de vida, mostrando él en esta circunstancia su gran conformidad con la voluntad de Dios, alegrándose de poder morir en un lugar falto de todos los remedios humanos. Recibidos los santos sacramentos, y habiéndose despedido de los indios con sus últimos

⁴⁶ La versión castellana señala que el padre fue a “la casa donde se habían juntado y con el imperio que le suministró su justa indignación, deshizo la junta y borrachera y huyéndose unos por una parte, otros por otra, sin haber quien se atreviese a contestarlo”. f. 15.

consejos, y en especial de sus amados hermanos en religión, murió el 24 de Marzo de 1646.

[f. 9]

Reducciones del Uruguay

Reducción de la Virgen de los Reyes o Yapeyú

Buenas han sido las cosechas, tanto la espiritual, como la material, y han cumplido su deber, tanto los padres como los indios. Cincuenta indios llevados a la esclavitud por los paulistas, lograron a escaparse de allí, y han venido a esta reducción. Habían traído algunas criaturas, las cuales fueron bautizadas, muriéndose una que otra poco después. La misma felicidad tuvo una vieja enferma, la cual fue bautizada también, y apenas recibida la extrema unción, murió.⁴⁷

Reducciones de Concepción, San Miguel y Santo Tomás

Fuera de la instrucción ordinaria, contribuyó no poco al fervor de espíritu de estos pueblos la visible protección de nuestro santo Padre Ignacio, con la cual asiste en especial a las mujeres de parto, acudiendo a él los indios también en otros apremios de la vida.

Florece asimismo la devoción a la Virgen y la frecuencia de los sacramentos; teniendo gran cuidado los padres de que no haya ningún escándalo público, siendo ellos inexorables en tales casos, aunque felizmente raros.

Reducción de los mártires del Japón, Pablo, Juan y Jacobo⁴⁸

Son muy piadosos los indios de aquí, y creció mucho la congregación mariana. Se mejoraron mucho las costumbres.

⁴⁷ Dice la versión castellana: “Fue grande el agasajo que hicieron a los huidos los desta reducción, como lo acostumbraban con otros muchos que se recogen, lo cual viendo los huéspedes que las caricias y recibimientos amorosos que como padres les hacían los nuestros, se aprovecharon en breve de las instrucciones y virtuosos procederes de los de este pueblo”. f. 16.

⁴⁸ En la versión castellana, el nombre Jacobo es reemplazado por el de Diego. f.16.

Hubo sin embargo un caso singular. Cierta india casada era poco recatada y no de buena fama. Pero al fin recobró su buen conocimiento e hizo penitencia con muchas lágrimas; haciendo su confesión a gritos por su mucha conmoción de corazón, diciendo: Dios no me dejó en paz, mientras estaba yo ofendiendo a él y a mi marido. Me envió Dios enfermedades y sufrimientos, en tiempo en que estaba ausente mi marido, para que sirviesen de freno de mis pasiones desordenadas. Y era claro que vino esto de Dios, porque al volver mi marido, volvió mi salud. Pero yo estaba ya ciega de pasión, hasta que Dios me dio buen conocimiento. Ahora es suficiente con los pecados y haré penitencia por ellos. Así hablo y lo cumplió, hasta que en consecuencia de una breve y grave enfermedad acabó sus días.

Un joven fue herido por un rayo, lo cual a otros quita la vida corporal, pero a él le dio la vida sobrenatural; porque, después de haber este rayo muerto a varios animales y maltratado a diferentes sujetos, quedó [f. 9v] ileso, después de haber recibido como una especie de azotes. Quedó muy escarmentado por este caso, corrigiéndose mucho en sus costumbres, antes no del todo buenas.

Voy a referir una interesante lucha entre el vicio y la virtud, al parecer con fuerzas y a una edad poco favorable a los dos contrincantes. Había, una niña de ocho años de edad, la cual se paseaba con dos chicas de cuatro años cada una, yendo a algunos charcos de agua para lavarse, no lejos del pueblo.⁴⁹ Mientras las dos más pequeñas entraban al agua más próxima y poco profunda, la más grande se fue adelante, encontrándose con un muchacho de trece años, el cual ya antes con prematura procacidad había tentado repetidas veces el pudor de la tierna criatura, pero sin efecto. Ahora comenzó de nuevo con sus provocaciones, con palabras de halagos y lisonjas, y con promesas, diciendo que no lo veía nadie por la soledad del lugar, a lo cual la niña le contestó, que al contrario, Dios estaba mirando todas las cosas, y la soledad no bastaba para tapar el crimen, ni para perder la vergüenza.

⁴⁹ La versión castellana dice “pozuelos”. f. 16v.

Que ella no se atrevería a ofender a Dios en ninguna parte, y menos cometer tal cosa. Amenazó al muchacho que le iba a acusar a los padres. Con eso se enfureció el pequeño criminal, ya como frenético de pasión carnal, y comenzó a darle de golpes y romperle la ropa, mientras ella se defendía con valor como pudo. Irritó más al muchacho insensato, ver la resistencia que le hizo una muchacha pequeña y débil; y con mayor furia la pegó con un palo los brazos, las caderas y piernas para lograr sujetarla. Pero la chica peleó como una leona, como sí la fuerza de su carácter le hubiera aumentado las fuerzas corporales. Bramando de rabia, el muchacho corrompido, amenazó con matarla, si no dejaba su resistencia; a lo cual replicó esta segunda Susana resueltamente, que preferiría mil veces morir que pecar, que no temía la muerte, porque Dios estaba de su parte.⁵⁰ Ya que este malvado no pudo quebrar la constancia de la muchachita, a la menos quiso saciar su deseo de venganza, y en eso le dio fuertes golpes sobre el pescuezo con un palo, hasta que ella cayó muerta. Echó el criminal el cadáver al agua, para hacer creer que ella se había ahogado. Se acercó entre tanto otra niña, la cual estaba buscando a la asesinada, y preguntó a las dos más chicas, dónde estaba la mayor; le contestaron que estaba en el agua, y que no quería salir, aunque le habían llamado.

Así encontró aquella niña el cadáver, y avisó inmediatamente de eso a los padres. Se mandó traer a la difunta, a la cual todos tenían por ahogada. Pero las mujeres notaron los cardenales de los golpes en el cadáver, en especial en la parte de la cerviz y así, comenzaron a sospechar que se trataba de un crimen. Preguntaron a las pequeñas compañeras, quién estaba por allí, a lo cual dijeron que nadie, fuera de aquel muchacho. Se llamó al muchacho y sacaron los pormenores del crimen, así como lo hemos contado arriba. Por supuesto, recibió el criminal su bien merecido castigo, aunque no a la medida de su maldad tan atroz, pero suficiente para escarmentar a otros.

Fue sepultado el cuerpo de la heroica niña con la más grande solemnidad posible, para que también la virtud tuviese el honor que le

⁵⁰ Alusión a la castidad de la joven judía, mencionada en el capítulo 13 del libro de Daniel del Antiguo Testamento.

correspondía, a lo menos en cuanto era lícito y útil para estimular el valor de la honestidad.

Reducción de Santa María la Mayor

Se esmeran los padres en los sermones para inculcar a los indios el temor de Dios y el horror de los pecados, y animarlos a ejercer obras de caridad para con el prójimo, en especial con los enfermos, que eviten las malas ocasiones, y que hagan confesiones bien hechas. De los siguientes hechos se puede sacar, que no han predicado inútilmente, y que Dios mismo confirmó sus palabras con hechos extraordinarios.

Así declaró una india, que sólo el recuerdo de lo oído de boca de los padres le dio fuerza y resistencia en una tentación grave. Había ido con su marido para ver las sementeras, y mientras allí ella estaba ocupada, se [f. 10] había apartado algo de su marido. Lo advirtió un indio mozo y robusto y comenzó a solicitarla, primero con lisonjas, y después con amenazas. Quedó firme la mujer, contestando que temía los castigos de Dios por la maldad. La agarró el malvado en el brazo, comenzando ella a gritar. La arrastró a los matorrales cercanos y le apretó la garganta para que callase. Ella empero clamó de lo más íntimo de su corazón a María Santísima, para que le trajese a su marido, y para que este le salvase de la doble desgracia, de perder o el pudor o la vida. Felizmente había oído el marido un ruido sospechoso y acudió apresuradamente. Viendo eso el malvado, soltó a la mujer y se escapó.

Había aquí un indio escapado de las manos de los advenedizos del Brasil y casado aquí, sin dejar todavía su salvajismo. Siempre se ocupaba con hechicerías y no asistía a las funciones sagradas, sino sólo para tapar alguna de sus acostumbradas fechorías. Poco le importaba lo que le decían los padres, y estos no sabían cómo acabar ese escándalo. Había faltado otra vez en la santa misa un día de domingo y le oyeron después gritando desaforadamente en su casa. Acudieron los vecinos y lo encontraron medio muerto por una paliza

que había recibido. Le preguntaron qué hubo. Les dijo que había venido alguien que no era indio y le había pegado por no haber asistido a las funciones y a la doctrina en la iglesia. Estaba tan debilitado que llamaron al padre para auxiliarle. Luego, bien dispuesto, y arrepentido de sus pecados, se confesó. Poco después, murió.

Otro gravemente enfermo hizo llamar al padre, porque tenía que arreglar muchas confesiones mal hechas, y ya veía una cantidad de demonios que estaban listos a llevarlo. Dijeron: Vamos a llevar a este nuestro antiguo amigo, tan solícito en servirnos. Invocó el pobre miserable con gran angustia a Dios y a María Santísima que lo salvaran. Estaba tan asustado, que se desmayó. Al recobrar su conocimiento vio al padre a su lado y sinceramente le confesó todo lo que había hecho. Recobró la salud de cuerpo y alma, ejemplo vivo de la misericordia de Dios.

No acabó con felicidad otro individuo, completamente incorregible y escandaloso. Dios hizo justicia, una viga pesada cayó sobre él, quebrándole la cabeza, dejándolo casi moribundo. Sin embargo sanó, pero sólo en el cuerpo, volviendo a las mismas maldades. Se le advirtió, no sé cómo, de su cercana muerte; como él mismo lo contó a sus parientes. Quiso hacer una obra buena y repartió algo de maíz a los pobres. Un día volvió del campo y se sintió muy mal. Hizo llamar a un padre para confesarse. Apenas acabada la confesión, se agravó la enfermedad, y el indio comenzó a gritar desesperadamente que estaba perdido para siempre, porque ni en la hora de la muerte había declarado que había estado amancebado, no aprovechándose de la misericordia de Dios. Por esto, dijo, tenemos que sufrir en el infierno los dos (nombrando a la cómplice, la cual ya había muerto). **[f. 10v]** ¡Ya me condenó Dios eternamente, ya me entregó a los crueles verdugos, ya no hay esperanza, ni nadie me puede salvar, ni la Santísima Virgen, ni el ángel custodio. Yo mismo tengo la culpa de todo. Yo pude salvarme, pero no quise, y Dios se alejó de mi corazón y ya comienzan los eternos tormentos! ¡Ay, cómo me pegan! No oís los golpes (dijo a los presentes), no veis a esos diablos, no sentís el calor de estas llamas? ¿No veis estos cardenales? En realidad, vio en

este momento el padre, y los demás que estaban presentes, como su cuerpo se llenó de cardenales como de azotes nudosos, y de quemaduras, las cuales reventaron, despidiendo un olor insoportable.

Vino también el otro padre, y en su presencia siguió el enfermo con su triste cantinela de condenado, declarando públicamente los pecados que lo causaron, quejándose de no haber escuchado a los padres, y de no haberles creído, y qué había blasfemado los santos nombres de Jesús y María pensando al pronunciar el nombre de María en su cómplice.

Se empeñaron mucho los dos padres en calmarlo y animarle, diciendo que no era verdad que todo era perdido; al contrario, que si se arrepintiese de veras, y se confesaría bien, se salvaría. Así hablaron también los congregantes marianos, que sirvieron de enfermeros. Todo en vano. Ahora se calló, luego estalló en frenesí, gritando como un condenado: Todo está perdido. Y mirando a los circunstantes con ojos furiosos, intentando asaltar a su madre y a sus parientes para desgarrarlos. Dijo que el fuego de este mundo es una sombra en comparación con el infierno, y en prueba de esto, se levantó de repente, brincó de un salto al fuego y tomó algunos carbones encendidos en su mano, pero los que estaban presentes, se los quitaron.

Comenzó de nuevo con un torrente de exclamaciones, y todos vieron su cuerpo llenarse cada vez más con quemaduras. Furioso de dolor gritó que eran inútiles sus limosnas, y que ni las oraciones le podían servir. Fue necesario amarrarlo con lazos, para que no se desgarrase a sí mismo. Así gritó día y noche, como una fiera en su jaula, al ser picada con agujones de hierro, hasta que exhaló su infeliz alma, poniéndose su cuerpo atrozmente negro. Se divulgó el hecho, causando gran temor de Dios.

Reducción de los Apóstoles San Pedro y San Pablo

Existe aquí la costumbre de repartir cada mes por suerte el nombre de un santo, cuya fiesta se celebra en aquel mes, para que se encomiende cada uno al santo que ha sacado. Y ha dado buen resultado

esta práctica, porque se comprometen los indios a no faltar gravemente este mes en honor de aquel santo. Han cumplido fielmente esta promesa, entre otros, especialmente varias indias, rechazando las provocaciones. Una de ellas, no solo resistió al seductor, sino le corrigió, como este mismo después contó a un padre, para pedirle una penitencia por su tentativa criminal. Otros hicieron voluntariamente penitencia para reparar el escándalo que habían dado. Muchas mujeres de parto experimentaron la intercesión de San Ignacio. [f. 11]

Reducción de San Nicolás

Lo antes dicho del patrono mensual vale también aquí. Así algunas preferían morir antes de ser infiel a su patrono mensual. Con algunos menos firmes intentó el demonio hasta hacerlos más infelices por malas confesiones. Esto había conseguido con un indio moribundo, el cual de repente comenzó a agitarse, pedir el Santo Cristo, e invocar a Jesús y María. Se llamó el padre, el cual lo tranquilizó. El indio le dijo que había visto al demonio, el cual le quería sofocar con lazos torcidos, para que no se confiese de sus pecados callados, diciéndole además que aquellos pecados eran poca cosa. Hizo buena confesión y luego se mejoró, viviendo ahora santamente.

Una india moza de buena fama, un día antes de morir tuvo que pasar por una terrible agonía. Se le presentó el enemigo del género humano bajo diferentes aspectos, queriéndola tentar a la desesperación; a lo cual ella contestó pronunciando devotamente el santo nombre de María. Vino ahora el demonio con mayor astucia, como si fuese su hermano que la visitaba diciendo: Demasiado grande es tu confianza en este trance, porque en vano esperas el perdón después de tantos pecados. Ibas a la Iglesia y a los sacramentos, pero sin creer firmemente en estas cosas de la religión. Acuérdate además de todas tus maldades de la vida pasada. Tal vez no me crees, pero pregunta a esas mujeres (presentando el demonio las figuras, de ellas). Concedió ella que en realidad había sido muy mala. Prosiguió el fingido hermano: Pues, entonces el cielo no es para ti, sino más bien el infierno.

Comenzó la pobre a lamentar y horrorizarse, ya afirmando, ya negando lo que le decía el demonio, cerca de la desesperación y clamando: Estoy perdida. ¿Qué me sirve la Cruz, qué el Rosario?, queriendo apartar de sí estas cosas sagradas. Dio vuelta y vio allí a su madre y le dijo: Tú tienes la culpa. Si tú me hubieras corregido, no estaría yo en este estado. Maldita eres, porque a tí debo mi desgracia.

Gritó horriblemente: ¡Ay de mí! ya veo un ejército de gente armada que me quiere quitar la vida. Con eso quiso huir, y con un salto se echó, en brazos de su madre, temblando de miedo. Se tranquilizó un poco, hasta que el enemigo multiforme se le presentó aparentando ser el padre misionero, el cual tenía en la extremidad de la sotana carbones encendidos, y la reprendió agriamente, diciendo que ya era condenada, y todo era perdido, y que aquí tenía una prueba del fuego del infierno, echando las brasas sobre ella. Por lo cual ella gritó más desesperadamente, que todo era perdido, ya que su mismo director espiritual se lo había dicho. Ya que no hay remedio, para que esperar más. Me tiro sola a este pozo de fuego, dijo, pero se detuvo ante él, horrorizada. [f. 11v]

Cuatro horas enteras duró esta terrible agonía, quedando ella bañada de sudor, y los circunstantes con el corazón partido de lástima. Entre ellos había una chica, pariente suya, la cual afirmó haber visto al demonio, que quiso desgarrar a la enferma, y quedó la chica tres meses enferma de espanto. Claro está, que todo este tiempo asistió a la moribunda el padre, el cual hizo todo lo que en estas circunstancias se hace, rezando en especial: San Nicolás, vencedor de los demonios, ruega por ella; la cual invocación cada vez calmó un poco a la enferma. Más efecto todavía tuvo el santo nombre de María, pero sucedió lo curioso, ya que al querer invocarlo el padre, sentía cada vez, como si le sujetasen la lengua. Parece que temió mucho el demonio este nombre.

Al fin plugo a Dios que se calmase por completo la enferma, la cual otra vez se confesó muy devota, y murió santamente.

Aunque menos terrible, sin embargo también notable fue lo que le sucedió a cierto indio, llamado Andrés, hombre bueno, pero

muy tonto, y que apenas sabía hablar. Hacía ya medio año estaba enfermo, y había ya recibido los últimos sacramentos, cuando por siete horas quedó privado de sus sentidos. Volviendo en sí, comenzó a contar cosas tan maravillosas, que quedó extrañado el sacerdote que estaba presente. Dijo que en realidad estaba muerto, y mientras tanto había visto las cosas admirables de la otra vida, y que ya no quería volver, si no lo hubiera conseguido la Santísima Virgen de su divino Hijo, para que en su nombre avisase a la congregación mariana, que pronto experimentarían cosas agradables, y dijo que se abstengan de las bromas menos castas, y de las malas palabras, y que vivan en paz y concordia porque las rencillas de este pueblo habían provocado la indignación de su hijo. Después contó lo que habla visto en el cielo, aquellas criaturas tan hermosas, que murieron después de bautizadas; allí estaba también Ana (la misma de que acabamos de hablar), la cual gozaba ahora del premio conseguido por su victoria en su último combate terrible, y que ella misma le dijo que sepan todos que esto había sucedido por la voluntad de Dios, y que ella le mandó decir las gracias al Padre, que le había asistido en su agonía, porque, después de Dios, a él debía ella su victoria. Habló el indio otras muchas cosas sublimes y espirituales, tanto que a todos era evidente que él no había sacado esto de sí mismo. A la pregunta, si quería morir, dijo que no quería vivir entre tantos peligros y miserias, después de haber visto el cielo. Al tercer día murió.

Reducciones de la Asunción de Bororé y de San Francisco Javier

De la primera reducción no hay nada de particular, y de la otra lo siguiente: Un indio sufrió de asma, pero sanó al instante y sin haber aplicado remedio, sólo con prometer a San Javier de ayunar las vísperas de su fiesta y en ella recibir los sacramentos. Otro indio músico pidió alivio de la Virgen prometiendo hacerse congregante, y sanó echando el mismo día una lombriz solitaria.⁵¹

⁵¹ Este caso no se refiere en la versión castellana.

Otro músico congregante se enfermó, aplicando los padres con más solicitud los remedios, para no perder este talento musical. Pero en vano. Dijo el joven, que no le molestasen más, porque con gusto moriría. Vio entonces dos jóvenes, ya muertos, que habían sido congregantes [f.12] como él, los cuales, con velas encendidas en la mano, habían venido a acompañarlo a la eternidad. El enfermo los saluda con alegría, e indicó, a los circunstantes el día y la hora de su muerte, Y así se cumplió.

Un niño de ocho años estaba enfermo y fuera de sus sentidos. En este estado vio espíritus malignos que le querían llevar, pero su ángel de guarda le protegió. Le mostró también dos caminos opuestos, el uno muy agradable, con mucha gente; el otro áspero y solitario. Pero este último conducía al cielo, el otro al infierno. Vio los tormentos, en especial de los odiosos, sobre sillas de hierro candente, aullando y blasfemando. El ángel también le mostró el purgatorio, indicándole allí el hombre de algunos de este pueblo, pero desconocidos a él, porque hacía tiempo que murieron. Contó también muchas cosas del cielo, no equivocándose en las circunstancias, cada vez cuando repetía lo que había visto; aconsejando al mismo tiempo a todos que le oían, que procuren llegar allá por una vida cristiana, hablando juiciosamente como un hombre de edad.

Cierta india después de confesada cayó otra vez en tentación, y sin embargo, en este estado quiso comulgar. Pero le sobrevino tal temblor en todo su cuerpo, que tenía que retirarse, y esperar el fin de la misa. Entonces con lágrimas declaró al director espiritual su mal intento, visto por aquel que sabe todas las cosas.

Misión de los itatines ⁵²

Reducciones de San Ignacio de Caaguazú y de Santa María de Fe

Parece que esta misión va a ser una de las mas importantes de esta Provincia, en especial por ser puerta a muchas otras naciones

⁵² En la versión castellana se la llama “Misión del Itatí” f. 22v.

de infieles, no sólo de aquí cerca, sino hasta la cuenca del inmenso río Marañón, porque no muy lejos de aquí se halla el nacimiento de sus afluentes.

Por ahora no se podían adelantar nuestros proyectos en este sentido, por falta de personal, ya que en los años pasados hubo bastante trabajo con la fundación de las misiones de Guayrá, Paraná y Uruguay. Se reasumió esta idea y se discutió en la Congregación Provincial próximo pasada, ya que la propagación evangélica cesó hacia el oriente, en las regiones expuestas a las invasiones de los paulistas y brasileños, trasladándose los restos de aquellos indios a las veinte reducciones puestas en lugares más seguros.⁵³ Para el indicado fin escogió mi antecesor en el provincialato, el padre Francisco Lupercio de Zurbano, al padre Pedro Romero, misionero excelente en todo sentido, muy experimentado ya en la evangelización de los gentiles, nombrándole Superior de la misión de los Itatines, dándole de compañeros cinco padres mas, que gobernaban las dos reducciones de San Ignacio⁵⁴, y de Santa María de Fe, y mandándole [12 v] que con otro compañero traspasase allí el río Paraguay, para plantar al otro lado la señal de la Santa Cruz, y explorar la disposición de los indios tocante a la recepción de la fe.⁵⁵ En caso favorable se pensaba en extender hacia allí la conquista espiritual por medio de los nuevos misioneros que Vuestra Paternidad concediese a nuestro Procurador a Roma, padre Juan Pastor.⁵⁶ Obedeció el padre Romero,

⁵³ La VIIª Congregación de la Provincia Jesuítica del Paraguay se reunió en Córdoba en julio de 1644.

⁵⁴ En la versión castellana se completa el nombre, llamado “San Ignacio del Caaguazú”. f. 23

⁵⁵ El padre Pedro Romero nació en Sevilla en 1585. Ingresó en la Compañía de Jesús en el Paraguay en 1607. Fue ordenado en Santiago del Estero por el obispo fray Hernando de Trejo OFM en 1611. Pronunció sus votos en 1619. Fue Superior de Misiones (1631-1636) y falleció asesinado en el Itatín el 22.III.1645.

⁵⁶ El padre Juan Pastor nació en 1580, en Fuente Espalda, Teruel. Ingresó en la Compañía de Jesús, en la provincia de Aragón, en 1596. Con el padre Diego de Torres llegó al Perú en 1604 y ya sacerdote, lo acompañó en la fundación de la provincia del Paraguay. Fue profesor en Santiago de Chile (1613-1614) y en Córdoba

escogiéndose por compañeros de su expedición exploradora al padre Justo Mansilla y al hermano coadjutor Mateo⁵⁷, perteneciente a los llamados donados, el cual nos había prestado grandes servicios en la fundación de las misiones de los guaraníes e itatines. Fueron recibidos cortésmente por algunos caciques del otro lado, y plantaron la señal de la cruz en aquellas tierras. Envío el padre Romero al padre Justo, a dar estas buenas nuevas y a traer las cosas necesarias para una instalación definitiva. Supo el infierno la derrota que le amenazaba e instigo a algunos caciques a matar al padre. Ya se ha enviado aparte la Relación de la gloriosa muerte del padre Romero con su compañero, y una vida de él, más extensa, se remitirá en breve, por lo cual aquí no añadiré más.

La sangre de los mártires es la semilla de cristianos nuevos. Así esperamos de esta semilla una espléndida cosecha. Ya tenemos algunos indicios que nos confirman en nuestra esperanza: Pues, por su propia iniciativa, han colocado los indios de allí los dos cuerpos de estos mártires en dos cajones o ataúdes, y los han traído a la reducción de Nuestra Señora de Fe, donde los han recibido los padres con gran solemnidad y los han enterrado en la capilla. A los indios que los habían traído, agradecieron efusivamente, asegurándoles que nada de venganza tenían que temer, y que en nada se había disminuido el afecto de los misioneros para con ellos. Les dijeron, que avisasen de ello a su cacique, y le entregasen los regalos que le envían los padres.

Por lo demás, el método de evangelizar a los itatines, es exactamente el mismo que el seguido en el Paraná y Uruguay. Creció el número de habitantes por algunos advenedizos recogidos con indecible trabajo en las selvas.

(1615-1616), secretario del Provincial (1613-1621), Rector del colegio de Asunción (1622-1626), Maestro de novicios (1627- 1632), Rector del colegio de Buenos Aires (1632-1635) y último Rector del Seminario y colegio de Santiago del Estero (1636-1644). Fue también Procurador en Europa (1644-1648) y Provincial (1651-1654). Falleció en Córdoba en 1658.

⁵⁷ La versión castellana dice “Mateo Fernández” f. 23. Falleció en las misiones de Itatines el 22.III.1645.

Ya adelanta la vida cristiana y la frecuentación de los sacramentos. Desterrada está la hechicería, se ha formado con ellos una orquesta, se han aumentado los ornamentos sagrados. Así es que está formado el puente para trasladarnos a otras naciones, para cuando vengan nuevos operarios. Por ahora no podemos pensar en eso, para no abandonar el trabajo comenzado aquí, aunque no nos falte la gana. Pues es más glorioso ganar nuevas victorias, pero no más fácil y más útil explotar las batallas ganadas.

Por ello tanto anhelamos la llegada de nuevos misioneros, a los cuales se abre un tan dilatado campo de actividad.⁵⁸

Que ruegue a Dios Vuestra Paternidad, para que bendiga nuestras empresas, y sea Vuestra Paternidad como otro Moisés, que en el lugar eminente donde Dios le ha puesto, levante sus manos al cielo, mientras sus hijos están peleando las batallas del Señor con la espada de la Palabra de Dios, no contra los infieles, sino contra el enemigo infernal de ellos. Así conseguiremos la anhelada victoria con la conquista de muchas almas, dilatando los confines del Reino de Cristo, su Iglesia católica, a la Mayor Gloria de Dios.

Juan Bautista Ferrufino

⁵⁸ La versión castellana incluye aquí una síntesis antes de la despedida: “Estos son los frutos que Nuestro Señor se ha servido coger por medio de los hijos de Vuestra Paternidad, que por todos son en esta Provincia 164 sacerdotes y hermanos, estudiantes 8, coadjutores 47. De los sacerdotes, los 52 están de asiento, ocupados en misiones sin divertirse en otra cosa. En su ayuda solo tienen cinco hermanos coadjutores, un ropero que les acude en el vestuario, un arquitecto que atiende a la fábrica de los templos, un pintor que cuida de su adorno, dos que tienen a su cargo una estancia de ganado, de donde acuden a todos con el sustento necesario. Los demás sacerdotes están repartidos en los colegios, en los ministerios ordinarios de donde todos los años salen de cada colegio dos padres a misión por la comarca, de las cuales algunas son tan extendidas que gastan los padres cuatro y más meses en correrlas.” f. 23v.

**Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay de la Compañía
de Jesús para el R.P. Vicente Carafa, de la misma Compañía
Por el P. Juan Bautista Ferrufino⁵⁹, Prepósito Provincial del
Paraguay, acerca de los hechos ocurridos en los años
1647, 1648 y 1649.**

[f. 1]

Reverendo Padre en Cristo

En el pasado trienio, si bien la conjura de muchos hombres enfurecidos se ensañó con pertinacia contra la Provincia del Paraguay, no ha sido tanto el perjuicio como la utilidad surgida de esos actos adversos. Parece que tan grande tempestad fue permitida por la divinidad, al querer Jesús que esta Provincia, la más pequeña y más nueva de su Compañía, pese a ser sacudida, emerja aun más gloriosa de ese prolongado naufragio.

Entre los vientos constantemente adversos, ella ha seguido su camino para mayor gloria de Dios y provecho en el negocio de las almas. Y para hablar sin ambages en estas cartas que escribo a V.R. se leerá que frente a la dureza de los peligros que sobrevienen a sus hijos, el acecho de los lobos al aprisco de las ovejas, la fuerza de las adversidades y las insidias de los demonios que conspiran, se ve en la fortaleza de sus hombres, el vigor siempre íntegro de nuestra Compañía. Todos sus miembros trabajan con gran empeño en todo lugar, tanto en las tareas tradicionales como en aquellas nuevas que deben ser emprendidas con la perseverancia necesaria para admiración de los mortales y envidia de los demonios, que deben ser enfrentados con astucia. Pues no solo algunos hombres de gobierno, gente del pueblo y desertores de nuestra Compañía se nos oponen, sino que también otros en Europa nos obstruyen el paso, lo que es

⁵⁹ Sus datos ya fueron mencionados en la Carta Anua anterior.

penoso para esta Provincia. De esto puede deducirse que la conservación de ocho colegios y más de veinte pueblos de indios dependen de ciento ocho sacerdotes, trece escolares y cuarenta y tres coadjutores que subsisten.

Ante este corto número, sería fácil señalar aquello en que cada uno se hubiera destacado, pero lo que se distingue en la memoria colectiva, es la probidad y el respeto con que todos se han conducido y que se hará patente en cada uno de los hechos que paso a referir en esta narración.

Colegio de Córdoba

El Colegio de Córdoba, cabeza de nuestra Provincia mantiene a cuarenta y un miembros útiles en la casa; dos o tres sacerdotes enseñan teología especulativa, uno filosofía, otro humanidades, doce discípulos cursan artes y se cuentan muchos externos. [f. 2] En verdad han trabajado con gran diligencia, pese a ser tan pocos y todos han demostrado en privado como en público su buena disposición y probado que en el desierto solitario, también pueden florecer los ingenios. Entre ellos dos adolescentes, aprobados por un maestro en temas de teología, han recibido tantos lauros que podría pensarse que en las más duras competencias de Europa quitarían la palma a otros. Los demás, tanto españoles como indios y negros, por obra de sus maestros que toman en cuenta su virtud, fueron integrados en cofradías marianas, en reuniones públicas como privadas, gloriándose de sus logros y abominando las torpes deshonestidades a que les llevaba la naturaleza humana.

Si la narración incluyera todos los hechos cotidianos sería muy extensa, por lo que se impone dejar de lado a muchos de ellos. Me limitaré a los más eminentes, por los cuales fácilmente se podrán conjeturar los demás, ya que atestiguan los méritos de los miembros de esta Provincia que en este trienio han guiado a la Compañía. De modo que dudo que haya habido algo no destacable. Y aunque en la ciudad de Asunción han sucedido los problemas más importantes, sin

embargo, como suele suceder en las grandes tormentas, se los han ventilado en todas partes. Primero fue el famoso libelo, divulgado inicialmente a escondidas entre el vulgo, después la difusión abierta de cantos, en los cuales los enemigos de la Compañía intentaban calumniarnos y hacernos aborrecibles a los demás. Llevados de la audacia y malos consejos, hombres consagrados, olvidados de su condición, atribuyéndonos cosas ajenas a la verdad y a nuestras costumbres, condujeron las acciones de modo tan acerbo contra la Compañía. En medio de todo esto, revistiéndose de inocencia, pretendían ser creídos, sin amar lo más importante, que es obrar bien y sufrir por Cristo. Esto se mantuvo así por la intransigencia y nuevos actos de los que nos denigraban y el silencio de los nuestros. El mismo día en que se celebraba el misterio de la eucaristía, un alumno nuestro refirió públicamente un hecho horrible en una fiesta tan solemne para la Iglesia, que nos afectó ante las otras órdenes, por lo cual la infamia fue mayor. Uno de nuestros sacerdotes, afectado en su pecho desde tiempo atrás, había arrojado abundante sangre. El pueblo se conmovió tanto ante este hecho, que muchos afirmaban que ello debía castigarse con un prolongado ayuno a quienes hicieran tales cosas a los amados padres defensores de la verdad. **[f. 2v]** Así, pese a la opinión de los malvados, y como suele suceder, la virtud heroica de los nuestros sobresalió más de lo que podía esperarse para furor del demonio. El obispo del Tucumán, Melchor Maldonado⁶⁰ manifestó en nuestro favor su predilección por el nombre de la Compañía, y así cundió la fama de estos hechos. Desde la ciudad de Santiago el año de 1648 me escribió: “Me condolí por los hechos del Paraguay, pues esos sucesos me parecieron tan luctuosos, que presagiaban males mayores. Me duele haber sido conducido contra la Compañía de Jesús, tan conocida y amada, a la que considero por experiencia, tan útil para mi grey y apoyo los juicios sobre su inocencia. Lamento haberla tenido por culpable ¡Oh padres! Me tendréis por compañero y patrono. Todos mis esfuerzos se dirigirán a defender al inocente. Expugnaré con mi pluma los errores y haré que se considere que hay más verdad en mis

⁶⁰ Sus datos ya fueron mencionados en la Carta Anua anterior.

escritos que en las fatuidades fabulosas de los calumniadores. Envío a todas las ciudades sometidas a mi cuidado un documento en el que considero que todos los escritos esparcidos contra la Compañía sean considerados y acallados por las penas eclesiásticas. También dispongo que en este asunto no se violen los derechos de los reos de las órdenes religiosas. Estimo que cualquier inquietud que surja hará que, al fin y al cabo, surja la verdad y con ella la paz; que los calumniadores deben ser subestimados, aunque han hecho sufrir mucho y gravemente a los inocentes. Con el discernimiento de algunos hechos disiparé la verdad para la posteridad, aunque no por mérito de la Compañía, ni por mi amor hacia ella que así he de proceder. Y prefiero divulgar estas deliberaciones, seguro de conocer el alma de la Compañía y a sus hombres, sobre todo aquellos con los que, en los sucesos recientes, me he conolido como si fuera su compañero”.

“El conocer como sucedieron estas cosas ha afirmado mi ánimo; y si ante las turbas, ellos perseveraron, pues que parecían tener humano sostén, fue la fuerza divina la que los ayudó a mantenerse firmes, sin abatirse. Las frías aguas de los opositores no lograron extinguir su caridad, antes bien ella se afirmó ante la adversidad. Más aun desde que oraron a Dios con gran fervor y maceraron sus cuerpos en público y en privado y aplicaron en gran medida el precepto del Señor de amar a los enemigos”.

El ardor de los hermanos de Córdoba no pudo ser frenado, sino que se difundió con sus rayos salvadores a sitios cercanos a la ciudad y a lugares remotos, desde donde eran llamados y a los que acudieron siempre con presteza. Próximo a concluir el trienio, los pueblos de españoles e indios fueron visitados por dos sacerdotes. Cuatro o cinco meses de cada año se insumieron en esta obra. La situación de estos pobladores no puede menos que causar desazón, pese a que se logró que muchos salieran de sus infortunios y del cieno en que se hallaban. Diré, sin embargo, que la mayor parte de los frutos obtenidos se debe al celo del ilustrísimo y reverendísimo fray Melchor Maldonado, quien se privó de mucho para que algunos de nuestros sacerdotes no padecieran en las misiones emprendidas. [f.3]

Casa cordobesa de probación [Noviciado]

Uno de nuestros sacerdotes cuidó con esmero de los seis novicios, destinados en parte a los estudios y a su formación a través de las normas de nuestro Instituto. Todos mostraron excelente trabajo en el propio vencimiento y en el ardor de la piedad, mediante los ejercicios religiosos o a través de la purificación que suponen las experiencias de la vida. Usaron el ámbito común con los externos en la casa contigua al muro, con provecho para ambos. Por la solidez de las virtudes de los novicios, son los externos los que moderan sus ardores; éstos, a su vez, renuevan así su fervor. Dos hermanos coadjutores se ocupan de la atención de las fincas suburbanas, y del aprovisionamiento de la casa.

Colegio de La Rioja

Cuatro sacerdotes dirigen con afecto a indios y españoles, aunque no tanto a los negros; les reciben sus confesiones y atienden sin descanso sus labores. Los ministerios de la casa son atendidos por dos padres. La misión rural se extendió hasta donde los españoles tienen edificado un fuerte en una zona pantanosa, con guarnición para la defensa ante las depredaciones de los bárbaros. En años pasados, la ciudad de Londres fue devastada.⁶¹ Muchos indios que se había establecido en la periferia, acudieron a esta misión, cuyo fruto no fue escaso. Las grandes alturas, sus peligros y la falta de agua, hacen difícil el tránsito por estos caminos. La región padece pobreza en lo material e indigencia en lo espiritual. Fuera de un sacerdote, ninguno tiene allí paga alguna. Desde ese desierto y abrojal, los nuestros reciben grandes gozos en Cristo, acudiendo con los sacramentos a los necesitados. Con prudencia se sanaron muchas maldades y se atendió a pecadores de toda la vida. Una vez cumplido el trabajo, los padres volvieron al colegio con las ropas desgarradas y llenas de abrojos. No les faltó ocasión de ejercitar la paciencia fuera y dentro de la casa; pues los vecinos principales se dejaron llevar por calumnias. Difundidas

⁶¹ Fue como resultado del primer gran levantamiento calchaquí, en 1632.

entre el vulgo, ello hizo que los ánimos se volvieron contra nosotros. Descubierta la calumnia y conocida la infamia de su origen, ellos se convencieron y volvieron a su antigua estima con nosotros.

Colegio de San Miguel de Tucumán

Nuestra Compañía recogió abundante mies en este fértil campo por el trabajo asiduo de cuatro sacerdotes, un maestro y tres coadjutores. Los vecinos principales, gracias al favor de la Santísima Virgen, nos frecuentan y con ese ejemplo, el resto del pueblo, españoles, indios y negros acuden a nosotros como a una tabla de salvación. Frente a la vida licenciosa que prevalece en las Indias, se busca que la juventud sea preservada con actos de piedad y sana doctrina. Desde ocho poblaciones españolas y de indios, llevamos a diez parajes apartados el alivio a sus enfermedades, así como alimentos, todo con provecho para sus almas e incremento de nuestra estima. Así se han erradicado antiguas supersticiones en los neófitos. **[f. 3v]** Un indio, renuente a la aceptación de la extremaunción, fue persuadido por nosotros de recibirlo; repentinamente sintió que le volvían las fuerzas y sintiéndose curado, se levantó del lecho y pregonó a todos que esa unción sagrada era saludable tanto para el alma como para el cuerpo.

En momentos de gran necesidad, en 1647 se nos agregó un padre del colegio de Santiago del Estero, para suplir nuestra carencia de operarios y con la aprobación del vicario del obispo. El padre José Quevedo⁶², nacido hace veintiséis años en Córdoba del Tucumán, hijo de padres piadosos, cumplió sus estudios en ese colegio, al que había sido enviado y donde terminó su vida. Virtuoso, puro como lo exigen nuestras constituciones, se mostró hijo genuino de la Compañía por su obediencia. De carácter suave, alegre y de admirable voluntad

⁶² José Quevedo, oriundo de Córdoba, Argentina, nació el 4.IV.1620 e ingresó a la Compañía de Jesús en Paraguay el 29.VI.1638. Falleció en Córdoba, Argentina, el 28.III.1647.

para compartir. Tenía real ingenio para el ejercicio de todas las virtudes; en sus vigiliass no comía sino pan y agua, práctica que conservó durante toda su vida. Sentía un gran amor hacia la Virgen María y su esposo [San José]. Con su protección, esperó con mirada serena la muerte que se le aproximaba.

Colegio de Salta

Seis sacerdotes y un coadjutor viven en este colegio. Como resultado de sus viajes se produjeron algunos hechos que merecen ser señalados. Entre el Tucumán y el Perú y a cincuenta leguas de la ciudad de Salta se halla la ciudad de Jujuy. Esta y sus lugares vecinos son recorridos anualmente por dos de los nuestros en tiempo de cuaresma. Movidos por sus actos, el gobernador en carta pública y numerosos vecinos en cartas privadas se dirigieron a mí solicitando que alguno de nuestros padres residiera allí en forma permanente. Para lograrlo, proponían construirnos una casa a su costo. Esta aspiración se acrecentó al conocer la expulsión de la Compañía de la ciudad de Asunción, por lo cual me prometían el apoyo frente a la difamación que nos habían hecho los paraguayos. Pero la carencia de miembros, distribuidos en tantas partes, me ha impedido hacerlo. [f. 4]

A igual distancia de Salta, esto es a cincuenta leguas, se halla la mina de plata llamada San Antonio, frecuentemente visitada por los españoles y los indios. Dos de los nuestros la recorren, afrontando las altas cumbres y las nieves perpetuas. Es muy difícil que los mineros en su ímprobo trabajo presten atención a las enfermedades que padecen los indios allí convocados, trabajando noche y día sin ver la luz. Se acabaron los odios entre los españoles, no sin nuestra intervención, pues sucedió que muchos dirimían sus cuestiones con armas de fuego. Uno de los nuestros ingresó en el lugar y fracasados otros remedios, se irritó y tomó un látigo; atónitos por este gesto, cedieron en sus odios y se dieron la mano.

Misión de Calchaquí

Una vez ganadas las tierras de los tapes, guaraníes, uruguayos e itatines y los que los rodean, en donde por envidia del demonio y por pasiones humanas fueron destruidas tantas reducciones construidas con esfuerzo por el esfuerzo de la Compañía y muertos tantos hermanos, se resolvió que en el futuro también veláramos por las otras numerosas tribus contra la depredación de los ladrones. Y que se estableciera para ellos una nueva misión a nuestro cargo y que con la bendición de Jesús, fuera causa de un nuevo triunfo.

Entre Tucumán y el Perú, al lado izquierdo de Chile, entre valles y montes, a setenta leguas de distancia, se extienden sesenta poblados de los feroces indios calchaquíes. Hacía pocos años que el pueblo calchaquí había vuelto a su antigua ferocidad por sus continuas ebriedades. No soportaban el yugo extraño y ávidos de novedades se preparaban para la rebelión, sin temor a la guerra. En medio de esta tensión vivían en el pueblo de San Carlos de Anguisgasta cuatro miembros de la Compañía, sin que hubieran podido, en los años pasados, recoger otro fruto que bautizar a niños moribundos. En la esperanza de recoger el fruto de su labor, llegó el momento oportuno para ello, como en breve demostraré.

El hijo de Utimba, jefe de los calchaquíes, que alguna vez atacó a los españoles, cayó prisionero y quedó expuesto a sufrir el último suplicio. A pedido de sus compañeros, nosotros intercedimos a su favor y se logró su libertad. El joven regresó y persuadió a su padre y a otros jefes de llamarnos para establecernos allí, entre ellos. [f. 4v] Luego se trasladó al pueblo de Anguisgasta y refirió que debía la vida a la gestión de la Compañía. Y desde allí pidió a los padres que fueran a su patria, que Utimba nos erigiría casa e iglesias para sede nuestra. Agradó a los padres la propuesta y avisado el padre Fernando Torreblanca, encargado de la misión de calchaquí y rector de Salta, consideró oportuno anunciar al hijo de Utimba que volviera a su patria y que él, una vez cumplidos algunos trámites, iría hacia allí.⁶³ El indio,

⁶³ El padre Fernando de Torreblanca nació en Córdoba, Argentina, el 13.IX.1613, ingresó a la Compañía de Jesús en el Paraguay el 8.VIII.1628. Su cuarto voto fue

contento con esa promesa regresó a Anguigasta; más tarde llegó el padre Fernando Torreblanca, con el cual se formalizó un trato. Se oponían a ello el jefe Chumbicha y otros anguigastenses [...] Los caciques parecían de acuerdo. El padre Fernando vio la ocasión y les reprochó su obstinación: “vosotros, preferís a una ley tan hermosa el ánimo enfurecido, el rencor es para vosotros más fuerte que la paz de los hijos de Dios; os mostráis en constante ebriedad adorando falsas deidades; los sacerdotes cristianos os atendieron no solo para que conozcáis la virtud a través del ejemplo, sino para aplacar la ferocidad de vuestros ánimos, pero habéis abusado; dejo este lugar y lo abandono aun para aquellos que me escuchan sinceramente. Oídas estas cosas, algunos quedaron confundidos y otros estimulados. Los hijos de los caciques que se habían imbuído de las costumbres cristianas en nuestra casa, rodearon al padre y con ruegos y lágrimas, le pidieron que se quedara. También rogaron a los jefes y todo el pueblo prometió que pondría fin a sus acciones si se quedaban. Con ello se conmovió el padre y agregó otras palabras en distinto tono, afirmando que había sido severo no por hostilidad hacia ellos, sino para que reflexionaran; que siempre habrían de recibir su apoyo y que los padres se quedarían en el pueblo, que los amarían y cuidarían de ellos y que abandonando sus viejos ritos, abrazarían una sola religión y que pensarán quienes habrían de aceptar estas condiciones. Dicho esto, emprendió el camino con otro sacerdote. Los caciques marcharon en orden al pueblo de Utimba y todos fueron testigos de la alegría que causó su llegada, escoltados en medio de exclamaciones. Los hijos de los caciques, ganados por los padres, les ofrecieron alimentos y otras cosas, que los padres no desdeñaron, pese a la rusticidad de esas ofrendas. [f. 5] Con todo, los indios temían que los padres quisieran regresar. Muchos de ellos se acercaron a escucharlos en el templo. Esperamos que en poco tiempo más, acepten participar de nuestros sagrados misterios.

El pueblo calchaquí se extiende hasta las montañas de Chile, no accesibles a los españoles, acaso no explorados y descriptos por mi no del modo satisfactorio que desearía.

dado el 12.VII.1648 en Salta. Falleció en la ciudad de Córdoba el 11.IX.1696,

Colegio de Santiago del Estero

Contamos en este colegio con doce personas: siete sacerdotes y cinco coadjutores. El nuevo templo está ubicado en una elevación; la construcción del resto de la casa fue rápida y se cuidó que nada faltara para la comodidad y salud de los externos, ya que algunos de nosotros ya estábamos allí desde los años pasados. Se explica la gramática, se fomenta la camaradería como es costumbre y en fin, todos se ayudan en la casa y fuera de ella. Mientras se trabajaba activamente en esta ciudad, el año 1646 se sumó el padre Pedro Herrera, del cuarto voto, profeso hace once años. Es varón de grandes virtudes religiosas y mucha tolerancia de espíritu. Sucedió que por inadvertencia o malicia fue imputado del crimen más torpe, aunque nada se probó en contra suya. Solo le bastaba para su descargo el rogar al Señor que no lo abandonara ni permitiera que fuera despojado de su estado religioso. No se frustraron sus votos de inocencia, pues conocida la mala fe de las acusaciones, se absolvió al inocente de la sospecha y se lo colmó de alabanzas por su heroico silencio. Ni los dolores de cálculos ni las grandes enfermedades que lo afectaban a causa de las tareas diarias, ni el peso de las confesiones o las reuniones a que debía asistir pudieron doblegar su constancia. Defendió siempre a los indios, cuya lengua e índole conocía, frente a los poderosos, con peligro de la propia estimación. Parecía haber nacido para amar y cuidar a los indios y para todo ejercicio de caridad, en primer lugar para las grandes misiones apostólicas. Me complace transcribir aquí una consoladora carta sobre la muerte del padre Pedro Herrera⁶⁴ enviada por el reverendo señor obispo fray Pedro Maldonado a los padres del colegio de santiagueño: “Lamenté la muerte del buen padre en los negocios privados y en los asuntos públicos de todo el Tucumán; conocía los yuyos útiles; vivió como perpetuo defensor de los pobres, fue maestro idóneo de los indios y observante de mí y de sus superiores; recorría mil leguas, que el y yo hicimos hasta Córdoba, omitiendo

⁶⁴ El padre Pedro de Herrera nació en Santiago del Estero en 1602. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1617 y profesó su cuarto voto en Córdoba el 1.XI.1637. Falleció en Santiago del Estero el 3.I.1649.

otros viajes realizados, enseñando y siempre dio a conocer por carta sus trabajos, para tener mi asentimiento. Gracias a él se superaron muchos obstáculos para la salvación de muchos. Por todo esto, como espero, habrá sido premiado con el reino celestial. Por mi parte, yo celebraré en el colegio las exequias del buen padre, con el esplendor acostumbrado. He mandado que todos los sacerdotes de mi jurisdicción estén presentes en el oficio. Nos parece que sería estimulante para el fervor con que deben emprenderse los futuros trabajos y misiones. [f. 5v]

Colegio de Buenos Aires

En el fértil campo de Buenos Aires, la atención de las almas es realizada por ocho sacerdotes y tres coadjutores. Dios proveyó con liberalidad las cosas necesarias para vivir y por eso nada se descuidó de lo que correspondía para la conservación y reparación de las almas. Cuando la capital del reino de Chile fue sacudida por un terremoto que la llevó a la ruina y se derrumbaron sus templos, ocasionando muchos heridos y muertos y un daño estimado en cuatrocientos mil escudos, hubo confusión en Buenos Aires.⁶⁵ Unos pocos imprecaron contra Dios, pero la persuasión de los nuestros sirvió para considerar mejor los efectos de dichas calamidades. Los pueblos vecinos de Santiago se conmovieron por movimiento del suelo y esa misma noche murieron otras cuarenta personas. Los montes se desplomaban y el mar Pacífico se agitó hasta Valdivia. Muchos se aturdieron, trastornados por el miedo, y quedaron paralizados, pensando que no se hallaba lejos el fin del mundo. Estas versiones comenzaron a difundirse a través de rumores, extendiéndose luego a toda la ciudad. Niños que vivían en un lugar cercano a Buenos Aires, se presentaron ante la Reina de los cielos, con el rostro triste y le suplicaron que anunciara al pueblo que Dios se hallaba irritado con la ciudad de Buenos Aires y que se había retirado de ella para perderla y destruirla. Le rogaban que ella accediera a sus súplicas ya que no querían morir.

⁶⁵ Dicho terremoto ocurrió el 13 de mayo de 1647.

Los vecinos de Buenos Aires, creyendo que podrían dominar el peligro, expusieron primero a los delirantes y a los que eran conocidos por sus infamias, seguros de que Dios descargaría su venganza sobre ellos como ocurrió con los de Nínive.⁶⁶ Por el temor, los ánimos de todos cambiaron y comenzaron a pensar que debía hacerse para pedir la protección de la divinidad. Se pasó a los ruegos y los votos. El obispo imaginaba como aprovechar esta disposición de los ánimos de quienes concurrían a los templos con tanto ardor para aplacar a Dios y expiar sus crímenes. También nosotros, aprovechando la ocasión (como suele suceder en tiempos de penuria) conmovimos los ánimos del auditorio con narraciones, moviéndoles el temor de Dios y conduciéndolos a la penitencia voluntaria y a piadosos sentimientos. El ambiente se llenó durante la noche, con tales voces, gemidos y lágrimas, más que suficientes para mover la voluntad de todos. Hombres de todas clases se ensañaban con flagelaciones y niños ya grandes, pedían permiso a sus padres para infligirse castigos físicos e impetrar de Dios el perdón.

El vicerrector de nuestro colegio, ahora que todos llegaban asiduamente a nuestra iglesia de noche para confesarse, dispuso el silencio en una reunión pública y anunció que la Reina del cielo estaba ahora vestida de luto [f. 6] pero que se mostraría dispuesta a atender a todos aquellos que se apartaran de la avaricia y la lujuria y que haría salir a la ciudad de su ruina. Para acrecentar la fe se uniría a la Virgen un sacerdote llamado León, que habría de morir en el próximo mes de septiembre. Por ello aquel religioso, varón solícito que había tenido varias visiones de la Virgen, rogó con las más humildes súplicas, no morir, a pesar de que se le había preanunciado su fallecimiento. Oídas estas cosas, se exacerbaron los ánimos y con el temor unido al dolor, salieron precipitadamente del templo y fueron a sus casas a narrar a los suyos, entre lágrimas y terror, que pronto llegaría el día de la destrucción y si debían quedarse o huir de la ciudad. Se oían los lamentos de las mujeres, los ruegos de los niños y los gritos de los hombres en medio de un desorden mayúsculo, como suele suceder

⁶⁶ Alusión al libro del profeta Jonás, 3, 1-4 o también a Mateo 12, 41.

en una ciudad sitiada o cuando se cree que pronto ha de tenerse la máquina del mundo. No hubo nadie de tan duro corazón que no se estremeciera por estos terrores. Cambió así el aspecto de la ciudad; la piedad siguió a las costumbres corrompidas y la castidad a la lujuria y ardió en ellos el deseo de alcanzar los bienes celestiales. Ya con el silencio de los disidentes o el estrépito de los vecinos que competían entre sí, por todas partes se oían clamores de indulgencia y pedidos de misericordia de los flagelantes. Todos volaron hacia la confesión y la penitencia; el templo se llenó de mujeres y varones que limpiaban con ello sus vidas. El obispo, con su autoridad, los consoló, señalando que la ira de Dios se aplacaría con semejantes demostraciones. Se dispusieron nuevas deprecaciones, a las cuales concurrieron no solo los vecinos de la ciudad sino también los habitantes de los alrededores. Estas súplicas, que salían de todos los templos como un coro gregoriano, convergieron en lágrimas, flagelaciones de los látigos y peines de hierro y otros ingeniosos instrumentos de penitencia; muchos se clavaban en cruces, otros seguían a la turba de los flagelantes con numerosas genuflexiones y una sola era la voz de los que suplicaban “he pecado” y ello ocurrió no un día, sino muchos, porque se había pecado también largamente.

Por varios meses, casi a diario, aquí las mujeres, y allí los hombres, separados uno de otros, iban por las calles flagelándose y confesando sus culpas de la vida pasada. Los niños de las escuelas se dirigían ordenadamente hacia los templos y solicitaban el favor de la Virgen, a la que creían irritada, para que aliviara sus pesares. El Sagrado Cuerpo de Cristo era llevado bajo palio con piadoso acompañamiento y expuesto por tres días a la adoración pública. Por las exhortaciones del obispo y nuestros consejos, muchos ofrecían a la divinidad sus ayunos de pan y agua. Se depusieron antiguas enemistades, se abandonaba a las concubinas y vencido el pudor, se confesaban pecados ocultos por muchos años. [f. 6v] A los pies del sacerdote descargaban el amargo veneno acumulado por tanto tiempo por el demonio y arrepentidos, se mortificaban con sus flagelaciones. Otro, a causa de un niño nacido de unión ilegítima quiso darle muerte

y ocultar así su deshonestidad y la de la mujer engañada, pero lo contuvo el temor de añadir a ello otro crimen.

Por ello, ya se ha hablado suficientemente de estos remedios heroicos y no hay por que detallar todos los casos. La única voz del pueblo era ¡Miserere! A una sola voz los hombres y las mujeres exclamaban ¡Miserere! Los niños y las niñas gemían ¡Miserere! Sólo el eco del Miserere resonaba en la plaza, el puerto, la costa del río de la Plata, en la casa, el templo, conmoviendo las entrañas, llevando al arrepentimiento y al perdón. Esta exclamación contuvo la espada de quien no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Durante todo el mes de septiembre no hubo indicios del castigo divino; el sacerdote cuya muerte había sido preanunciada, sobrevivió y por estos sucesos se comprobó que la ira divina se había aplacado con las rogativas. Los de recto juicio pensarán que estas penitencias deben ser alabadas. Por eso pienso que los vecinos de Buenos Aires, sepultando sus antiguos crímenes, han levantado este noble trofeo ante la posteridad, apartando de sí el rayo del castigo divino. Por ello me veo obligado a afirmar que la ciudad de Buenos Aires es para la Reina de los cielos, a la que siempre rindieron culto sus congregaciones, su Madre misericordiosa; ella les advirtió el peligro inminente en que se hallaban y logró conmovierlos y aplacar así la ira divina que los amenazaba.

En el año 1649 se fue de este colegio Sebastián Rodríguez, diligente coadjutor en las cosas domésticas, que vivió treinta y cinco años en la Compañía bajo las reglas de la disciplina religiosa. Sobresalió siempre por su caridad cristiana. Era su oficio no tanto servir a los hermanos como a los esclavos e indios, tratar sus heridas ulcerosas, preparar los remedios y diariamente realizar las curaciones. También solía atender a los extraños y curarlos Y aun le quedaba tiempo para sí mismo y para las cosas divinas.⁶⁷

⁶⁷ El hermano Sebastián Rodríguez nació en Pliego, Murcia, en 1565. Ingresó a la Compañía de Jesús en el Paraguay el 2.X.1613; sus últimos votos fueron pronunciados el 31.VII.1621. Falleció en Buenos Aires en 1649.

Colegio de Santa Fe

A los cuatro sacerdotes y coadjutores que viven en este colegio se sumaron en el tercer año otros cuatro sacerdotes aprobados por el Superior. Todos fueron muy útiles para la atención de los españoles, indios y negros. [f. 7] Cuando hubo ocasión los padres salieron a realizar sus misiones en tierras de los indios. A los que venían de afuera se los proveyó de lo necesario para sus labores.

El terremoto de Chile y lo que sucedía en Buenos Aires, también repercutió en Santa Fe, donde se hizo todo lo posible para calmar la ira de la divinidad y lograr su perdón. Porque los vecinos de esta ciudad temían que, pese a no ser de aquel lugar ni participar de culpas ajenas, igualmente el cielo quisiera vengarse con iguales sanciones. Por ello prefirieron prevenirse; hicieron votos, lamentaciones y lutos, consternación y clamores y no había en público más que gemidos, suspiros y ruegos, de modo que la ciudad se convirtió en un lugar lúgubre. A diario se purgaban los males con la confesión, se maceraban los cuerpos con ayunos y otros tormentos. Brilló para con ellos, en público y en privado, la caridad de los padres de la Compañía. Con el consenso general hubo reunión vespertina durante nueve días en nuestro templo. Pese a ello, los temores en esta ciudad han sido más fríos que en Buenos Aires. El templo desbordaba diariamente con la multitud de vecinos, mientras que otros, con lágrimas y sollozos, pedían en la puerta del templo unas palabras que los llevaran a [...] la penitencia. Terminada la reunión, los varones del interior se azotaban con látigos; las mujeres imploraban a la Virgen Madre que obtuviera la gracia de Dios. Todo el mes se mantuvieron estos actos de piedad y diariamente se repetían las súplicas de los penitentes. Con inusitada voluntad, las mujeres marchaban de noche en público, flagelándose y manando sangre, para aplacar la ira divina.

Sin duda tanto el terremoto de Chile, como los prodigios celestes, han de ser considerados como útiles estímulos para la conversión de las almas. Una niña de diez años, a ejemplo de su hermana, se presentó en público azotándose, lo que provocó las lágrimas de todos. Ante otra puerta del templo, una jovencita se levantó en

medio del coro, extendió el velo [f.7v] y con sus azotes hizo derramar lágrimas a la asamblea. Una mujer española declaró públicamente que había calumniado a otra y se declaró culpable. Un español, movido por su ejemplo, declaró abiertamente que perdonaba la injuria que le fuera inferida por un calumniador. Los demás vecinos expiaron sus culpas con el sacramento de la confesión: las malas amistades y las enemistades se acabaron en esta oportunidad; las confesiones se reanudaron, los bienes ajenos restituidos. En fin, (salvo el miedo) la ciudad fue purificada como es debido por tan útil suceso, en una actitud en la que veo el comienzo de la sabiduría.

Reducciones del Paraná y del Uruguay

Son 20 las reducciones, las reliquias otras más, después de su devastación por los ya tantas veces mencionados mamelucos. Las administran 41 sacerdotes, repartidos de a 2 en cada una. Además hay 5 hermanos coadjutores, de los cuales uno es un pintor originario de Bélgica. Pinta las sagradas imágenes, embellece los retablos con dorado y adorna con dibujos arquitectónicos las paredes y las vigas de las iglesias, de tal modo, que podía suscitar la envidia hasta en las naciones más cultas.⁶⁸

Otro hermano es maestro en obras de escultura y se dedica a la construcción de iglesias y de sagrarios o tabernáculos para la reserva del Santísimo, empleando maderas de diferentes colores, dándoles la forma de torrecitas, de castillos y de frontispicios.⁶⁹

Claro está que los dos hermanos son beneméritos por la aplicación de su habilidad, enseñándolas también a los nuevos

⁶⁸ Alusión al hermano Luis de La Croix, ya mencionado en la Carta Anua anterior.

⁶⁹ El escultor era el hermano coadjutor Domingo Torres. Éste nació en Osuna, Sevilla, España el 28.IV.1607; ingresó a la Compañía en 1627 en Andalucía; llegó a Buenos Aires el 20.XII.1636 e hizo sus votos el 25.VII.1641 en la reducción de Santa María, Misiones, Argentina. Falleció el 15.VIII.1688 en Apóstoles, Misiones, Argentina.

cristianos. Los otros tres hermanos tienen los oficios de sastre, zapatero y de hortelano o estanciero.

Todos estos misioneros tienen un Superior común, el cual no dirige ninguna reducción en particular, sino manda a todos los padres y administra los bienes de los neófitos en común. Se atiende al bienestar de los indios de tal modo por los padres, que no queda nada que desear. Tienen los padres un verdadero afecto paternal hacia los indios del Paraná y Uruguay, porque estos son su orgullo, ya que sólo por los trabajos, sudores y la sangre de los de la Compañía han sido sacados de las selvas y cavernas, y han sido educados poco a poco hasta llegar al nivel de civilización y al grado de cristianismo que ostentan ahora.

Así se comprende el gran amor de los padres para con estos sus hijos que han engendrado en Cristo, pues no ahorran trabajo en adelantar y perfeccionarlos, no acobardándose por las mil calumnias que se levantan contra nosotros y las falsas suposiciones.

[f. 8] No hay que envidiarlos, si gozan de los frutos de su trabajo, ya que no meten la hoz en cosecha ajena sino cosechan lo que han sembrado y riegan con sus lágrimas, su sudor y sangre. Claro está, que les causa una grandísima satisfacción ver ahora tan cambiada a esa gente, antes antropófagos, que vivían como las fieras esparcidas en las selvas, matándose mutuamente, acostumbrados a la más grande deshonestidad y ebriedad, siguiendo a sus apetitos depravados con ciego ímpetu; pero ahora es gente honesta, piadosa, ya no supersticiosa, asidua en asistir a la explicación del catecismo, y a las funciones sagradas y a ganar honradamente su sustento. Todo esto es debido, después de la gracia de Dios, a los incansables esfuerzos de los padres de la Compañía.

Por eso, y a regañadientes, el demonio al escapársele de sus garras el botín por culpa de los jesuitas, se comprende que pretenda vengarse con sus acostumbradas armas, queriendo destruir por completo esta porción de la Iglesia en el Paraná y Uruguay.

Pero, ¡por Dios! ¿a quién ha escogido el diablo por ayudante? Digámoslo francamente, porque es cosa pública: al mismo obispo electo de la Iglesia del Paraguay, Ilustrísimo Señor fray Bernardino de Cárdenas.

Él debió ser el apoyo y sostén de los misioneros, pero poco faltó para que arruinara todo. Pues pervirtiéndose una vez el corazón, aún de un Ilustrísimo, ya no le detiene ni el respeto de lo divino, ni de lo humano, arruinando todo, arrastrado por la ciega pasión, no tomando en cuenta ni el propio daño, ni el ajeno.

Este hombre desafecto injustamente contra la Compañía, no dejó piedra por mover, para poder arruinarla y destruir sus obras. Arrastró por los suelos nuestro buen nombre, haciéndonos odiosos a los españoles y otros por medio de sus infames y numerosos libelos.

Inundó con cartas a Gobernadores y Audiencias Reales, y otros muchos Superiores eclesiásticos y civiles, enlodando las mejores intenciones y obras con sus perversas suposiciones, pretendiendo hacernos moralmente imposibles en los ojos de todos.

Envío numerosos panfletos a los reinos circunvecinos, llenándolos con fábulas, cuentos ficticios y calumnias. Y todas estas falsedades no solo repetía hasta la saciedad en la conversación familiar, sino que las quiso inculcar en públicos sermones; y como poseía cierta elocuencia natural y porque le tenían por santo, era relativamente fácil hacerles creer estas cosas a la gente ignorante, y hasta a distinguidos caballeros, con no pequeño menoscabo nuestro. En otro lugar volveremos a ver todo esto más en particular, mencionando aquí solo lo que se refiere al asunto que hablamos.

[f. 8v] Muchas veces hizo tentativas este hombre para arrebatarlos los neófitos, reducidos únicamente por el empeño de nuestra Compañía a la civilización y al cristianismo, sin que nos ayudara en esta empresa nadie fuera de Dios.

Con este fin sobornó a algunos indios de su servicio, para que ellos secretamente sublevaran a nuestros indios contra nosotros, para alcanzar así nuestra expulsión de las reducciones, empleando también

toda clase de recriminaciones contra nosotros. Así se atrevió a pegarnos la nota de herejía, siendo la Compañía tan benemérita de la Iglesia Católica.

Esto quiso probar atacando algunas expresiones en el catecismo guaraní, usado en la evangelización de esta gente.⁷⁰ Se rebajó tanto este prelado que sujetaba a un interrogatorio insidioso a nuestros indios del Paraná, que iban en diligencias a la Asunción, queriendo él a toda costa sacar algo de aquellos indígenas que pudiera comprometer la conducta privada de los misioneros.

Pero por gracia de Dios, que ninguna de esta gente, por lo demás tan sencilla, se dejó sorprender por el obispo, ni dijo algo desfavorable sobre sus misioneros; ya que todos porfiadamente defendían la inocencia de los de la Compañía.

Tampoco dieron razón al obispo, cuando quiso hacerles creer que los padres inválida e ilícitamente administraban los santos sacramentos; y esto es de maravillar en gente como esta, de ninguna manera tenaz en su opinión, y por lo demás muy voluble.

Por donde se ve que intervino la asistencia de otro en la defensa de la inocencia contra el furor de los poderosos, que deshizo todas las maquinaciones de los mentirosos; ya que contra Dios no

⁷⁰ La impugnación del *Catecismo de la lengua guaraní*, publicado por el padre Antonio Ruíz de Montoya en Madrid, 1640, por el obispo Cárdenas, dio lugar a una larga controversia. El asunto llegó a la corte y Felipe IV dispuso en 1654 que el arzobispo de Charcas, Alonso Ocón, hiciera examinar dicho texto. Los peritos convocados al efecto determinaron en 1656 que la versión en guaraní era correcta. No obstante el tema volvió a ventilarse en 1662. El padre Montoya dio a conocer en 1651 una erudita *Apología en defensa de la doctrina cristiana que en lengua guaraní trabajó el venerable padre fray Luis de Bolaños, de la familia franciscana, por orden del sínodo que el ilustrísimo señor D. Fray Martín Ignacio de Loyola, obispo del Paraguay celebró en la ciudad de la Asunción el año de 1603. Y fue aprobado por el sínodo que celebró el ilustrísimo señor fray Cristóbal de Aresti el año de 1631, en que se volvió a encomendar el uso de éste, y no de otro catecismo qua hasta ayer corría limpio de achaques y hoy le ensucia un autor anónimo*. Fue publicada bajo ese mismo título, abreviado, con un erudito estudio preliminar de Bartomeu Meliá SJ. Asunción, CEPAG, 1996.

prevalecen los malévolos. Se enojó fuertemente aquel prelado contra estas sencillas defensas de nuestra inocencia y las llenó de injurias y de amenazas, pero no sacó nada, sino que los indios pensaban y decían que el obispo estaba mal de la cabeza por el calor y que decía muchos despropósitos y sinrazones.

Todavía no descansó el obispo. Ya que no pudo trastornar a los indios, quiso sublevar a otros contra ellos, achacándoles el crimen de rebelión. Trató de probar en un escrito que todos los neófitos convertidos por la Compañía no sólo debían servir por dos meses cada año a los españoles, sino que estos últimos los podían vender como esclavos.

Era muy insidiosa esta razón, porque con la esperanza de adquirir muchos esclavos fascinó a los españoles, los cuales cifraron en ella no pequeña utilidad. [f. 9] Pues todos los grandes o pequeños hacendados y los amigos del prelado ya se adjudicaban en sus fantasías una gran o pequeña porción de aquellos esclavos imaginarios y ya no se hablaba otra cosa entre la gente alta o baja, sino de proveerse de esclavos por medio de nuestros neófitos. Este deseo era tan vehemente, que se sugestionaron con su pronta realización.

El asunto era muy peligroso, porque nada hace el cristianismo más odioso a los bárbaros, que servir a los españoles. Esto lo sabe la Compañía; por lo cual al entrar en tierras de infieles tienen mucho cuidado de no exigir de ellos otra cosa sino que se dejen instruir en la religión, quitándoles la sospecha de tener que servir a gente privada. Sólo después de haberlos civilizados en algo, los persuaden, alegando razones del caso, que no era demasiado intolerable, sino al contrario muy provechoso, reconocer la soberanía del Rey católico, para ser defendidos con sus armas contra los enemigos, pues envió a sus expensas a los misioneros de Europa a América.

Este prelado, no obstante, desconoció estas reglas de prudencia, arrogándose el poder de amenazar con el estigma de esclavos a aquellos indios, que aborrecen servir a gente privada. Era de temer que se sublevasen los indios del Paraná y Uruguay para

oponerse al servicio personal, y lo único que los contuvo era su confianza de que la Compañía los defendiese paternal y decididamente, y lo mismo el Rey, a quien habían enseñado sus misioneros a respetar y guardar fidelidad.

No paró en eso la venganza del prelado; supo alborotar a todo el mundo contra nosotros, despertando de nuevo la adormecida fama de las pretendidas minas de oro en el Uruguay, y diciendo que, aunque lo desmintiesen los jesuitas, había realmente tales minas, y para explotarlas empleaban clandestinamente a los neófitos.

Añadió a esta fábula la gravísima recriminación de que los jesuitas enviaban el oro sacado de las minas a los ingleses y franceses, acérrimos enemigos de España, y que esta fue la razón del orgullo francés, [f. 9v] con el cual continuaban aquella guerra de exterminio contra España.

Pretendió confirmar esta mentira con el rumor que alguien había oído, cuando se peleaba en Flandes cercando con el ejército real una ciudad de la Picardía. Un día el ejército enemigo, ya completamente desarmado y desmoralizado, de repente cobró nuevos bríos, por lo cual se conoció que le había venido un inesperado socorro. Investigaron los jefes militares las causas de esto, y supieron por los espías, que había venido de parte del ejército real tanto oro, que bastaba para que pagara los sueldos y para proseguir con nuevas fuerzas la guerra.

Siguieron la pista de este rumor, para averiguar de dónde había venido tanto dinero al francés. Se decía entre los soldados que el oro había venido de América, y que había sido remitido clandestinamente al enemigo por un traidor desde el Uruguay. Este cuento lo refirió un brasileño para confirmar las suposiciones falsas del prelado.

Pero ¿de dónde sacaron ellos estas fábulas, que han añadido por cuenta propia? De muchos años a este parte, vivía en Buenos Aires un indio de muy mala ley, primero independiente, después como enviado de los padres franciscanos, pero por su inconstancia retornaba

a los indios infieles y vagabundos. Desde allí, después de muchas aventuras, llegó al Uruguay y a la reducción de los Reyes o Yapeyú, con el pretexto de ser instruido en la religión por los padres jesuitas. Simulando allí ser piadoso, huyó llevándose una mujer casada.

El cura de este pueblo, el padre de Diego de Salazar⁷¹, lo hizo perseguir y atrapar, ordenando darle un buen castigo y despacharlo a Buenos Aires. Allí entró [f. 10] otra vez a servir al convento de los padres franciscanos. En ese lugar, no se sabe quién le animó, comenzó a contar la fábula de las minas de oro que tenían los jesuitas en el Uruguay, y supo hacer tan interesante este cuento que hasta gente sería comenzó a creerlo, sin pensar que un hombre tan sencillo supiera contar tantos pormenores, si no fuera verdad.

Dijo que él mismo había sudado por mucho tiempo en estas minas, y que se sacaba de ellas cada tres días, media fanega de pepitas de oro puro. Un día, le vino la tentación de ocultar una buena porción del oro que había sacado, y escaparse con su tesoro. Pero un compañero suyo le denunció a los padres, los cuales en castigo le hicieron azotar y desterrar.

Esto lo contaba el indio públicamente, describiendo el sitio de las minas y todos los pormenores de ellas, mintiendo con una habilidad tan asombrosa que todos quedaron convencidos de la verdad de su relato; tanto más que algunos franciscanos afirmaron que no había la menor duda de que era así, ya que los jesuitas sabían ocultar muy bien aquellas cosas que podían perjudicar a sus reducciones de indios, y comprometer su honradez. Aquel rumor fue denunciado a los tribunales y comenzaron las investigaciones jurídicas en toda forma.

Después de haberse examinado profundamente este asunto se pronunció públicamente la sentencia del gobernador del Río de la Plata don Esteban de Ávila, y comunicó también a la corte de Madrid,

⁷¹ El padre Diego de Salazar nació en Jaén, España, en 1592. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1612, en Andalucía y llegó a Buenos Aires cinco años después. Profesó su voto como coadjutor espiritual en Loreto en 1626. Falleció el 25.V.1659 en San Ignacio, actualmente Misiones, Argentina.

que el rumor sobre minas de oro explotadas por los jesuitas eran cuentos ficticios inventados por gente ociosa y desafecta a la Compañía, y que no había ningún fundamento de verdad en esto.⁷²

Así se deshizo la fábula por sentencia jurídica. Insistió, si embargo, aquel impostor, en que era verdad **[f. 10v]** lo que había dicho, contando su relato en especial a los recién llegados, los cuales precisamente vienen la mayoría de las veces para buscar oro; y así se atrevió a repetir su cuento al nuevo gobernador de esta provincia Don Jacinto de Láriz, caballero de la Orden de Santiago, diciéndole: créale Su Señoría a este testigo, que ha visto con sus propios ojos estas minas de oro del Uruguay, y aquellas dos fortalezas, las cuales protegen los jesuitas provistos de soldados y armas.⁷³

Aún suponiendo que el nuevo gobernador no hubiese estado completamente convencido de la verdad del cuento, por lo menos deseaba mucho que fuese así. Por una parte tenía delante de sí la sentencia jurídica que lo desmentía, además de la notoria honradez de la Compañía; por otra parte se imponía la intrepidez del denunciante, quien ya por tantos años repetía lo mismo.

Después de impresionarse el ánimo del gobernador, llegaron cartas del obispo del Paraguay, que aseguraban lo mismo, referente a las minas del Uruguay, de donde sacarían los jesuitas, gran cantidad de oro que enviaban a los ingleses y franceses en menoscabo de la dominación española. Saltó de alegría aquel embaucador, viendo que el mismo obispo confirmaba sus mentiras, y así Láriz se convenció de que la cosa era muy probable.

No deliberó mucho sobre lo que debía hacer en este caso, pues estaba demasiado inclinado hacia el oro y precipitadamente, hizo los preparativos para la expedición exploradora, disimulando su intento con el pretexto de visitar la provincia, que le había sido recientemente encomendada. Pero no logró encubrir totalmente su esperanza de enriquecerse con el oro uruguayo y al mismo tiempo, llenar las cajas reales muy menguadas por tantas guerras.

⁷² Pedro Esteban Dávila fue gobernador del Buenos Aires entre 1631 y 1637.

⁷³ Jacinto de Láriz fue gobernador de Buenos Aires entre 1646 y 1653.

El año de 1647 levantó una tropa armada de 400 soldados, todos ávidos de aquel oro, y acompañado por don Martín Vera, dueño de una mina de oro en el Perú, por un ingeniero de minas, y aquel famoso indio Buenaventura, como guía baqueano. [f. 11] Navegó río Paraná arriba, como si fuese un nuevo Jasón, para recorrer la distancia de 200 leguas. En todas partes, donde pasó, se le dieron parabienes, en especial de frailes demasiado crédulos, quienes le animaban en su intento, porque seguro le esperaban inmensas riquezas; que tenga mucho cuidado de que los jesuitas, por sus consabidas astucias, no le corten el paso.

Al llegar la expedición a Santa Fe, desapareció el indio Buenaventura, porque al ver que la cosa se tomaba en serio, se asustó y quiso ponerse a salvo. Inmediatamente se persuadió el gobernador que la desaparición del indio era la primera traza de los jesuitas. Sin embargo, no se desanimó, prosiguió el viaje con su comitiva, y después de haber recorrido 150 leguas, paró en Corrientes, en la confluencia del Paraná y Paraguay, quedando sólo a 50 leguas de nuestras reducciones.

Allí recibió una carta del padre superior de Misiones Francisco Díaz Taño⁷⁴, invitándole cortésmente a visitar en nombre del Rey la tierra de los nuevos cristianos. Sucedió a esto la llegada de una balsa con bastimentos y refrescos, enviada por el mismo padre Superior, para saludar y homenajear a los recién llegados.

Tal recibimiento opacó un poco la esperanza de encontrar oro, y los desengañó respecto de las siniestras sospechas relativas a los jesuitas. Siguieron adelante, y pronto pudo el gobernador verificar su solemne entrada en las reducciones, teniendo gran cuidado de no propagar el verdadero fin de la llegada.

Aparentemente no pretendía nada más que visitar oficialmente a esta gente nueva, y ofrecer sus servicios, pero ocultamente hizo a través de cuatro intérpretes las más solícitas investigaciones entre los indios para hallar la ubicación de las famosas minas de oro.

⁷⁴ Sobre el padre Francisco Díaz Taño se ha dado noticia en la Carta Anua anterior.

Se enteró con sorpresa el padre Superior, porque hasta ese momento los jesuitas del Paraná y Uruguay no habían tenido ni la menor idea de la verdadera pretensión de sus huéspedes; por lo tanto solicitó el padre Superior jurídicamente del gobernador, que aquellas investigaciones sobre minas de oro no se hiciesen sólo en secreto, sino con toda franqueza, porque la Compañía tenía mucho interés que de una vez por todas se hiciera luz sobre este asunto, para acabar con los rumores; ya que su autoridad sería muy apropiada para ser testigo y juez a la vez, y para devolver a los inculpadados la paz y tranquilidad.

Insistió el padre Superior en que escribiese el gobernador al obispo del Paraguay, para que éste le indicase con mayor precisión la ubicación de las minas, porque estas diligencias se debían hacer para salvar los intereses el Rey católico.

[f. 11v] Esta tranquilidad de la Compañía tuvo en los de la expedición el efecto de un jarro de agua fría, para quitarles la fiebre del tan apetecido oro. Sin embargo aprobó el gobernador los consejos del padre Superior, escribió al obispo del Paraguay y al gobernador de allí, y mandó jurídicamente que en día determinado comparezcan delante del él los denunciantes del oro uruguayo, o que se retracten de su denuncia.

Mientras esperaba la contestación, prosiguió el gobernador su visita, y acabada la de las reducciones del Paraná, se dirigió al Uruguay, encargando a los soldados que no dejasen piedra por mover para descubrir el secreto de las minas, prometiendo al primer descubridor de ellas la promoción al grado de capitán, un uniforme de gala y 200 ducados de premio.

Hicieron los soldados todo lo que estaba de su parte, estimulados por tan espléndidas promesas, averiguando todo con mucha diligencia, hasta que pareció que realmente habían descubierto la pista. Pues, en Mbororé del Uruguay hallaron a un joven indio que aseguró que siendo niño, había sido llevado por su padre difunto a las minas de oro, y que les quería enseñar el camino.

Se regocijaron los soldados, y colmaron de alabanzas al joven que les dio noticias tan importantes, le regalaron ropa y se propusieron no ahorrar trabajo, ni temer ningún peligro en el camino por selvas y precipicios. Se abrazaron mutuamente de alegría, se felicitaron dándose la mano y el primero en descubrir este secreto, acudió al gobernador para cobrar el premio prometido, muy ufano de la feliz suerte en su propio provecho, del gobernador y del rey.

Los de la Compañía dijeron que ellos no sabían tal cosa, pero podía ser que otros supieran más que ellos, y aunque parecía que estaban como puestos entre el yunque y el martillo, rogaron al gobernador que cumpliera con su deber.

Éste citó al joven indio y lo puso bajo un interrogatorio, del cual resultaron contradicciones por parte del indio. Se descubrió además, que apenas tenía tres años, cuando murió su padre, y por consiguiente no se podía dar cuenta de la diferencia entre un terrón y una veta de oro.

Insistieron los de la Compañía, en que aquel joven enseñase el camino donde lo había llevado su padre. Tenían que acompañarle en este incómodo viaje Martín Vera y seis soldados, quienes después de prolijas investigaciones no hallaron nada, quedando en ridículo delante sus compañeros.

El pobre muchacho no sabía siquiera la diferencia entre oro e hierro, entre una piedra y un diamante, y preguntando qué era oro, mostró conchas de nácar de caracoles, que le servían de juguetes en su infancia, las cuales no tenían suficiente atractivo para ser buscados por nuestros famosos Jasones.

Engañados en sus esperanzas, se enfurecieron los soldados contra aquel pobre haragán, y manifestaron sus ganas de clavarlo en la cruz, queriéndole otros cortar la nariz, para que sea el escarnio de sus paisanos. Intermediaron empero los de la Compañía y decretaron el castigo de los muchachos atrevidos, es decir, una buena tunda; ya que estaban interesados que quedara con vida este indio; para que en su oportunidad, pudiera servir de prueba convincente de lo temerario de tales empresas.

Mientras tanto había vuelto más pronto de lo que se pensaba el correo del Paraguay con un paquete de cartas, lo que reanimó en algo las expectativas de todos. El gobernador lo hizo comparecer delante de sí y apresuradamente abrió la correspondencia del gobernador del Paraguay. Aseguraba éste en su carta que él había oído mucho hablar del oro del Uruguay, pero jamás pudo hallar un testigo de vista, o uno que pudiese darle datos concretos. [f. 12] Abrió Láriz los sellos de la carta del obispo del Paraguay y quedó consternado con su contenido. El obispo se refería al oro del Uruguay, pero leyendo Láriz más adelante para saber que noticias le daba, no encontró más que una broma muy pesada: el que busque oro, que eche a los jesuitas del Paraná y del Uruguay, ya que no hay empresa más dorada que esa. El oro era la expulsión de los padres. A esta insulsez añadía un torrente de injurias contra la Compañía, llenando con ellas 8 páginas de su carta.

Perplejo quedó el gobernador por esta lectura, y le subió la sangre a la cabeza; sus ojos chispearon de rabia, y su aspecto se tornó feroz, por tanta desvergüenza del obispo. El gobernador se avergonzó de sí mismo por haber hecho caso de los malévolos contra la Compañía, haciéndole caminar de balde 400 leguas de ida y vuelta, con tanto aparato y por una cosa incierta.

Pero quedó un último motivo, al que se agarró en su desesperación: la misteriosa fuga del indio Buenaventura. Si lo tuviera en su poder, no estaría todo perdido. También los de la Compañía lo hubieran deseado, para quitar cualquier pretexto a sus émulos.

Pero ¡quién lo hubiera pensado! Mientras estaban los hechos en tal punto, llegó una carta al padre Superior de Misiones del padre cura de la reducción de Reyes o Yapeyú del Uruguay, comunicándole que el indio Buenaventura había venido de Santa Fe, distante más de 100 leguas, atravesando las sierras de los infieles. Preguntaba el Padre que debía hacer con este alborotador.

Con un suspiro de gracias a Dios el padre Superior por esta noticia oportuna, y con la carta en la mano, inmediatamente se presentó al gobernador y dijo en son de triunfo: Señor gobernador, hemos

descubierto a Buenaventura. Pues, la divina Providencia lo ha traído después de muchas peripecias del Uruguay, para que proporcione a Vuestra Señoría y a sus amigos los tan deseados tesoros, o para que libre a la Compañía de cualquier sospecha. ¡He aquí las cartas y los correos que lo avisan! Pero prevengo a Vuestra Señoría que se apresure, para que este pícaro no olfatee nada de vuestra llegada y no se escape otra vez.

Al oír tal noticia y ver la carta el gobernador, como fuera de sí, llamó al instante a los más ligeros jinetes, para que atrapen a aquel individuo.

En todo caso tenía que esperar hasta el regreso de los soldados, porque distaba Yapeyú 50 leguas y tenía tiempo de sobra el gobernador para visitar mientras tanto los demás pueblos del Uruguay, fundados por los de la Compañía. Pero en todo este tiempo estaban ardiendo todos en deseos de ver a aquel individuo, y muchos de la tropa decían que ya no quedaba duda de que se apoderarían de las minas de oro del Uruguay; y daban por razón, que Buenaventura había seguido por tantas distancias al gobernador, porque sabía todo, y se había escapado de la mano de aquellos que tenían interés en ocultar las minas.

Otros empero no opinaban de este modo, sino al contrario, habían perdido ahora toda esperanza, por el único hecho de que los de la Compañía no se alteraban en lo más mínimo y hasta les entregaban a ellos este denunciante del oro, al cual podían ocultar si quisieran.

El gobernador tomó por partido una opinión intermedia. Agradeció a los jesuitas su leal proceder, pero al mismo tiempo, esperaba hallar las minas, si es que no se le escapaba Buenaventura. [f.12v] Prosiguió el debate, en pro y en contra, hasta que un día, hallándose el gobernador en Santo Tomé, se le presentó Buenaventura cargado de cadenas. Al instante todos se juntaron para oír lo que decía Buenaventura. Para animarlo a declarar francamente, el gobernador le hizo quitar las cadenas, y se dirigió a él con afabilidad, diciendo: ¡Hola Buenaventura! Ahora está de tu parte hacer que ambos

seamos felices. ¿Dónde están las minas de oro del Uruguay, por tanto tiempo y tantas veces denunciadas por ti? Si lo declaras, puedes esperar de mí todo, aunque sea superior a tu condición. Este, como extrañado, miró al gobernador y le dijo ¿Yo? Nunca he hablado del oro del Uruguay.

El gobernador le contestó: ¡Déjese de bromas! y declare dónde están las fortalezas para proteger las minas de los jesuitas, las cuales me has dibujado tan prolijamente, como si hubieras visto las fortificaciones de Milán, o de Lovaina. No bromeo, Señor Gobernador, dijo Buenaventura, le aseguro que no sé nada de tales fortificaciones; ni se me ha ocurrido jamás decir que hay oro en el Uruguay y ni en sueños pensaba yo en fortalezas.

Mientes, embustero, dijo rabioso el gobernador. Pues más de cien veces me lo has dicho a mí; y más de mil veces a otros has asegurado que hay oro. Contestó con frescura este pícaro: si he dicho tal cosa, estaría yo borracho. Ya no aguantó más el gobernador, temblando de rabia, mandó asegurar con grillos al vil calumniador y torturarlo atrozmente. Ni por la tortura se le pudo sacar más, ya que no sabía nada del oro del Uruguay.

Pues la falsa denuncia te cuesta la cabeza, dijo el gobernador. Ya había llegado la hora del último suplicio, cuando al fin los de la Compañía lograron determinar al gobernador, a ejemplo de Cristo que rogó por sus enemigos, que castigase con menos severidad a aquel individuo. Se le aplicaron 200 azotes, y se lo desterró. Este ha sido el fin de la tragedia de la fábula del oro, y se puede discutir si dañó o aprovechó más a los de la Compañía; ya que se puso en evidencia la grave calumnia del obispo del Paraguay, la desvergüenza del embustero, y la honradez de la Compañía.

Calmándose poco a poco de la indignación, el gobernador se deshizo en alabanzas a la Compañía, y prometió solemnemente enviar honoríficas informaciones sobre nuestras misiones al Rey y al Consejo, como corresponde a la verdad y ofreció sus servicios a la Compañía, por la cual tantos millares de bárbaros habían sido civilizados y cristianizados; por cuya industria, no obstante tantas persecuciones,

habían sido fundados tantos pueblos, y defendidos contra los ataques de los perseguidores; añadiendo de ese modo a la dominación española una nueva provincia.

Ponemos aquí como buena conclusión lo que ha escrito Láriz en esta ocasión al gobernador del Paraguay don Diego de Escobar Osorio: he visto los nuevos pueblos de los neófitos, fundados por la Compañía a las orillas del Paraná y Uruguay, los cuales no muestran barbarie sino el adelanto de ciudades bien cultas; con sus buenas iglesias a la europea y los templos bien provistos [f. 13] de ornamentos sagrados, altares preciosos, imágenes artísticas y con sus orquestas de música sagrada; muy concurridas las funciones de la iglesia.⁷⁵

Pero lo que es principal ¡quién podía ensalzar tanto a los jesuitas por su habilidad en domesticar a los salvajes y civilizarlos, su modo de proceder suave, su vida abnegada! Han conseguido que estos indios de todo corazón amen a Dios y el Rey. Todo esto en un instante se perdería, si no estuviesen siempre prevenidos contra cualquier ataque armado, por lo cual ha sido muy prudente de parte de la Compañía, proveerse con armas de fuego, e instruir militarmente a sus indios. De este modo no sólo se pueden defender los indios a sí mismos, sino también socorrernos a nosotros en cualquier eventualidad con valiosas tropas auxiliares.

Suplico a Vuestra Señoría, que en persona se convenza de lo dicho por mí, para confesar que estas selvas impenetrables se han convertido en un paraíso. -Así escribió.-

Nosotros hemos hecho lo posible para recibir a este caballero en todas partes, con la más exquisita distinción, con arcos triunfales, acompañamiento, aclamaciones, danzas y escaramuzas de indios, buen alojamiento para él y su comitiva. Al fin volvió cómodamente río Uruguay abajo a su capital.

Así resultó para la Compañía, en lugar de la deshonra intentada por sus enemigos, honra; en lugar de la recriminación, mayor esplendor de sus méritos, y en lugar de su ruina moral, la mayor estimación de

⁷⁵ Diego de Escobar Osorio fue gobernador del Paraguay entre 1647 y 1649.

parte de todas las clases sociales. Supo Dios por sus secretos caminos, confundir las perversas maquinaciones de la gente mala y dirigir todo a su mayor gloria y mayor honra de sus privilegios, sacando del crisol no oro fantástico, sino oro purísimo.

Pronto tuvieron nuestras reducciones del Paraná y Uruguay otro testigo de muchísima importancia: el Ilustrísimo señor obispo de Buenos Aires, don fray Cristóbal de la Mancha y Velasco, el cual, por lo que le contaban el gobernador y su comitiva entró en vivos deseos de ver personalmente lo que le decían.⁷⁶ Envió una carta solicitando con ahínco, que se le procurasen balsas desde el Paraná, para que pudiese ir con su comitiva en Octubre; porque deseaba mucho administrar el sacramento de la confirmación a nuestros indios recién convertidos. A la fecha indicada estaban las embarcaciones encargadas, y en 1648 se embarcó el obispo, acompañado de un canónigo y otros pocos, para no ser gravoso; subiendo el río Paraná. **[f. 13v]** Después de un viaje de más de 200 leguas atracó felizmente en nuestra primera reducción.

Para hacerle agradable el largo viaje debido a la soledad se le había otorgado como compañeros un padre y un hermano coadjutor, que le debía atender en todo. Hizo su entrada solemne en los pueblos el obispo con sus ornamentos pontificales, recibido con arcos triunfales, con música instrumental y vocal, viendo los neófitos con admiración la pompa pontifical, con los vestidos de seda arrastrados por el suelo, lo que no habían visto nunca; admirándose no menos el obispo de haber conseguido la Compañía tal aumento del Reino de Cristo.

Pues, viendo el prelado la felicidad de la gente, su inclinación a las funciones sagradas, su respeto para con los misioneros, y la compostura de sus costumbres, comparando su antiguo salvajismo con su actual mansedumbre, su antiguo modo de vivir brutal con la actual civilización, no pudo contener la interior satisfacción, reboseó de alegría, felicitándose a sí mismo por poder contemplar con sus

⁷⁶ Fray Cristóbal de la Mancha y Velasco O.P. fue obispo de Buenos Aires entre 1646 y 1673.

propios ojos esta obra de la mano de Dios, el cual había sacado de las piedras hijos de Abrahán.

Vio con asombro en todas partes iglesias hermosas, bien provistas con objetos del culto, concurridas de los indios fieles; y repetidas veces decía a su comitiva: todo esto no significa sólo la gloria de Dios y la salvación de las almas, sino procurase una fama inmortal. Apenas comprendo la grandeza de tantas cosas.

Una cosa le disgustó: no poder intervenir en el gobierno interior de la Compañía; trasladando a los padres a su gusto de una reducción a la otra, y nombrar de cura a quien le parecía, como estaba acostumbrado hacer con sus clérigos. Se le informó que no se podía permitir esto porque quedaría sin efecto lo prescripto por nuestro Instituto, y que la Compañía preferiría mil veces entregar las reducciones y retirarse del Paraná y Uruguay.

Dijo entonces el obispo: no lo permita Dios, porque sería el desatino más grande, arrancar a los neófitos de la solicitud vigilante y paternal de la Compañía. Inspeccionó según su oficio el sagrario y los vasos sagrados y alabó la administración de los padres.

Estaba cerca la fiesta de San Francisco Javier y pensaba el obispo celebrar este día en el pueblo de este nombre de la manera más solemne.⁷⁷ Para ensalzar más esta festividad, se invitó a los padres de los pueblos circunvecinos, los cuales vinieron a la hora indicada con sus caciques y un innumerable gentío y con todas las galas del caso. La gran fiesta se anunció con el repique de las campanas y el estallido de los morteros, siguiendo la música y el canto, brillando las iluminaciones, desplegándose las banderas y estandartes, celebrándose convites, paradas militares y variadas representaciones dramáticas.

Por supuesto, lo principal de la solemnidad fue la grandiosa misa pontifical del señor obispo, durante la cual, a ruegos de los padres e indios cristianos, declaró oficialmente a San Francisco Javier Santo

⁷⁷ La fiesta se celebra el 3 de diciembre.

tutelar y patrono de las reducciones [f. 14] contra los ataques de los mamelucos, decretando que todos los años en los pueblos del Paraná y Uruguay se conmemorase este especial carácter de la fiesta, la cual tenía que ser de precepto, con abstención de trabajos serviles.

En esta ocasión recibieron el sacramento de la confirmación 30.500 indios cristianos de nuestras reducciones del Paraná y Uruguay. Los demás habían sido confirmados en dos ocasiones anteriores por el obispo del Paraguay. Acabado todo, volvió a su sede el obispo, donde llegó felizmente, después de haber recorrido entre ida y vuelta más de 500 leguas.

Estos sucesos referidos, aunque nos tocan a nosotros, han sido sólo acontecimientos extraordinarios; y conviene contar ahora las cosas exclusivamente nuestras. Sin embargo, parece trabajo inútil referir otra vez, lo ya tantas veces repetido; basta decir en general que han logrado los padres proveer a los indios de todo lo necesario para pasar la vida cómodamente y para fomentar el fervor religioso; funcionan regularmente en todas partes las congregaciones marianas, en las cuales se admite sólo a los más distinguidos por su vida verdaderamente cristiana y que puedan influir con su ejemplo en los demás.

Ahora, como se acostumbra en las Cartas Anuas, voy a referirme a lo tocante a cada pueblo en particular, restringiéndome a lo principal, y aún esto, sucintamente.

Reducción de San Ignacio del Paraguay

Seis padres viven en esta reducción, la más antigua de todas, desde la cual se han hecho aquellas famosas expediciones hacia el Paraná y Uruguay que han producido, Dios mediante, tantos nuevos pueblos, y tantas victorias sobre el infierno.

Tiene una iglesia espléndida, cuando se toman en cuenta la circunstancia del lugar; en la cual se han aumentado los ornamentos: adquiriéndose una lámpara del santuario, y candelabros de plata; se construyó un coro para los cantores y músicos más cómodo.

Los acostumbrados ministerios de la Compañía están aquí mejor organizados que en otras partes, ya que los más antiguos cristianos tienen que dar buen ejemplo en eso a los nuevos. Poseen los habitantes de este pueblo campos muy fértiles y numerosos ganados.

Estando este pueblo tan cerca de la Asunción, tiene necesariamente que sufrir el desagradable influjo de las costumbres paraguayas y hasta estuvo muy cerca de su total ruina, porque la quería invadir con fuerza armada el obispo del Paraguay para expulsar a los padres de la Compañía y poner clérigos seculares; y además sujetar a nuestros indios al servicio personal de los españoles.

Ha sido frustrado su intento por presentársele dificultades de otro carácter; o más bien por disposición de la divina providencia, invocada por los piadosos habitantes. Bien comprendieron ellos que muchas veces provienen las calamidades, desgracias y vejaciones de la ira de Dios por nuestros pecados, y por lo tanto se apresuraron a aplacar a la justicia divina cortando de raíz el mal con una sincera penitencia.

Así sucedió que durante el momento más crítico de aquella temporada de inquietud y por las amenazas de parte del obispo, salieron cada noche en procesión de penitencia azotándose cruelmente e invocando la misericordia de Dios.

[f. 14v] Se portaron siempre respetuosamente con los españoles, sus verdugos, y acordándose del precepto del Señor de que sus discípulos tenían que amar a sus enemigos, siempre ofrecieron hospitalidad a los viajeros de la Asunción.

En cierta ocasión hubo un caso singular: cierto religioso de aquella orden, que en este tiempo persiguió más aquí a la Compañía, había resuelto dormir al aire libre en una selva cercana al pueblo de San Ignacio; porque tenía vergüenza de pedir alojamiento a aquellos, que sabía habían sido vejados sobremanera por los suyos. Lo advirtieron nuestros padres, e inmediatamente enviaron a algunas personas, que trajesen al pobre fraile. Lo recibieron con cariño en

nuestra casa, le prepararon una buena comida, y al otro día, le proveyeron con bastimentos para poder continuar su largo viaje. El religioso alabó después en todas partes la caridad de los de la Compañía y sus sentimientos cristianos.

Otro viajero experimentó un buen ejemplo de cómo los de este pueblo saben mostrar el camino a los que lo han perdido. Encontrándose muy lejos del pueblo, donde él y sus compañeros andaban desorientados, habiendo sido además uno de ellos mordido mortalmente por una víbora. Para que no muriera sin sacramentos, un indio de edad y rango, sin más, le cargó sobre sus hombros y lo llevó a la iglesia del pueblo. Fue más loable este hecho, por cuanto este mismo indio era antiguamente el primero entre sus compatriotas, que admitió a nuestros padres y la fe de Cristo.

Reducción de la Encarnación o Ytapúa

Viven aquí dos padres y un hermano coadjutor. Este ejerce el oficio de zapatero, para proveer por orden de los superiores de calzado a todos los padres del Paraná y Uruguay. La casa habitación es ya más cómoda, la iglesia más hermosa, la música más perfeccionada.

Los ornamentos sagrados se han aumentado notablemente en estos tres últimos años. Reina aquí más nitidez que en otras partes, porque esta reducción es una de las más antiguas; y poco a poco se ha perfeccionado todo. Aunque en lo demás se asemejan los itapuanos a los habitantes de los otros pueblos, en la devoción a San Ignacio los superan notoriamente; experimentando a su vez singulares favores del santo.

Así en 1647 había una mujer de parto difícil y hubo necesidad de administrarle los últimos sacramentos. Ya estaba por expirar, cuando se le ocurrió invocar a San Ignacio. Hizo hacer la imagen del santo a cuya llegada nació su hijo sin inconvenientes.

El año siguiente otra, que por cuatro días sufrió horribles dolores de parto, sin que en todo este tiempo se acordase de San Ignacio. Pero al fin hizo traer una imagen del santo y con ella se libró

felizmente del peligro y nació la criatura. Escarmentadas las madres, no se olvidan nunca en semejantes circunstancias, de encomendarse al santo.

Existe además la piadosa costumbre de hacer rezar el Evangelio por el sacerdote sobre las criaturas enfermas, para que alcancen la salud; a cuyo fin traen muchas veces las [f. 15] madres a sus hijos al templo; en muchos casos se ha notado una marcada mejoría de los enfermitos.

Un día un buen matrimonio trajo al sacerdote su hijito, al que querían mucho, y que parecía morírseles. Imploraron la intercesión de San José, pero resignándose a no pedir nada contra la voluntad de Dios, con inmenso regocijo por parte de ellos, sanó al instante su niño.

Otro hombre de mucha fe y confianza consiguió de igual manera la salud de su hijo. Pues tuvo la idea de colgar un papel con el nombre del patrono del mes, que le había tocado en suerte en la congregación mariana, al cuello del enfermo, con lo cual le volvió primero el uso de sus sentidos y después la completa salud.

El año 1649 se refugiaron en este pueblo algunos caballeros principales de la Asunción, los cuales se habían escapado de las vejaciones del obispo del Paraguay por no secundar sus pretensiones de hacerse gobernador de la provincia. Quedaron muy edificados del buen ejemplo de vida de nuestros padres y de los indios. A esta buena impresión se debió la completa transformación del principal de ellos, alejándose de sus graves enemistades públicas y de su vida antes muy viciosa, realizando una confesión general.

Causó también esta demora de medio año en la buena atmósfera del pueblo mucho provecho espiritual para las almas de los demás.

Reducción de la Purificación o Candelaria

Este pueblo ha sido trasladado hace algunos años, desde su antiguo sitio, expuesto a las invasiones de los mamelucos, a la ribera norte del Paraná; pero por ser el sitio nuevo de mal clima, sufrió un

nuevo traslado, ocupando ahora una planicie saludable en la parte austral del mismo río.

Tiene un numeroso ganado para su sustento. Trabajan incesantemente sus habitantes para acabar su templo y para proveerlo con ornamentos. Se distingue este pueblo desde tiempos antiguos por su gran devoción al Santísimo Sacramento.

Cuando se lleva el santo viático a los enfermos, todo el pueblo, hombres mujeres y niños, lo acompañan con velas encendidas en la mano, y tienen gran cuidado de no faltar en esta función sagrada; se quedan durmiendo, u ocupándose mientras tanto en otra cosa, y aunque se lleve al Santísimo bajo palio muy lejos, extienden en el suelo donde pasa esteras, a falta de alfombras.

Esta santa costumbre les hizo juntar esteras para la distancia de casi media legua, con ocasión del traslado del Santísimo al nuevo pueblo. Añadieron entonces otras solemnidades para este traslado, invitando al pueblo vecino a la procesión, el cual vino con su banda de música, cubriendo el suelo del trayecto con flores del campo y de la huerta; todo para ensalzar el paso de la divina majestad.

[f. 15v] Veremos ahora algunos casos típicos: había un muchacho vagabundo por las selvas, los campos y ríos, y no se pudo conseguir de él que asistiese al catecismo. Así pasaron años, hasta que Dios tuvo misericordia de él y lo llevó casi moribundo al pueblo, donde felizmente logró los últimos sacramentos; una oveja perdida y hallada por el Buen Pastor.

Otro indio se enfermó muy lejos del pueblo, y en este estado se le ocurrió escribir en un papel sus pecados y mandarlo al sacerdote. Felizmente sanó y al llegar al mismo padre, este le corrigió sus ideas falsas sobre la confesión a distancia. Respondió el indio: sé muy bien que así no se puede confesar, pero en aquel momento estaba yo tan acongojado de dolor y arrepentimiento, que en esta angustia no hallé mejor alivio, que escribir mis pecados a mi padre espiritual, persuadido de que esto me valdría para morir cristianamente.

Reducción de San Cosme y San Damián

También este pueblo tuvo que escaparse del avance de los mamelucos, y en el apuro de huir rápidamente no se escogió un sitio apropiado. Por esto sucedió que por el mal clima del nuevo pueblo se han enfermado muchos. Se ha hecho lo posible para alejar el mal, sin que se mejorase este estado de contagio por varios años.

No hubo otro remedio que trasladarse nuevamente. La principal causa de aquel malestar de los indios eran las neblinas espesas por las mañanas que salen del vecino río. Se encontró un sitio más apropiado, de buen clima todo el año, no muy lejos del antiguo, pasando el Paraná dos millas tierra adentro en una altiplanicie, sin ningún pantano vecino ni humedad del suelo, con fuentes de agua cristalina y en una región muy amena. Así se acabó la enfermedad endémica.

En el nuevo pueblo se pudieron aumentar los ornamentos sagrados y el retablo del altar mayor se adornó con una hermosa pintura hecha por mano de nuestro hermano Luis de la Cruz.

Los habitantes son cristianos relativamente nuevos; sin embargo, ya se muestran bien instruidos en la religión. Llama la atención el hecho de que sean muy aficionados a las penitencias corporales, no sólo por temporadas, sino todo el año, existiendo la costumbre de la disciplina pública en la iglesia dos veces a la semana. Hubo muchas veces necesidad de frenar el excesivo afán de los indios en esta parte.

Muy conmovedor era el comportamiento de cierto indio, al cual le tocaba cuidar un enfermo tan miserable que no se diferenciaba del pobre Lázaro del Evangelio. Sin embargo le mostró el indio un singular cariño. Mereció en cierto modo aquel enfermo un amor especial, [f. 16] porque era muy paciente, piadoso y comulgaba con frecuencia. Agonizando, notó que se le traía el santo viático y al instante se levantó de su cama y se puso de rodillas, cruzó los brazos y con lágrimas de ternura recibió al Señor, saludándole con tan devotos afectos que quedaron conmovidos los presentes, hasta que expiró. En otras partes no sería gran cosa lo referido, pero aquí sí, y tomando en cuenta que hace poco esta gente andaba todavía como fieras por

las selvas, tales señales de devoción toman el carácter de hechos heroicos.

Reducción de Santa Ana

La reducción de Santa Ana se trasladó en la general devastación hecha por los mamelucos a las riberas del Paraná, y se distinguió en esta ocasión por su resignación cristiana, con la cual sufrió toda clase de privaciones y enfermedades. Además se mezcló con diferentes parcialidades de otros pueblos destruidos de tal manera, que parece no haber tal división entre ellos.

La frecuencia de los sacramentos prospera aquí como en otras partes. Los enfermos se preparan con tiempo para la muerte y los sanos tienen cuidado de no agravar su conciencia para este trance.

Hubo aquí un caso muy semejante al del famoso José de Egipto. Un joven indio fue solicitado en el campo por una mala mujer, se escapó al monte y comenzó allí secretamente a rezar el santo rosario, suplicando a la Virgen que no le deje caer en la tentación. La soberana Señora lo escuchó, pues, desde aquel tiempo quedó el indio tan cautivo del amor a la Virgen, que quedó libre de cualquier mala inclinación y a la hora de su temprana muerte experimentó especiales favores de parte de su celestial protectora.

Otro indio estaba pescando a la orilla del río. Allí comenzó a dormir y fue sorprendido por un tigre. Despertándose con horror, pronunció el santo nombre de Jesús. Al oír la bestia esta exclamación, quedó como herido de un rayo, dejó caer al indio y escapó.

Reducción de Loreto

Loreto era antiguamente un pueblo muy floreciente del Guayrá, hasta que invadieron los mamelucos aquella región y fue trasladado a más de 100 leguas de allí Paraná abajo a las riberas del afluente Yabebirí, donde hoy prospera.

Después de las guerras comenzó la peste a diezmar la población, sobreviviendo a otras calamidades más. Pasó todo, y hoy

levantan otra vez los lauretanos su cabeza, por tanto tiempo agobiada, y su pueblo ha desplegado mayor esplendor en su sitio nuevo que en su sede antigua.

Ya está terminado su grande y soberbio templo, con su primoroso altar mayor, al cual corona el trono de madera dorada que sostiene la imagen de la Virgen de Loreto, recién venida de España. **[f. 16v]** Tiene el retablo mayor otros muchos adornos e imágenes de santos, columnas, urnas, capiteles, zócalos artísticos, todo en colores de jaspe y de variados mármoles. A los pies de la estatua de la Virgen se encuentra el muy artístico sagrario para guardar el Santísimo, labrado con argallera⁷⁸, y adornado con columnas combinadas y figuritas, obra maestra de nuestro hermano Luis de la Cruz, cuya elegancia suscita la admiración de toda esta región.

Realza no poco el esplendor del culto, la gravedad y la piedad de los sacristanes y acólitos y la habilidad de los músicos que asisten a la misa de la madrugada y el rosario de la noche.

Acude igualmente la mayor parte de la población, la cual santifica de este modo el principio de su tarea diaria y el comienzo del descanso de la noche. Se distinguen aquí, como en otras partes, los congregantes marianos. A ellos está encomendada la limpieza del templo, y la visita de los enfermos a los cuales traen leña, alimento y todo lo demás, cargo desempeñado fielmente cada día, hasta por los principales caciques.

Aborrecen ellos los pecados más que la mordedura de un perro rabioso, o de una víbora venenosa. Sólo puedo mencionar una que otra prueba de la verdad de lo dicho. Así se sintió cierto indio muy tentado por malas inclinaciones, no dejándole en paz día y noche. Hasta las oraciones y penitencias no le aliviaban, ni el uso de los sacramentos.

Ya estaba desesperado y pensaba apagar el fuego de la pasión con el fuego material, entrando en un horno de ladrillos recién apagado. En el momento de echarse allí se le vino al pensamiento: si mueres

⁷⁸ Argallera, serrucho curvo para labrar la madera en forma acanalada.

allí, nada se remedia, sino comienza arder el alma. Al fin descubrió a su director el estado de su ánimo. Este animó al joven y le prohibió emplear estos medios disparatados, indicándole otros más prudentes, recordándole de lo que antiguamente se dijo a San Pablo: te basta mi gracia⁷⁹. Surtió efecto este consejo y volvió al joven la tranquilidad del espíritu.

A una pobre mujer, que iba al campo, atacó cierto bribón, encontrándola sola. Resistió la mujer enérgicamente, lo que irritó al malvado, el cual comenzó a proferir amenazas. Ella empero no se dejó intimidar, perseverando con firmeza en su negativa, dispuesta a morir antes de perder su honradez, diciendo que sería una vergüenza para una congregante mariana dejarse impresionar por semejantes propuestas y que tenga cuidado de no provocar la venganza de esta su celestial Patrona. [f.17] Atemorizado aquel joven al oír las palabras de esta santa mujer, la dejó libre. Digna era la mujer de estar en la congregación.

Otro indio descubrió a su mujer en un adulterio y atacó con la espada en la mano al seductor, el cual no podía resistir ni huir por haber recibido un golpe en la rodilla. Pensó este miserable en este momento tentar el último remedio, pidiendo perdón por amor a la Virgen, al menos, que lo deje vivir para poder confesarse antes de morir.

¡Cosa admirable! Al oír el nombre de María Santísima se calmó aquel hombre furioso, y de león se hizo cordero, diciendo: has invocado a María; ésta te ha salvado. Lo único que hizo fue llevar al malhechor ante sacerdote, para que este hiciera justicia; diciendo: padre aquí tienes a este adúltero que me hizo tan grande agravio. Sólo por invocar a María, no lo maté, y lo traigo como presa a los pies de la Virgen. ¡Qué se confiese de su maldad! Yo de mi parte no pediré más satisfacción por el agravio, por amor a María Santísima.

Estaba el malhechor muy gravemente herido. Sin embargo sanó; haciendo después penitencia, mejoró de vida y sirve de testigo de la veneración de la Virgen de este pueblo.

⁷⁹ Nota marginal: 2 Corintios, 12, 4.

Reducción de San Ignacio de Yabebirí

Este pueblo es otra venerable reliquia de la destruida misión del Guayrá, y está cerca de su antiguo vecino Loreto, en nada es inferior a él. No se puede esperar más respecto a la frecuencia de los sacramentos; en las penitencias corporales libremente tomadas, y en el fervor de los congregantes marianos, tanto que parece ser un verdadero milagro, como esta gente, antes la más bárbara, ahora supera en las prácticas religiosas a los cristianos antiguos.

Repiten muchas veces confesiones ya hechas, por temor de haber omitido algo, o que, por ser nuevos en la religión, no hubieran tenido al principio suficiente dolor y arrepentimiento.

Así se libró un indio de sus escrúpulos sobre la vida pasada y alcanzó paz y tranquilidad del alma. Estaba ya cerca de la desesperación por los remordimientos de conciencia, infundados e inoportunos, y se había encendido de tal manera la cabeza, que quiso seguir los consejos del maligno y quitarse la vida para librarse de estos tormentos; hasta que se le ocurrió hacer una confesión general, con lo cual se tranquilizó.

Son muy aficionados a conquistar objetos de devoción, como estampitas de santos, medallas, rosarios, Agnus Dei, y los guardan o llevan como medios para atraer las bendiciones de Dios, y experimentar muchas veces maravillosos efectos con estos objetos en sus necesidades espirituales y corporales.

Así fue atropellada una buena mujer por un bribón, y cuando le faltaron ya casi las fuerzas para librarse de él, agarró ella la santa cruz que llevaba colgada en el cuello, y la puso delante del malvado, y le dijo que por respeto a esta señal se retirase. Surtió efecto esta salida. Quedó consternado aquel hombre al mirar la santa cruz, y la débil mujer venció in hoc signo.⁸⁰ Basta con este único ejemplo.

⁸⁰ Nota marginal: Como Constantino, palabras del oficio del 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Cruz.

[f. 17v] Reducción de San Carlos

Las mejoras recientes de este pueblo son la construcción de una sólida casa parroquial, y el aumento del ganado perteneciente a los indios de 4000 cabezas de vacunos. Además se han juntado ya los materiales para la construcción de un templo nuevo.

Mayor solicitud desplegaron nuestros padres en la construcción y perfección de los templos vivos del Espíritu Santo; y con muy buen resultado.

Así fue muy edificante la muerte de un cacique director de la música; el cual la aceptó con plena resignación en la voluntad de Dios. Cada vez que le preguntaba el padre, si le faltaba algo, contestaba: ya no me importa nada, sino que Dios me ayude a morir dignamente. Miraba fijamente el Santo Cristo y las imágenes santas, recitando la lista de sus pasados patronos mensuales, sacados por suerte en la congregación mariana, guardada en una cápsula; haciendo acto de fe, esperanza y caridad, expirando tan santamente que podía causar envidia a cristianos antiguos.

Es admirable la devoción de esta gente a los mencionados patronos del mes; así quiso cierto indio marcharse a otra parte, y Dios le movió a prepararse como para el viaje a la eternidad. Así lo hizo, recibiendo devotamente los santos sacramentos. En el camino de repente se dirigió al compañero diciendo: ¡Oye! aunque parezco sano y bueno, estoy convencido que me muero. Dios me lo dice. Cuando esté muerto, lleva este estuche con los nombres de mis patronos mensuales a mi hermana, para que ella se sirva de ellos. Luego fue mordido por una víbora y murió y de seguro se salvó.

La demás gente no se contenta con guardar los mandamientos, aborrecen los pecados y quieren sufrir en su cuerpo la pasión de Cristo. Así preguntó un padre a una mujer, como aguantaba su grave enfermedad. Contestó ella: cómo me puedo quejar siendo pecadora, si vosotros, que no pecáis, tenéis paciencia.

Reducción de San José

Son muy nuevos cristianos los habitantes de este pueblo de San José, y sin embargo se portan tan bien como los demás y hacen honor a su nombre de cristianos hasta con actos heroicos.

Se ha construido una buena iglesia y la han adornado con primor. El retablo del altar mayor es muy elegante, tiene la forma de un templo coronado encima de las columnas doradas con hermosos capiteles. En el centro se halla el lienzo que representa al celestial patrono de este pueblo, obra de nuestro pintor flamenco.

[f. 18] Todos los demás ornamentos sagrados son hermosos y preciosos. Florece aquí mucho la congregación mariana, tanto en número, como en fervor. Sirva de prueba un solo caso, para que se vea que no se ha abreviado la mano de Dios, sino extendido en beneficios para toda clase de gente.

Un día visitó uno de nuestros padres, según costumbre, a los enfermos. Uno de ellos se confesó con extraordinarias señales de dolor, tanto que casi no pudo pronunciar palabra. Era músico, y a veces tenía que reemplazar al director de la orquesta, y llevar la batuta. A veces se equivocaba, le dolía mucho aquel descuido, y dijo: qué gran irreverencia ha sido esto delante de Dios nuestro Señor; porque yo tenía la culpa que sus alabanzas se cantasen tan mal, sin compás y desafinadas. Yo temo por mí, porque Dios pide cuenta muy exacta de todo. Así se confiesa esta gente de cosas que ni los religiosos más fervorosos tuvieron por pecado.

El sacerdote, conociéndolo quiso disculparlo en esta materia, pero aquel habló con tanta delicadeza de los asuntos de su conciencia, que el padre a su vez quedó consternado, se llenaron de lágrimas los ojos, y apenas pudo proferir las palabras de la absolución, diciendo después, que no había confesado a un enfermo, sino había recibido una buena lección del buen ángel, que sacó a la luz su poca delicadeza de conciencia, y que le había reprendido enseñándole a ser más modesto y humilde, y más fervoroso en la oración.

Reducción de Corpus Christi

Se entusiasmaron los de Corpus Christi, por el ejemplo de sus vecinos de construir y adornar casas e iglesias y hacer lo mismo en su pueblo. Primero quieren concluir la casa parroquial, y entonces comenzar la construcción de una nueva y más elegante iglesia.

Los campos de labranzas están cerca del pueblo, y así les resulta fácil asistir a misa antes de comenzar sus faenas agrícolas. Por lo mismo asiste la mayor parte de la gente al rosario de la noche, santificando así el principio y el fin del día. Muchas veces al año, especialmente en los jubileos trimestrales comulgan más de 800 personas. Se previenen bien para la hora de la muerte, confesándose con frecuencia.

Hubo un músico, enfermo de tisis, quien no obstante su enfermedad, todos los días caminaba a la iglesia hasta que ya no pudo sostenerse sobre sus pies. Hizo que se le administrasen los santos sacramentos, y porque no tuvo fuerza para tener en la mano el Santo Cristo, mandó que se lo atasen en el brazo, y cada vez que el espíritu maligno quería intranquilizarlo, le opuso esta arma cristiana.

Fue premiada su piedad ya en vida, visitándole antes de morir, nuestro Señor Jesucristo, y asegurándole el perdón de todos sus pecados; por lo cual, quedó tan consolado que murió con alegría y mucha edificación de todos los circunstantes.

Se mostró también la divina misericordia en una mujer que durante toda su vida había aborrecido a Jesucristo y a su santísima Madre, tanto que muchas veces blasfemaba en secreto, mostrándose por afuera como piadosa, y hasta recibiendo sacrílegamente los santos sacramentos. [f. 18v] Cayó enferma, y entre amargas lágrimas hizo penitencia de su vida perversa, diciendo que había sido avisada misteriosamente, que debía su conversión a las incesantes oraciones que dirigía su hermano santo a la Virgen Santísima. Así se puede creer que ella haya alcanzado el perdón.

Desde este pueblo se han hecho, por orden de los padres, tres excursiones, y por medio de ellas se han recogido de las selvas

125 indios salvajes, e instruidos y bautizados, de los cuales algunos han muerto cristianamente.

También se ha hecho una tentativa para atraer a los guanaes, quienes viven en la selva, y tienen una lengua diferente y muy difícil de entender por parecer componerse de inarticuladas gárgaras y restallidos en la garganta. Las más de las veces viven en cuevas como fieras.⁸¹

En los tiempos antiguos, cuando los indios del Paraná todavía eran infieles tenían amistad con los guanaes, y ahora, siendo ellos cristianos, todo su afán es hacerlos partícipes de su dicha a aquellos pobres miserables; y son ingeniosos en inventar modos para entrar en comunicación con ellos, prometiéndoles construir un pueblo, si se quisiesen hacer cristianos, y darles de comer.

Los acompañó allá uno de nuestros padres y logró, con el favor de Dios, ganar al cacique de aquella gente, el cual nos entregó a su hijo para que aquí se educase cristianamente, el cual podrá después servir de intérprete y catequista de sus compatriotas. En esta expedición pudo bautizarse también una criatura moribunda, y enviarla al cielo, para que ruegue a Dios por esta su tribu.

Reducción de la Concepción

Concepción es la capital de las reducciones del Uruguay, fundación gloriosa del mártir Padre Roque González⁸² y su venerable sepulcro, juntamente con los cuerpos de sus compañeros mártires de

⁸¹ Parece aludir a los guayanás, que corresponden a la etnia kaingang, término con el cual se designa a los indios no guaraníes, que lingüística y culturalmente fueron descriptos de una u otra forma como integrando parte de la rama sureña de los Ge.

⁸² Su nombre completo era Roque González de Santa Cruz. Nació en 1576, sin que se pueda determinar la fecha exacta, en Asunción. En 1598, en su ciudad natal, recibió la investidura sacerdotal por la imposición de las manos del obispo Trejo. Ingresó 11 años después, esto es en 1609, a la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay. Halló la muerte en plena labor misionera el 15.XI.1628 en Caaró (Río Grande do Sul).

la Compañía, que en los años pasados han sido muertos en la región vecina.

En este trienio aumentó su prosperidad económica teniendo 7.000 cabezas de ganado vacuno, destinado a la labranza y a la matanza. Aquí se cosecha una gran cantidad de algodón. La iglesia y la casa parroquial no dejan nada que desear. Creció mucho la devoción a la Virgen Santísima con la llegada de Europa de su elegante estatua, de un valor de 300 ducados.

Al trasladarla del puerto del Paraná a este pueblo, se juntaron los principales indios, quienes no permitieron que se transportase la estatua en la carreta, la cargaron sobre sus hombros, trayéndola por una distancia de 40 millas; y no hicieron caso del cansancio por el gran peso, pues todos querían cargar con ella. Todavía estaba encerrada en el cajón, y sin embargo la recibieron en el pueblo con pompa. [f. 19] Se anunció para un día determinado su solemne colocación sobre su pedestal de mampostería, artísticamente cincelada y entallada por el escultor, nuestro hermano coadjutor Domingo de la Torre.⁸³ Asistieron a la solemne inauguración 15 padres de los pueblos vecinos y un inmenso gentío, llevándose la estatua procesionalmente bajo arcos triunfales, y depositándola por intervalos sobre altares improvisados.

Caminaban delante los habitantes y huéspedes, cada uno en su lugar determinado y le seguían la banda de música y los cantores. Rodearon la estatua de la Virgen los sacerdotes con vestiduras blancas.

La llevaron en andas los principales caciques, y todos los ojos se dirigían hacia ella, no podía ser de otra manera, siendo la imagen una verdadera obra de arte de un gran escultor español, y no teniendo ella nada de amanerado o afectado, siendo la doble vestidura dibujada con flores y emblemas.

⁸³ El hermano Domingo de Torres nació en Osuna, Sevilla el 28.IV.1607. Ingresó en la provincia de Andalucía el 28.IV.1627; llegó a Buenos Aires el 20.XII.1636. Sus últimos votos los hizo en el pueblo de Santa María, Misiones, el 25.VII.1641. Falleció en la reducción de Apóstoles el 15.VIII.1688.

El hermoso rostro de la Virgen se levanta para contemplar el símbolo del Espíritu Santo en forma de paloma, que se halla colgada artificiosamente delante de ella. Toda su postura manifiesta bondad y majestad, descansando sus pies sobre nubes sostenidas por ángeles.

Arrebatados de admiración quedaron estos neófitos al contemplar tanta maravilla, y más todavía al considerar que esta imagen era solo débil reflejo de una realidad mayor. Para verla un día, se empeñan en vivir santamente.

Quedé sumamente conmovido al ver su gran devoción en la Semana Santa, en especial la procesión de penitencia con las insignias de la pasión, entre candelas, hachones y nubes de incienso, con sus flagelaciones públicas.

Viendo el buen orden y la seriedad en todo, pensaba yo dentro de mi corazón: esta procesión de penitencia no podía menos que excitar la admiración de la gente más culta de Europa. No se cansan nunca de velar de noche por turno el Santo Sepulcro, entre oraciones y lágrimas sin que, al parecer, nadie quede del pueblo sin azotarse. Como en este pueblo, así con igual fervor se celebra la Semana Santa en los demás. Aquí se palpa el Espíritu de Cristo, y parecen haber vuelto los tiempos del cristianismo primitivo.

Reducción de San Miguel

Fue trasladado este pueblo por las invasiones de los mamelucos, desde su antiguo sitio austral en la sierra del Tape hacia el Brasil, a las playas septentrionales del Uruguay, a 50 leguas de distancia. Aquí levantaron su iglesia, la casa de los misioneros y sus propias habitaciones; todo muy elegante y sólido. Es un pueblo muy hermoso, y sus habitantes son muy buenos.

Sin embargo no faltó una triste excepción. Un hechicero, imbuido en la antigua superstición, embaucó con sus ridiculeces a una porción de pobre gente ignorante, haciéndoles creer que ya había muerto una vez y que había vuelto a la vida. Los padres, para terminar con este escándalo, primero le aconsejaron buenamente que se deje

de sus locuras, castigándole levemente por tenerlo por idiota. Esta indulgencia animó al embustero a proceder con más audacia, comenzando a enseñar verdaderas herejías. [f. 19v] Sospechaba sin embargo que aquí en público y bajo los ojos de los padres, a la larga no podía ejercer su hechicería; y así se escapó, llevándose a las selvas una porción de gente para poder vivir allí a sus anchuras. Contaminó toda la región; ganando otros adeptos del pueblo, por medio de sus emisarios, osando un día salir de su escondrijo para robarse una mujer. Esta misma mujer fue su perdición, porque ella indicó su paradero, y así lo pillaron y lo trajeron al pueblo.

Era imposible contener a los caciques del pueblo en su ira contra este malhechor desvergonzado, que había manchado tanto el buen nombre de los pobladores de San Miguel. Señal de su gran progreso en el cristianismo es que ahora ya no pueden ver a los hechiceros, a los que adoraron antes.

Reducción de los Mártires del Japón

Se ha construido una buena casa parroquial, techada de tejas, y para la construcción de la nueva iglesia se han juntado ya los materiales.

Los congregantes marianos ejercen con fervor los acostumbrados cargos de su oficio, y parecen ser cristianos antiguos, nacidos y criados en ciudades civilizadas. Guardan los mandamientos de la ley de Dios con tanta delicadeza, que no sólo aborrecen los pecados grandes, sino hasta las culpas leves de pensamiento, no habiendo muchas veces materia de absolución.

Aquel hechicero, de que hablé arriba, contagió a uno de este pueblo, fingiendo también este haber vuelto a la vida. Sin embargo al principio no dijo nada contra la fe; sólo pretendió haber visto los calabozos del infierno y el fuego del purgatorio, como se describe en la Sagrada Escritura. La cosa se volvió peligrosa, cuando comenzó a armar reuniones y profetizar el infierno a algunos, ordenando a otros fantásticas penitencias para salvarse. A cabezas tan débiles pudo trastornar todo eso.

Dándose cuenta los padres de lo que había sucedido querían prender de noche al impostor, pero se les escapó. Se lo persiguió y atrapó. Devuelto al pueblo le expusieron a la risa de los muchachos en la plaza pública, los cuales le pellizcaron y le tiraron lodo. Volvió pronto el pobre al buen criterio, se desdijo de sus mentiras y prometió no volver a meterse en estas cosas.

Reducción de Santa María la Mayor

También esta reducción ha sido trasladada de su sitio originario al Uruguay para huir de los salteadores, y llegó en su nueva ubicación a gran florecimiento. Habría muchas cosas interesantes de contar, pero por la brevedad voy a contar sólo dos ejemplos, el uno sobre la piedad de un joven, el otro sobre la firmeza de carácter de una mujer.

Aquel joven se había criado a la vista de todos los padres y procuraba imitarlos. Gustaba de estar en la iglesia, cantar las alabanzas de Dios y era muy formal. [f. 20] Por su piedad había conseguido soportar con silencio y paciencia las injurias, malas bromas y provocaciones de sus compañeros por amor a Cristo.

Cayó enfermo de tisis, quedando piadoso como antes y asistía cada día a la misa y en la noche al rosario, teniendo otras devociones menores durante el día. No se permitió ninguna indulgencia, hasta que la decadencia completa de sus fuerzas le obligó a rendirse y pedir los últimos sacramentos.

Postrado en cama insistió en que los de su casa lo llevaran al sermón de la pasión el día viernes santo, para que la palabra de Dios le sirviera de viático. No juzgaron prudente concedérselo, por lo cual se desmayó de tristeza,teniéndolo por muerto. Ya estaba amortajado por espacio de 5 horas, y su sepulcro abierto, cuando de repente mandó callar a los que rezaban las preces mortuorias e hizo llamar al sacerdote.

Este vino sorprendido por estas noticias y preguntó que se le ofrecía. Llorando y suspirando contestó: ¡Qué cosa he visto padre! A Cristo he visto, en el mismo estado en que murió en la cruz para el

género humano; he visto su cabeza coronada de espinas, su rostro pálido, su frente y cuello chorreando sangre, su pecho traspasado horriblemente por la lanza, sus manos y pies taladrados por clavos y sus demás miembros desgarrados.

Esto he visto y he oído, como me dijo el Señor: hijo mío, mira lo que he sufrido por ti, y por los demás. Contempla cada herida en particular y considera, si me costó poco salvarte; podrías irte conmigo al cielo, pero antes tienes que hacer penitencia de algunas faltas, con las cuales no puedes presentarte a la visión beatífica.

Mientras hablaba, siguió llorando, y después hizo su confesión sobre las menudencias más insignificantes de su vida. Vivió todavía 8 días, los cuales pasó en perpetuos coloquios con Cristo Nuestro Señor. En la víspera de su muerte dijo a los presentes: mañana me voy al cielo, y me acompañará aquella criaturita (a la cual designó con su nombre). Así sucedió. Al morir él, murió también aquella niñita, sana y robusta hasta aquel momento. Estas coincidencias confirmaron la credibilidad de todo lo dicho por él.

Después de contar esta muerte tan edificante, voy a referir la heroica hazaña de una mujer, conocida como muy honrada y fiel esposa de su marido. Un hombre corrompido se atrevió a solicitarla. Pero la mujer mil veces prefería morir que pecar. Enfureció el hombre por verse despreciado por una mujer; sacó su arma y la asestó siete veces sobre la cabeza de la mujer derribándola y dejándola por muerta y se escapó enseguida.

No mucho después toparon con ella algunos caminantes y la encontraron todavía con vida; aunque había perdido mucha sangre por las grandes heridas. La llevaron al pueblo, donde nadie pudo explicar el suceso.

Estaba ella como sin sentido, y el sacerdote hizo lo posible con señas y gritos para prepararla a morir de buena manera, pero apenas pudo sacar de ella una débil señal de dolor y arrepentimiento para darle la absolución.

Curaron las heridas lo mejor que se pudo y con el favor de Dios se logró, poco a poco, cerrarlas. Sanó la mujer contra toda esperanza, siendo testigo vivo de su valor heroico.

Bastante prueban estos ejemplos que la fe ya está profundamente arraigada entre estos cristianos nuevos.

[f. 20v] Reducción de los Apóstoles, San Pedro y San Pablo

Faltó poco, para que esta gente se hubiera arruinado antiguamente por las invasiones de los mamelucos para cazar esclavos entre estos indios. Pero, con el favor de Dios, lograron nuestros padres recogerlos de la dispersión y de las cuevas casi inaccesibles y llevarlos, con energía y bondad, a su nuevo pueblo a las orillas del río Uruguay.

Cuán pertinaces y reacios fueron antes, tan buenos son ahora. Pues son muy aficionados a instruirse en la doctrina y son muy respetuosos para con sus misioneros y se prometen frutos óptimos de este campo para la gloria de Dios.

Esto se vio en una de las congregantes marianas, la cual expuso su vida al peligro, para guardar su honradez. Pues estos casos se repiten con frecuencia entre esta gente. Muy notable es su reverencia en las funciones sagradas. Esto se vio con ocasión de caer un rayo en la iglesia construida de materias inflamables. Se incendió al instante y al momento acudieron los indios para salvar de las llamas con intrepidez el sagrario dorado del Santísimo, los ornamentos sagrados de seda, los vasos sagrados de plata, aunque ya estaban cayendo las vigas ardientes.

Así que nada se perdió, solo el almacén del edificio y el techo de paja, quedando muchos indios con quemaduras. No haciendo caso de ellas, acompañaron devotamente al Santísimo, incluso en el sagrario salvado, para depositarlo en una capilla provisoria. No pasó mucho tiempo y construyeron una nueva iglesia; pero piensan reemplazarla con otra de materiales más sólidos.

Un día estaba un joven indio por comulgar, pero por descuido había comido antes algunos recortes de las hostias todavía no

consagradas. Al otro día, cuando iba a sus faenas agrícolas se acordó de lo que había hecho y se asustó sobre esta falta de comulgar en ayunas, como lo manda la Iglesia.

Confesándolo públicamente expiró, con no pequeño escarmiento para los demás. En especial uno de los indios entró en un saludable espanto, por haber él por mucho tiempo, comulgado sacrílegamente; y aprendió al fin a prepararse mejor para este acto.

Con el sudor de su trabajo han adquirido estos indios los medios para aumentar el inventario del templo, comprándose preciosos instrumentos de música. También los fondos de beneficencia se acrecentaron para adquirir una buena estancia con 3000 cabezas de ganado vacuno. [f. 21]

Reducción de San Nicolás

Es admirable el afán con que los indios de San Nicolás abrazan la religión y la docilidad que muestran hacia sus misioneros.

Los fondos de beneficencia del pueblo constan de 5.000 cabezas de ganado vacuno.

Acontecieron casos de mucha edificación; los cuales se distinguieron entre todos los congregantes marianos. Muchas mujeres han dado buenas pruebas de su fidelidad matrimonial, y muchas doncellas, de que sabían guardar su honradez; y esto defendiendo contra los atrevimientos de algunos perversos que gritan y expresan su maldad.

Famoso ha sido el caso de una doncella de familia noble, a la cual solicitó en el campo cierto bribón, primero con adulaciones, después con amenazas, no sacando nada. Se enfureció este inicuo, asaltó a la niña apretándole la garganta y casi la ahogó; le pegó después muy fuerte, hasta que a los gritos de la doncella acudió la gente en su socorro, ahuyentando al malvado. Llevaron a la pobre niña ya moribunda al pueblo, donde entregó su alma pura en manos de Dios. Murió con gran sentimiento de todos.

En este pueblo habita el excelente cacique don Francisco Bairoba, hombre de mucha autoridad entre sus connaturales. Ya había adivinado la importancia de este cacique para la causa de Cristo en el Uruguay el Venerable padre Roque González, empeñándose por eso mucho para convertirlo. Pero no era fácil tarea, porque existía el gran obstáculo de las diversas mujeres que tenía este indio, hasta que el cielo le dio fuerzas para romper estas cadenas, y abandonarlas, menos una, que era la primera, con la cual se casó por la Iglesia después de bautizado.

Se vio luego el buen resultado de esta conversión; pues, después de haberse hecho cristiano este gran hombre, lo siguieron todos los demás indios. Se sirvió este cacique de su gran elocuencia natural para aconsejar a sus connaturales que siguiesen la ley de Cristo, y sirvió de precursor de los padres en la evangelización de los pagos circunvecinos. Así se logró que esta gente dispersa se redujera a pocos pueblos.

Se mostró muy valiente en ocasión de las invasiones de los paulistas. Viendo la prepotencia del enemigo, escondió al principio prudentemente a su gente en los espesos bosques, estratagema que halló la aprobación del Padre Provincial de entonces, padre Diego de Boroa⁸⁴, el cual aconsejó a los demás, hacer lo mismo.

En una expedición militar hacia el Paraguay y contra los guaycurúes se distinguió tanto, que el gobernador le dio las insignias de capitán.

La religión le había entrado profundamente, tanto que no se cansaba de asistir a la misa, aunque siguiesen cinco o seis sucesivamente. Era muy generoso con los pobres, y muy humilde en recibir las reprensiones de parte de los misioneros. Así se preparó

⁸⁴. El padre Diego de Boroa, oriundo de Trujillo, Cáceres, España, nació el 25.VII.1585 e ingresó en la Compañía de Jesús en 1605, a los 20 años de edad, en Toledo. Llegó a Buenos Aires en 1610, y aquel mismo año recibió del obispo Trejo la investidura sacerdotal en la ciudad de Santiago del Estero. Hizo su cuarto voto en Encarnación en 1619. Se desempeñó como provincial entre 1634-40. El 19.IV.1657 falleció en San Miguel, Río Grande do Sul.

para su santa muerte, llorado por todos. A sus funerales asistieron los padres vecinos, ofreciendo la misa por su eterno descanso.

[f. 21v] Reducción de San Francisco Javier

Está edificándose una nueva iglesia, grande y hermosa. Los ornamentos sagrados pertenecen a los mejores de estos pueblos. También se adquirieron fondos de beneficencia. La nueva casa parroquial es muy cómoda y sólida. Entre tantas empresas materiales no se enfrió el fervor de espíritu de los neófitos, ni la frecuencia de los sacramentos, preparándose ellos para la comunión con gran disciplina en la noche anterior, la cual se toma también cada viernes en memoria de la Pasión de Cristo.

Piden con mucha insistencia ser admitidos en la congregación mariana, y una vez recibidos, se portan ejemplarmente, teniendo la convicción que un congregante debe estar lejos de cualquier bajeza.

Reducción de la Asunción o de Mbororé

Este pueblo es el más expuesto a las invasiones enemigas. Vive allí gente muy fiel y ejemplar por su vida cristiana. Son dóciles, constantes en asistir a las funciones sagradas y como es su oficio, muy diligentes en explorar la vecindad, para no ser asaltados de improviso los pueblos.

Aquí se han refugiado muchos de aquellos indios, que en los años pasados se han escapado de las manos de los mamelucos, y han hallado aquí paz, tranquilidad y el solícito cuidado de parte de los padres. Así hubo un indio que había oído de la felicidad de estos pueblos del Paraná y Uruguay y vino acá con otros 3 más después de un terrible viaje de más de 100 leguas. [f. 22] Dos veces cayeron en manos de los bárbaros y otras tantas veces pudieron escaparse, invocando la ayuda de Dios. Pues aquel indio cada noche fabricó y plantó una cruz de dos palos, de caza silvestre se hizo velas, y las encendió, una en honor de Cristo, otra en honor de María Santísima.

Dejó una vez de hacer esta práctica piadosa y luego le atacó un tigre; se acordó de su negligencia e hizo la promesa de no dejar más aquella costumbre y al instante el animal se retiró. Al fin vieron su pista los exploradores de Mbororé; a los cuales habían llamado la atención aquellas cruces; lo encontraron juntamente con sus compañeros y lo llevaron en triunfo al pueblo.

Poco antes de que yo llegara a Mbororé para hacer la visita oficial, habían llegado del mismo modo y por el mismo camino un hombre y una mujer, conducidos por su piedad a Dios y a la Virgen, los cuales, después de haber llegado felizmente, no cesaron de llorar de alegría delante de la imagen de María Santísima.

Es esta la patrona excelsa de este pueblo y muy venerada por sus habitantes; su imagen es obra maestra de nuestro pintor, hermano Luis de la Cruz. La ocultan durante la semana bajo velo, el cual se corre los sábados entre el repique de las campanas y la música de la orquesta, momento muy conmovedor. Se enriqueció también el inventario de los ornamentos sagrados.

Reducción de Santo Tomás Apóstol

Grande es este pueblo, y tiene abundancia de todo, aunque con el hambre y las guerras pasadas había disminuido algo. Grandes son también sus ganados vacunos y ovejunos. Grande es la casa parroquial; y la Iglesia está bien provista de ornamentos sagrados, de casullas de damasco y tiene un sagrario nuevo y elegante. Son frecuentes los sacramentos, los sermones y explicaciones del catecismo.

Casos particulares hubo los siguientes: cierto individuo cometió por largo tiempo sacrilegios, hasta que un temible sueño le devolvió el sano criterio. Oyó una voz que le reprendió por sus maldades y le amenazó con el juicio de Dios en caso de no convertirse. Se despertó y sin demora se fue al sacerdote para descubrir las llagas de su alma y pedirle remisión.

Otro Indio se hizo infiel a sus promesas del bautismo y se enredó en relaciones ilícitas, siendo el escándalo público de este pueblo. [f. 22v] En vano se le reprendió y castigó, hasta que Dios puso remedio, cayendo gravemente enfermo aquel individuo. Se desvaneció un día, y en este estado pareció ver un hermoso camino que conducía al cielo. Quiso adelantarse por allí, pero lo rechazaron, diciéndole que antes era preciso hacer penitencia por sus pecados. Vuelto en sí, cumplió esta condición, diciendo que ahora le permitirían irse al cielo. Ejemplo fue este de la infinita misericordia de Dios.

Murió también santamente después de una vida verdaderamente cristiana el cacique Fernando Aripio después de muchos sufrimientos, llevados con edificante resignación. Al morir aconsejó a los suyos quedar firmes en la fe, diciendo: Oh, felices vosotros, que desde vuestra tierna infancia habéis sido criados en la religión cristiana por los Padres. No han sido tan felices nuestros antepasados. ¡Cuidado, de no ser ingratos a tanto beneficio! Dio también las gracias a los misioneros por haberle bautizado, y murió en paz.

Reducción de los Tres Reyes o Yapeyú

Al principio costó mucho trabajo reunir a esta gente en reducción, y tenía que buscársela muy lejos. Ahora existen aquí 400 casas. Es rica esta gente en buenas cosechas y grandes ganados. El clima es muy constante y sano. Además se proveen estos indios de comestibles por medio de una abundante caza y pesca. El vestido lo hacen ellos con la lana de su ganado ovejuno.

Me encontré, hace poco, con esta gente, y estaba admirado de su modo de vestir elegante. Nada hay que haga sospechar que han sido salvajes, precariamente cubiertos con algunos pellejos. Son aficionados al poncho abigarrado, con dibujos artísticos y variados.

En el punto de vestirse me parece que llevan la ventaja en comparación con los otros pueblos. Yo los felicité por eso, de todo corazón. Ya están desterradas aquí las antiguas supersticiones, las cuales estaban en vigencia por la vecindad de los infieles charrúas

Contribuyen a estimular su piedad las imágenes recientemente pintadas, la adquisición del sagrario dorado y la restauración completa de su iglesia.

Les inculcó un saludable temor a Dios la muerte repentina de un prófugo, el cual, por el deseo de vivir a la antigua, se escapó con otros dos más a las tierras de los infieles. En el camino encontró algunos cachorros de tigre y los quiso agarrar, aunque sus compañeros lo desaconsejaban. Lo advirtió la madre de los cachorros, dio un salto sobre aquel hombre y lo despedazó. Los compañeros, llenos de terror, volvieron al pueblo para vivir allí, como Dios manda. [f. 23]

[Necrología de Jesuitas difuntos]

De los misioneros del Paraná y Uruguay, han muerto en estos tres últimos años siete sujetos para gozar de los premios eternos.

Año 1647; el 12 de noviembre murió el Padre Carlos Arconato⁸⁵, natural de Milán, profeso de 4 votos, a la edad de 43 años y 22 de Compañía. Al querer entrar en la Compañía, se opusieron sus parientes hasta con armas en la mano, pero él no se acobardó y siguió la vocación de Dios. De su espíritu magnánimo da prueba su deseo de dedicarse a las misiones de indios.

Cuando yo estaba en Roma de Procurador del Paraguay y alistaba la expedición de nuevos misioneros, él se presentó también y lo admití. Era ya sacerdote, y así pudo desplegar su celo apostólico ya en el viaje, sirviendo en Lisboa a los esclavos de galera apestados.

Llegado a esta provincia pidió dispensa de posteriores estudios, para no perder sus mejores años. No accedieron los superiores a este deseo. Se dirigió al cielo, y con buen resultado. Hecho ya misionero se dedicó de lleno a sus tareas, sin hacer caso de la debilidad de su

⁸⁵ El padre Carlos Arconato, oriundo de Castana, Pavia (Italia), nació el 9.V.1607. Ingresó en la Compañía de Jesús a los 16 años de edad en la ciudad de Milán. El 20.XII.1636 llegó a Buenos Aires y pronunció su cuarto voto en 1646, en Encarnación, Itapúa, Paraguay. Falleció en 1647 en las reducciones que tuvo a su cargo.

salud. Eran sus delicias rezar el rosario de noche con los indios. Pronto alcanzó la eterna gloria.

El mismo año, el 20 de diciembre, se fue al cielo el hermano coadjutor Juan Cárdenas⁸⁶, natural de Asunción del Paraguay, a los 54 años y 12 de Compañía. Por 6 años resistió él a la vocación de Dios, hasta que al fin entró, pero pidiendo con pertinacia la sotana. Después del noviciado fue enviado a las misiones del Paraná y Uruguay, donde se hizo muy benemérito, instruyendo y ayudando a los neófitos a defenderse contra los mamelucos, ocasión en que fue dos veces herido, en la cadera y en los brazos.

También en tiempo de paz fue útil, proveyendo a los indios en su trasmigración con millares de cabezas de ganado vacuno cimarrón recogido en los dilatados campos entre los ríos Paraná y Uruguay y amansado después por él. Este trabajo inmenso le costó su salud corporal.

Instruía además a los indios recién convertidos en las artes mecánicas, animándolos con sus conversaciones amenas. [f. 23v] No se contentaba sólo con los ejercicios espirituales de regla, sino que dedicaba a ellos todo su tiempo sobrante, haciendo visitas al Santísimo y rezando el rosario. Sufrió con paciencia las molestias de su quebrantada salud y murió al fin santamente.

Siguió a este último muy cerca el padre Juan Bautista Hornos⁸⁷, natural de la Rioja en Castilla, descendiente de una familia muy digna y de exquisita educación. Ya a la edad de los 14 años había hecho voto de perpetua castidad, y desde este tiempo rezaba cada día el santo rosario, y en tan temprana edad frecuentemente se disciplinaba, dormía sobre duras tablas y llevaba cilicios.

⁸⁶ El hermano coadjutor Juan de Cárdenas nació en 1593, en Asunción. Ingresó en la orden jesuita tardíamente a los 40 años de edad en Paraguay. Falleció el 20.XII.1647 en Concepción, actual Misiones, Argentina.

⁸⁷ El padre Juan Bautista Hornos, natural de Logroño, España, nació el 16.VIII.1597 e ingresó en la Compañía de Jesús en 1614 en Castilla. Dos años después, llegó a Buenos Aires. Pronunció su cuarto voto, en 1634, en Loreto. En aquel mismo lugar falleció el 6.III.1648.

Celebraba con gran devoción las fiestas de la Virgen. Entrado en la Compañía siempre ha sido buen religioso. Vino a las Indias en 1617, concluyó la teología y fue por 22 años misioneros de indios, consiguiendo con su bondad, todo lo que quería de los indios. Nunca quiso tener cargo de superior, por gustarle más obedecer que mandar. Era siempre de salud delicada, y sin embargo no dejaba sus austeridades. Dormía muy poco, y siempre vestido. En sus acostumbradas y largas oraciones buscaba fervor y luz para sus empresas apostólicas. Rezaba cada día el oficio mariano, añadiendo otras devociones a la Virgen para alcanzar su protección. Escribió un libro sobre los favores de María Santísima para con sus devotos, y sobre las obligaciones de estos últimos para con la Madre de Dios, obra que merece ser publicada. Para este fin ha sido enviada a Europa.

Entre todas las reducciones prefirió más la de Loreto, por ser dedicada a la Virgen. Profetizó que allí mismo sería él sepultado y así se cumplió. Murió en efecto en Loreto el 6 de marzo de 1648, a los 52 años de edad, y 34 de religioso, habiendo sido profeso de 4 votos. Se dice que un día después de morir apareció glorioso a cierta persona.

El mismo año, el 22 del mismo mes murió el Padre Claudio Reyes⁸⁸ a los 69 años de edad y 33 de Compañía, siendo profeso. Era natural del condado de Borgoña, habiendo hecho sus estudios en Nápoles. Aunque de buen talento, quiso ser hermano coadjutor. Lo destinaron, sin embargo a los estudios, siendo él ya de bastante edad. Con él entraron otros caballeros, ganados por su ejemplo. Antes de entrar a la Compañía estaba en la Congregación mariana, y como congregante tenía que platicar en pública plaza. [f. 24] Aunque no tenía mucha facilidad para eso, sin embargo alcanzó buenos resultados como consecuencia de su buena fama.

⁸⁸ Claudio Reyes era el nombre castellanizado de Claudio Royer. Éste era oriundo de Champlois, Langres, Francia. Nació en 1582 e ingresó a la Compañía de Jesús veinte años después en Nápoles. El 15.II.1617 llegó a Buenos Aires y en 1627 profesó sus últimos votos en Santa María del Iguazú, Paraná, Brasil. Llegó a desempeñarse como superior de los guaraníes en el periodo 1639-1644. Falleció el 22.III.1648.

Todavía novicio fue enviado a Calabria, dónde abordó de frente a los corazones endurecidos; pero a los de buena voluntad trató con benignidad, predicando de una manera sencilla, animando a todos a llevar una vida cristiana, y confesando a los arrepentidos. Fundó allí una Congregación, donde sobrevive todavía su memoria.

Después del noviciado fue destinado a la Provincia del Paraguay, donde se dedicó por completo al bienestar y cultivo espiritual de los indios, haciendo caso omiso de cualquier género de trabajos y sufrimientos. Varias veces fue cura párroco de diferentes pueblos, y una vez superior de todas estas 20 misiones del Paraná y Uruguay, con gran alegría por parte de sus súbditos. Así pasó 30 años enteros fuera de los colegios y en las misiones, dejando buena memoria en todo.

Sería muy difícil referir aquí, cuántas veces se expuso a perder la vida, cuántas veces caminaba por altas montañas, por parajes casi inaccesibles, al lado de precipicios, cuántas almas ha arrancado de las garras del demonio, con cuanta generosidad atravesaba los lugares desiertos e intransitables, por espesos bosques y extensos pantanos, pasando por delante de las cuevas de las fieras, exponiéndose a mil peripecias, sufriendo hambre y sed, estando siempre alegre y contento, pasando privaciones, no habiendo probado por espacio de muchos años ni vino ni carne, sino sólo raíces del campo y verduras, no anhelando otra ganancia, sino las almas de los pobres indios, sacados de su salvajismo y civilizarlos. Esperamos que todo esto esté escrito en el libro de la vida.

Al fundarse la reducción del Iguazú vivió solo bajo una estera y durmió casi al sereno por 6 meses. Los principios de la reducción del Acarayá no fueron más cómodos. Allí fue herido por las flechas de un hechicero, sin que se acobardase. Contribuyó al engrandecimiento de las reducciones del Itapua y San Ignacio. Recogió innumerables indios dispersos como fieras en los campos, cuevas y montes, y los redujo a la vida cristiana; los amansó primero y después los instruyó con más perfección.

Era admirable en él la combinación de la oración con el trabajo; rezaba de rodillas el breviario, y antes de comenzar a decir la misa había pasado ya 3 horas en oración. No dejó un día sin hacer penitencias corporales, y durante el día levantaba a ratos la mente hacia Dios y sus santos; aprovechando para eso de sus momentos libres. No podía comprender el buen padre, como otros podían aficionarse a diversiones mundanas y despreciar los consuelos de la religión. Estamos convencidos que ya está gozando en la gloria.

El año siguiente, el 24 de marzo, murió el Padre Adriano Formoso⁸⁹, profeso, de 46 años de edad, natural de Lépez. Fue novicio de V. Paternidad, y su discípulo en la filosofía.

[f. 24v] Tenía buen fundamento de virtud y letras y estaba bien preparado para el apostolado. Siendo joven enseñó letras en Aquila de los Abruzzos, y era amigo del duque Amiense y de otros nobles.

Destinado a las Indias, trabajó muchos años de misionero, primero en la reducción del Iguazú recién fundada; después colaboró en la fundación de la reducción de Acaraguá del Uruguay, no acobardándose por las amenazas del vecino hechicero Ñezú, el cual había hecho martirizar poco antes al Padre Roque González con sus dos compañeros.

Era todo esto sólo la introducción a su vida apostólica posterior, porque en aquel tiempo se nos abrió la dilatada misión de la sierra del Tape, donde por mandato de los superiores fundó el pueblo de los Santos Cosme y Damián, juntando allí con mucho trabajo a los salvajes, e instruyéndolos en la religión.

Sobrevino el hambre y la peste, que le dieron mucho que hacer; pronto comenzaron también las invasiones de los mamelucos,

⁸⁹ El padre Adrián Formoso nació en San Cesario di Leche, Italia en 1601. Ingresó en la Compañía de Jesús el 14.VIII.1619 en Nápoles. Se ordenó como sacerdote en Lisboa, Portugal, el 6.II.1628. Llegó a Buenos Aires aquel mismo año. En 1638 pronunció su cuarto voto en Loreto, Misiones, Argentina. Falleció el 24.III.1649 en Encarnación, Itapúa, Paraguay.

los cuales dieron por tierra con las 5 reducciones, fundadas allí por nuestros padres; y nos obligaron a retirar los restos al Paraná. Dios salve, cuantas miserias, vejaciones, aflicciones y privaciones tenían que aguantar con esta ocasión los misioneros y los neófitos.

Trasladó el padre Adriano a sus 2.500 indios por un camino de 60 leguas, sin tener a su disposición suficientes medios de transporte y bastimentos, siendo los indios perturbados por el terror y vanas sospechas, y debiendo el padre cuidar de las madres con hijos pequeños, y de los enfermos que no podían caminar, buscando todos de él alivio y socorro. ¡Cuántos sinsabores tenía que tragar, y sin embargo mostraba buena cara a todos!

Al llegar al Paraná debía construir el pueblo nuevo en un campo raso con otros indecibles trabajos y de alimentar a estos 2.500 indios, por medio de la cacería y las limosnas de otros pueblos. Pero las porciones, muy subdivididas, excitaron más bien el hambre que satisfacerlo, y era difícil salvar algo de semilla. Poco a poco se mejoró esta situación. Pero para el misionero todavía no había llegado el descanso. Dos veces tuvo que volver al antiguo sitio del pueblo y registrar sus selvas vecinas, para recoger como buen pastor a las ovejas perdidas.

En todo procedió según lo mandado por la obediencia. Su único consuelo era recogerse con frecuencia a la oración, rezar el breviario de rodillas en la iglesia y pronunciar a ratos piadosas jaculatorias.

El mismo año, el 4 de abril, murió el padre Cristóbal Arenas⁹⁰, natural de Espinosa en Castilla la Vieja. Realizó sus estudios en Valladolid y fue ayo de los hijos de Rodrigo Calderón, Marqués de Siete Iglesias. [f. 25] Cumpliendo con satisfacción de su amo este cargo, le vino la vocación por la Compañía, y después del noviciado

⁹⁰ El padre Cristóbal de Arenas nació en 1594 en Bárcena, Santander, España. Ingresó en la Compañía de Jesús el 28.X.1625 en Paraguay y llegó a Buenos Aires en 1628. Profesó su cuarto voto en Santa María de Fe, Misiones, Paraguay. Halló la muerte de forma violenta el 4.IV.1649. en Concepción, Misiones.

vino con otros a las Indias; mostrándose siempre como religioso ejemplar. Sirvió de misionero de indios por 21 años, viviendo fuera de los colegios en las reducciones del Paraná, Uruguay, Tape e Itatín.

Lo que dije arriba sobre lo sufrido por el padre Adriano Formoso en la reducción, trasmigración y recolección de los indios, todo esto experimentó también el padre Cristóbal Arenas. Ya veterano fue destinado a los itatines, y con buen ánimo emprendió esta nueva tarea, siendo superior de la misión, y trabajando él solo como muchos a la vez, no acobardándose de los peligros, del comportamiento de los salvajes, ni de su ingratitud, aprovechando cada vez que podía la ocasión de sufrir por Cristo.

Amansados un poco los indios itatines, los instruyó en la religión cristiana, organizó la vida civilizada en el pueblo, suprimió las dificultades intestinas. Maltrató mucho su cuerpo con penitencias voluntarias, y dominó los ímpetus de la pasión.

Nadie amaba más a la santa pobreza, siendo todo su ajuar en las excursiones de hasta 200 leguas de distancia, un plato de madera torneada y un vaso hecho de una calabaza, siendo su cama una hamaca, su comida la de los indios, sin sal, y así como la encontraba en el camino. A otros procuraba comodidades, pero no a sí mismo.

La descripción de su muerte merece capítulo aparte. Fue envidiable hasta para religiosos muy fervorosos. Estaba a la sazón de cura párroco en la reducción de Nuestra Señora de Fe, solo, porque su compañero estaba ausente en ciertas diligencias, cuando de repente salieron los mamelucos de sus escondrijos, asaltaron este pueblo y lo destruyeron por completo, llevándose a los pobres indios a la esclavitud.

Al principio quedó, como era comprensible con tal inesperado hecho, como aturdido. Al recobrarse un poco, primero reprendió ásperamente a los salteadores, y no sacando nada con eso, comenzó a suplicarles encarecidamente que tengan compasión con los pobres miserables indios que no le había hecho agravio alguno.

Todo en vano. No le quedó sino despedirse con amargas lágrimas de sus hijos espirituales. Retirándolos por la fuerza los ladrones

paulistas, lo encerraron en una pieza, sin sustento alguno estando enfermo de fiebre; pusieron delante de la casa un centinela. Encontró el Padre en el suelo de su prisión granos de trigo que las hormigas habían llevado allí desde el vecino granero por las rendijas de la casa, para su alimento en tiempo de invierno. De estos pocos granos se alimentó el pobre padre por siete días, hasta que fue librado de su cárcel, ya casi exhausto, por el feliz socorro de los neófitos, de lo cual hablaré después.

[f. 25v] Abatido estaba el padre por la pérdida de tantos hijos; desde aquel tiempo quedó enfermo de una fiebre cilla y sin ganas de comer. Así lo llevaron al colegio de la Asunción, y después al clima favorable del Uruguay, donde ya el día séptimo de su llegada, pocos meses después de su prisión, murió en el Señor, a los 43 años de edad y 22 de Compañía, siendo profeso. Fue sepultado en la Concepción, cerca del cuerpo del mártir padre Roque González, habiendo estado el padre Cristóbal Arenas muy cerca del martirio. Se podría escribir sobre un sepulcro: aquí descansa el que fue atravesado por la flecha del dolor y el amor, martirizado por sí mismo.

Siguió el 2 de Abril al padre Adriano su compañero en las misiones, el padre Domingo Martínez⁹¹, natural de Benavente, criado en la Compañía desde su más tierna infancia, y entrado en ella a los 18 años de edad, no obstante la resistencia de sus parientes.

En el noviciado dio mucho trabajo a su maestro por su carácter algo violento, tanto que éste le dijo un día: márchate a tu casa, ya que estás aquí sin consentimiento de los tuyos, y sin servir para la Compañía. Contestó Domingo: me puede cortar V. R. en pedazos antes de que yo salga de la Compañía. Esta fortaleza de carácter le valió para la misión entre los indios, a la cual apetecía ya desde entonces. La pidió a los superiores, los cuales le querían retener,

⁹¹ El verdadero nombre del padre Domingo Martínez era Domingo Di Martino. Oriundo de Benevento, Italia, y nacido en 1614, ingresó a la Compañía de Jesús en 1630 en Nápoles. Diez años después llegó a Buenos Aires. Se ignoran otros datos fundamentales. Falleció el 2.IV.1649 en Encarnación, Itapúa, Paraguay.

porque dio buenas pruebas de talento, y sus excelentes dotes estaban conocidas en casa y afuera. No desmayó en seguir haciendo tentativas para lograr su intento.

Venido al fin a esta Provincia, primero tuvo que continuar y concluir sus estudios, los cuales en vano quiso abreviar. Destinado a las misiones de indios, desde principio se hizo útil en ellas, porque ya había aprendido antes su idioma. Querían los superiores nombrarlo después profesor de filosofía, pero él hizo voto de morir entre los indios, si se lo permitiesen. La América entera era pequeña para su celo apostólico, y hubiera querido recorrer otros mundos más, para evangelizarlos. Por estas señales esperamos que haya logrado la felicidad eterna.

Colegio de la Asunción

Los padres de este colegio, en estos tres últimos años, no pudieron hacer las misiones rurales, ni predicar, ni catequizar, ni ejercer cualquier otro ministerio acostumbrado en la Compañía, sino sólo sufrir injurias, vejaciones, calumnias y toda clase de hostilidades; y lo han sufrido de tal modo, que basta y sobra para inmortalizar su nombre por su heroica paciencia, y llenar de perpetua vergüenza la memoria de sus émulos. Pues, acordándome de los tiempos pasados, me convencí de que nuestra Compañía en ninguna parte había sido perseguida de una manera más vil y baja.

El modo de proceder del infierno ha sido siempre el mismo: atacar furiosamente aquellas partes de la Iglesia, donde prospera más la gloria de Dios y la salvación de las almas y perseguir tenazmente a aquellos hombres que le hacen mayor daño.

El colegio de la Asunción desde su fundación siempre ha sido la aljaba, de donde se sacaron las ardientes saetas contra las maquinaciones del infierno: salieron de allí el padre Marciel de Lorenzana, primer misionero del Paraná; el gran padre Pedro Romero, fundador de tantas reducciones, hace poco premiado con la corona del martirio; el padre Diego de Alfaro, superior de Misiones, también

muerto por la causa santa; todos ellos han sido antiguos rectores de este colegio.⁹² En él puso los fundamentos de su santidad el ínclito mártir padre Roque González, encendiendo con este sagrado fuego todas estas dilatadas regiones.⁹³

De este colegio salieron los mártires Alonso Rodríguez, Juan del Castillo y el padre Cristóbal Mendoza; [f. 26] también aquellos preclaros héroes Barzana, Angulo y Ortega, Fields, Torres, Aragona, Ransonier⁹⁴. No acabaría nunca, si quisiese mencionar a todos, que hasta derramaron su sangre y murieron en olor de santidad y se hallan en parte entre los varones ilustres del padre Nieremberg, todos apóstoles beneméritos de esta innumerable gente. Y aunque tengo que callar el nombre de muchos misioneros que todavía viven, basta con decir que en su corazón arde todavía el primitivo espíritu, dispuesto a derramar la sangre y a exponer su vida, caminado detrás de la pista de sus antecesores por estas tierras nuevas.⁹⁵

Por el trabajo de estos varones se han fundado 42 reducciones de indios esparcidos por estas regiones australes de América, cuyo número no se hubiera reducido, sino aumentado todavía, si los mamelucos no hubiesen destruido buen número de ellas, y no hubiesen cortado los pasos de los misioneros.

Así, por la acción de los padres del colegio de la Asunción, han sido incorporados al reino de Cristo las dilatadas regiones del Paraná, Uruguay, Tape, Caaró, Gualachi, Itatí, Tayaoba del Guayrá, todo conquistado sin soldados, sin otras armas que la cruz.

⁹² Marciel de Lorenzana (1565-1632), Pedro Romero (1585-1645) y Diego de Alfaro (1596-1639).

⁹³ Roque González de Santa Cruz (1576-1628)

⁹⁴ Alonso Rodríguez (1599-1628), Juan del Castillo (1596-1628), Cristóbal Mendoza (1589-1635), Alonso de Barzana (1530-1596), Francisco de Angulo (1538-1611), Francisco Ortega (1583-1664), Tomas Fields (1549-1625), Diego de Torres (1551-1638), ¿Juan de Aragón? (1585-1668) y Diego Ransonnier (1600-1636).

⁹⁵ Juan Eusebio Nieremberg, autor de *Vidas ejemplares y venerables memorias de algunos claros varones de la Compañía de Jesús*, (1642-1647)

Estos misioneros andaban como cazadores por las selvas y ríos, examinando todos los escondrijos y las cuevas en busca de seres humanos; los encerraron en una especie de redil de más de mil leguas de circunferencia, y allí instruyeron a muchos miles de estos bárbaros con éxito, en todo lo que se refiere a la religión y a la civilización.

Les costó muchas privaciones y extremada pobreza, tanta que muchas veces tenían que contentarse con vegetales y mandioca para el sustento; carecieron por muchos años de carne, pan y vino; siendo su cama un cuero o la hamaca toda su vida. Su ropa interior y exterior tenía que ser de algodón por el gran calor de esta región tropical, no conociéndose allí ropa de lino o de lana.

Hay que añadir a esto los continuos viajes apostólicos a pie, por los intransitables bosques y ásperos cerros, la gran soledad, el trato con gente muy ruda, los frecuentes peligros por parte de los hechiceros, ladrones, víboras y tigres, la mísera habitación en chozas pajizas, pasando ellos no pocas veces la noche al aire libre.

Todavía viven algunos misioneros, que tenían que alimentarse con culebras, sapos y otros bichos; todavía viven algunos que han sido el blanco de la flecha de los bárbaros; todavía viven muchos, que han experimentado la intervención portentosa de la mano de Dios, y que cien veces pasaron por el peligro de la muerte y esperan ser premiados por todo esto por Dios Nuestro Señor.

No hay que admirarse, por lo tanto, de que todo el infierno se levante contra estos sus enemigos acérrimos y arroje toda su ira contra ellos. Aunque lo haga el demonio hasta reventar, no conseguirá acobardar a estos héroes. Los puede vejar, perseguir, desgarrar, difamar por algún tiempo, pero de todo resultará una derrota más completa del infierno, y mayor honra para la Compañía.

De este modo se propagó allí el cristianismo y logró la Compañía reparar los daños causados por los mamelucos; se podía esperar con tranquilidad, que se consolidasen cada vez más las reducciones de nuestros neófitos y que se pudiesen defender contra cualquier ataque de los salteadores, cuando el demonio, ya de sí muy

furioso, pero más irritado todavía por sus continuas derrotas, buscó ayudantes, para derribar de un solo golpe todo el conjunto de aquellas nuevas cristiandades, que habían costado tanto trabajo.

[f. 26v] Habían fracasado las tentativas armadas, por lo cual asumió una táctica nueva, dirigiendo todas sus operaciones contra el colegio de la Asunción, centro de las misiones, refugio de los pobres, farmacia de los enfermos, asilo de los indios, consuelo de todos, de donde habían salido tantos soldados de Cristo, temibles al demonio.

A este colegio asalta, difama, oprime, destruye, quema, profanando también la iglesia adjunta, expulsando a sus pacíficos moradores y desterrando a todos.

Todos estos sucesos referiré en las siguientes líneas, asegurando a los lectores que me he informado con gran exactitud, y por lo tanto, que no se puede exigir mayor sinceridad en mi relación.

Ya se ha escrito por mí y por mi predecesor en el oficio de Provincial, en las Cartas Anuas anteriores, dirigidas a vuestra paternidad, el origen y avance de esta tragedia, la cual llegó ahora a su catástrofe. Por ello me pareció prudente comenzar con un resumen de lo pasado, para no perder el hilo del asunto; y que así resalte más el procedimiento correcto de los jesuitas, y la violencia e insolencia de sus contrarios.

El año 1643 recibió fray Bernardino de Cárdenas, a la sazón en el Perú, una cédula real, anunciándole que había sido propuesto a la Santa Sede para ocupar el obispado del Paraguay. Sintióse muy halagado aquel hombre ambicioso por la propuesta del Rey, con impaciencia esperaba las bulas pontificias, por las cuales nombra el Papa al elegido por el Rey; concediendo el privilegio, por la escasez de obispos en Indias, de ser consagrado por un solo obispo.

Ya que no quiso esperar más, buscó con todas las fuerzas de su ingenio, una razón que le permitiese invertir el orden común, interpretando la mente del Papa por las grandes distancias. Por este motivo consultó a nuestra Universidad de Córdoba del Tucumán sobre esta cuestión, y se le contestó por una memoria docta y prudente

(como ha sido contestado lo mismo por parte de varones muy doctos en el Perú y España) que según la opinión de los canonistas de probada autoridad, los decretos pontificios y la costumbre de la Iglesia Católica, de ninguna manera se podía proceder como él pretendía.

Pero no pudo esperar el tiempo necesario para iniciarse en esta nueva dignidad. Y así despreció a los que le aconsejaron no precipitarse en su equivocación. Con vanos pretextos, dio el paso inaudito y peligroso de no esperar las bulas pontificias y hacerse consagrar por un solo obispo, (aunque Dios sabe si le valía esta consagración episcopal) y seguidamente ocupó sin más, la sede de la Iglesia del Paraguay.

Quedó descontento con los padres de la Compañía por la sentencia desfavorable que dieron en su cuestión, y en adelante no dejó piedra por mover para vengarse de ella, difamándola y haciéndole todos los daños posibles. Al principio de su gobierno ocultó sus intenciones, fingiendo ser amigo de los jesuitas, pero no pudo convencer de esto a nuestros padres, porque ya había revelado a los padres de Córdoba su profunda aversión.

Sin embargo, siempre trataron al obispo con deferencia, y por expresa orden de mi antecesor, tenían mucho cuidado de no aprobar ni reprobar su autoridad, no pudiendo sin embargo aplaudir sus inicuas vejaciones ante toda clase de gente.

[f. 27] Estas circunstancias dieron ocasión a nuestros opositores para llenar los oídos del obispo con chismes e inventos, diciéndole que los jesuitas hacían reparos a su dignidad y que ponían en duda la validez de las ordenaciones sacerdotales y otros actos sagrados hechos por Cárdenas. Lo cual lo indujo a sacudir el velo de malicia y estallar el fuego oculto, que esparció sus chispas por todas partes, causando un incendio colosal.

Lo primero que ordenó e hizo promulgar en el púlpito, fue la prohibición bajo pena de excomunión, que nadie enviase a sus hijos al colegio de los jesuitas, ni entrase en nuestra iglesia, ni se confesase con nuestros padres, ni se dejase administrar por ellos cualquier otro

sacramento. Después envió el notario al padre rector del colegio notificándole que los jesuitas le entregasen su estancia en el campo.⁹⁶

Pidió el padre un ejemplar de la notificación para poder defender su derecho jurídicamente, pero le contestó el obispo que no quería pleito, y que él mismo en persona lo pedía, no precisándose sentencia jurídica.

En medio de este atropello, se avisó al gobernador de la provincia, el cual despachó inmediatamente un destacamento de soldados a nuestra casa de campo, principal sustento de nuestro colegio, a los cuales mandó rechazar con las armas cualquier ataque contra los bienes de la Compañía. Viendo el obispo frustrado su intento, resolvió expulsar a los padres de la Asunción.⁹⁷

Viendo el obispo que el gobernador no quería ayudarlo, intentó ganar al pueblo, para procurar así nuestra perdición, diciendo: a los padres le sobran los bienes, los derrochan para construirse magníficos templos y casas, mientras vosotros quedáis pobres y miserables; disponen de innumerables indios y los sustraen al Rey y al Estado; vosotros no tenéis ni siquiera algunos pocos esclavos para guardar vuestra nobleza y dignidad, heredadas de vuestros mayores, que han sido los conquistadores de estas tierras. Siendo vosotros tan pobres, ¿qué será de vuestros hijos, y de vuestros nietos? Quedarán reducidos a la camisa, y podrán gloriarse en su pobreza de los inútiles títulos de nobleza. ¡Despertaos al fin y seguidme! Voy a mostraros el único camino para enriqueceros a vosotros y a vuestros nietos.

Vamos a expulsar a los jesuitas, y lo demás seguirá espontáneamente: marcharemos después al Paraná y Uruguay. Este

⁹⁶ Para esa fecha el colegio poseía una chacra en Tacumbú, donada por el padre Roque Gonzáles de Santa Cruz en 1609; una viña donada por Rodrigo Ortiz Melgarejo en la Frontera, a pocas leguas de Asunción. Pero la propiedad rural más importante era la estancia de Paraguari, ubicada entre el pueblo de Yaguarón y el de San Ignacio del Paraná y a setenta kilómetros de Asunción. Sus títulos iniciales eran de 1615, pero se había ampliado con compras hechas en 1642, dándole una dimensión considerable.

⁹⁷ El gobernador del Paraguay era don Gregorio de Hinestrosa (1641-1647)

es el único camino para sujetar a los indios. Es una vergüenza que estos pocos jesuitas os pongan por tanto tiempo obstáculos a vuestro espíritu emprendedor, y os privan de tan justa ganancia. Que unos pocos extranjeros se hayan apoderado de tantas tierras, mientras vuestras esposas, de muy noble alcurnia, por falta de esclavos, deben irse en persona a buscar agua y leña. Procurad por lo menos para vuestras hijas una dote más digna. [f. 27v] ¡Debéis estar seguros que cualquier empresa ejecutada bajo la dirección de vuestro obispo, es justa cosa y santa!

De este modo habló en público y en privado a hombres y mujeres, y estos se dejaron embaucar por la esperanza de tanta ganancia, engañados por la fingida santidad y por la elocuencia del obispo, y se le entregaron en cuerpo y alma.

Para enredar más a estos pobres con sus intrigas, cometió la enormidad de ordenar sacerdotes a mucha gente vagabunda, atrevida, ilegítima, a bígamos, a entredichos por infamia; no exigiendo antes ningún examen de competencia en doctrina, piedad y moralidad y como única condición para ordenarlos, que aborrecieran a la Compañía.

Tampoco guardó lo prescripto por los cánones sobre la edad requerida, y los intervalos entre cada ordenación. Dispensó todo a su gusto. Y les prometió darles las parroquias, después de haber expulsado a la Compañía de las misiones de los indios, de donde podían proveer a sus familias con esclavos.

Así pervirtió Cárdenas a aquella gente. Sólo un obstáculo tuvo para realizar estos planes, que fue el gobernador Gregorio Hinestrosa, al cual quiso arruinar, excomulgándolo por asuntos privados.

A consecuencia de esto perdió el gobierno civil mucho prestigio y la anarquía llegó a tal grado que el obispo, traspasando la competencia de su autoridad eclesiástica, salió a la plaza pública e instigó a la plebe, bajo pena de excomunión, a tomar preso al gobernador. Este, rodeado de sus soldados, estaba a punto de repeler

a los sediciosos y sólo por la intervención de algunos religiosos, se calmó la gente, negándose a secundar al obispo en esa empresa.

Fracasado también este intento, y comprendiendo que no podía ejecutar sus planes, mientras él mismo no fuera gobernador y obispo a la vez, comenzó a dirigir todas sus maquinaciones al único fin de reunir en su propia persona ambas potestades. Por desgracia salió más tarde con la suya.

En la misma época se reunieron todos los canónigos y los demás dignatarios eclesiásticos, y después de grandes deliberaciones resolvieron negar la obediencia a este prelado, el cual se había ordenado sin bulas pontificias y por consiguiente, contra el derecho canónico; ni había sido recibido según forma de derecho en su diócesis, ni tenía ninguna jurisdicción. Al saber esto, los hizo tomar presos y los mortificó por mucho tiempo con procesos de fingidas infamias. Lograron no obstante escaparse, y vivieron en adelante en el destierro voluntario.

Mientras tanto él había resuelto, repentinamente, salir de la ciudad y retirarse a un pueblo de indios, donde reunió fuerzas armadas, compuestas de indios y gente de su facción, esparciendo el rumor que iría en visita a nuestras reducciones del Paraná.⁹⁸ [f. 28] Esto era sólo un pretexto, pero por muchos motivos todos estaban convencidos de que con estas tropas iban a atacar al gobernador, para aprisionarlo y para invadir después a nuestro colegio ya indefenso y expulsar a los jesuitas del país.

Se encontró en este trance el gobernador sin la fuerza armada necesaria y comprendiendo que el orden público estaba en gran peligro, que para los buenos no quedaban sino vejaciones y destierros, que la gente vil hacía lo que quería, y que religiosos beneméritos estaban a punto de ser oprimidos por la fuerza.

Muy a pesar suyo, se vio obligado a escribir a los caciques cristianos de nuestras reducciones y pedirles, en nombre del Rey, 600 indios bien armados, para acudir al socorro del gobierno civil. Añadió

⁹⁸ El pueblo aludido era el de Yaguarón.

el gobernador a este pedido amenazas de grave castigo en caso de no querer obedecerle.

Esta orden dejó perplejos a nuestros padres, pues si obedecían al gobernador, se les atribuirían a ellos todas las desgracias e imprudencias subsiguientes. Y en caso de no obedecer, se los acusarían diciendo que, habiendo usurpado el mando sobre los indios, no respetábamos los mandatos de los gobernadores, representantes del Rey.

Por lo tanto, no queriendo que se confirmase la calumnia del absoluto imperio de los jesuitas sobre los indios cristianos, ni que se les tratase de inobedientes, aconsejaron a los caciques que hiciesen lo que les mandaba el gobernador y le enviasen socorro.

Con esta tropa de indios y algunas más, compuesta de soldados y amigos españoles, marchó el gobernador sobre el pueblo de indios a distancia de 10 leguas, donde moraba el obispo, y le dijo: hasta ahora, señor obispo, no pretendía más que el orden público, pero por la experiencia me convencí que, mientras V.S. quede aquí, nunca habrá paz y tranquilidad.

Por eso ruego a V.S. con instancia, que se aparte de la gente revoltosa y que libre al fin a esta provincia de estos continuos alborotos, causados por sus intrigas, que la han puesto al borde del precipicio. Este es el momento en que V.S. puede comprobar su fidelidad al Rey y su verdadero amor al pueblo.

Contestó el obispo: me ausentaré para presentarme a la Audiencia Real y dar cuenta de todo.

El gobernador, con la esperanza de que el obispo cumpliera su palabra, volvió a la Asunción, mientras el obispo hizo lo mismo por caminos más cortos. Allí se encerró en el convento franciscano, se fortificó y concentró tropas armadas para defenderse, así que el asunto se embrolló cada vez más.

El gobernador, consultó con algunos religiosos competentes en la materia, si era verdad que un obispo consagrado sin bulas pontificias carecía de toda jurisdicción. Le afirmaron y le confirmaron

con una memoria escrita y suscrita los padres mercedarios y dominicos, firmándola, a ruegos, también algunos padres nuestros.

El gobernador sacó de su escondite a aquel canónigo que era vicario capitular sede vacante y le rogó que reasumiese su oficio, para ejercerlo como antes. Aceptó éste aquel cargo, y al ver esto el obispo, se retiró por el río Paraguay abajo, tomando su residencia en la pequeña ciudad de Corrientes, 60 leguas distantes de la Asunción.⁹⁹

Dos años completos quedó allá en observación y escribiendo panfletos contra la Compañía; tan infames, tan llenos de las más enormes calumnias contra ella, que no será posible decir de nosotros cosas más torpes y abominables. Atribuyó a los jesuitas cualquier maldad cometida en cualquier parte del mundo y esparció sus invenciones, no sólo entre la gente circunvecina, sino aún en las tierras más remotas, enviando sus lucubraciones a personas de alta posición, **[f. 28v]** sólo con el fin de desprestigiarnos.

Se atrevió a usurpar el nombre de la Compañía, como si las cartas escritas por él hubiesen salido de ella. Uno de sus frailes había interceptado en el camino la petaca que contenía la correspondencia de los jesuitas y fingió haber encontrado entre las cartas una, escrita por un sujeto de nuestro colegio de la Asunción a otro de Córdoba, en la cual deploraba el actual estado de la Compañía, por haberse manchado en aquellos abominables crímenes, de los cuales le acusaba el obispo del Paraguay.

Temiendo la Compañía que su prolongado silencio podía ser mal interpretado y perjudicar a otros, se dirigió a la Real Audiencia de Chuquisaca, y al Virrey del Perú, suplicándoles que defendiesen a una orden benemérita contra las invectivas del obispo del Paraguay. Repetidas veces fue notificado el obispo para comparecer ante estas autoridades. Pero perseverando él en su renuencia, le privaron de las subvenciones que las cajas reales pagan a los obispos de Indias.

Siguiendo en su pertinacia, le quitaron el llamado derecho de naturalización, tratándole de intruso, e incapaz para cualquier dignidad.

⁹⁹ Se trata del canónigo Cristóbal Sánchez Vera.

Persistió en su propósito y se volvió cada vez más furioso contra la Compañía, al verla defendida con eficacia.

Un día supo que dos de nuestros padres habían traído un decreto de la Real Audiencia contra él y que decían misa en una capilla no muy distante de su casa. Estalló en cólera y a la cabeza de sus indios, esclavos y de la plebe, acudió allá y mandó poner fuego a la capilla.

Acudió también el teniente gobernador y le costó trabajo contenerle en sus desmanes, mandándole retirarse en nombre del Rey. Se demandó entonces hasta contra los difuntos de la Compañía. Pues por aquel tiempo había muerto aquel gran padre Pedro Romero (del cual se habla en una circular especial), gloria de nuestra provincia paraguaya, gran apóstol, fundador de muchas reducciones, padre de los feroces guaycurúes, civilizador de innumerables indios, y su misionero por 30 años enteros. Los había instruido en la doctrina cristiana en las provincias del Paraná, Uruguay y Tape, entre grandes trabajos y peligros de vida, logrando bautizar a millares de ellos, habiendo sido allá Superior de misiones por 8 años; trasladado al fin de Superior a los itatines, hizo una tentativa de atravesar el río Paraguay para propagar el Evangelio al otro lado a donde no había pasado todavía ningún español; y mientras estaba ocupado en esta empresa, le asaltó un gran hechicero, ministro de Satanás, y le mató a porrazos juntamente con su compañero, el hermano coadjutor Mateo Fernández¹⁰⁰.

Al correr la noticia de la muerte del padre, todo el mundo lo nombró mártir, y habló con el mayor respeto de él, diciéndose que era un varón de una virtud acabada, lleno de Dios y de un insaciable deseo de ganar almas para Cristo Nuestro Señor; un espíritu emprendedor irresistible cuando se trataba de promover la gloria de Dios.

La fama de este gran hombre quiso manchar este obispo, y se atrevió a llamar por escrito y de palabra a este héroe cristiano,

¹⁰⁰ Sobre Mateo Fernández solo se sabe que profesó su primer voto de coadjutor y que halló la muerte de forma violenta el 22.III.1645 en la reducción de los itatines.

hereje cismático y de costumbres infames y que le habían asesinado por lo cometido contra él.

Las circunstancias de haber cortado la mano del padre difunto los bárbaros y arrancado la lengua, comparó con lo sucedido a Nicanor¹⁰¹ como si hubiese extendido su mano temerariamente y blasfemado a Dios feroz y bárbaramente, aquel que por la fundación de tantas reducciones ha extendido el imperio de Cristo Nuestro Señor; aquel que infatigablemente extendía la mano para conducir a millares de bárbaros al cristianismo, y que fatigaba sus brazos en la viña del Señor; aquel que deseaba tener mil lenguas para predicar por todo el orbe el amor y servicio de Dios.

Indignados de tal lenguaje condenaron y prohibieron los inquisidores, aunque 1.000 leguas distantes, los escritos [f. 29] del obispo. Así, la infamia volvió sobre la cabeza del autor, y aquel hombre apasionado se hirió con sus propias armas.

Mientras tanto vive nuestro héroe en la gloria, a pesar de la rabia del infierno; y la antorcha de su gloria parece alumbrar más, como soplada por los vientos de la maledicencia; y aquella lengua, punzada por la pluma del obispo del Paraguay, permanecerá bendiciendo a nuestro Señor.

No obstante su modo de proceder inicuo, nunca le faltaron adeptos al obispo y cierta popularidad; y por ello le fue muy favorable a su causa el nuevo gobernador Diego de Escobar Osorio, sucesor de Gregorio Hinestrosa, que en su viaje desde el reino de Chile al Paraguay visitó al obispo de paso por Corrientes.

Se aprovechó éste de la ocasión, para insinuar al incauto gobernador la conveniencia de su vuelta a la sede obispal. Para hacer más condescendiente al gobernador, le prometió quedarse en adelante tranquilo y reconciliarse con sus enemigos.

Bien sabía el nuevo gobernador que el Virrey del Perú y la Audiencia Real habían prohibido a aquel estrictamente volver al Paraguay, y por esto se condujo como si no quisiese introducirse en

¹⁰¹ Nota marginal: 2 Mac, 15, 32-35.

este asunto, pero en realidad fomentó el regreso, exponiéndose él y toda la provincia sin considerar los graves peligros.

Volvió aquel a la Asunción, pero de incógnito, encerrándose en el convento de los franciscanos, y comenzando pronto sus antiguas intrigas junto a sus partidarios. Pidió Cárdenas enardecidamente al vicario capitular o gobernador eclesiástico de la Asunción, que le reconociese como legítimo obispo, pero ni con mil intrigas lo consiguió. Entonces asaltó con fuerzas armadas la catedral y se sentó en el trono pontifical. Quedó allí en adelante, de día y de noche, rodeado de sus numerosos adeptos.

Temiendo los canónigos, después de aquel primer acto de audacia, un nuevo atentado contra ellos, se retiraron a nuestro colegio, como si fuese asilo, pidiendo que no los abandonásemos, porque se habían visto expuestos a grave peligro por la condescendencia del gobernador y por el furor del obispo.¹⁰²

Nuestros padres fueron conscientes de que por ello se crearían grandes problemas y molestias, pero se vieron obligados a ceder a aquéllas súplicas por la autoridad de tantos hombres respetables, por la justicia de su causa, por su amistad mil veces comprobada en las circunstancias más críticas y por verlos completamente abandonados de cualquier socorro humano y ahora expuestos a la ira del obispo por la reciente negativa enérgica de recibirlo canónicamente.

Le mortificaba mucho al obispo la frustración de su honorífico recibimiento y pasó por verdaderos tormentos de disgusto, principalmente por verse humillado por la opinión de la Compañía, que sin bulas pontificias, nadie podía consagrarse.

Por ello derramó nuevamente su bilis contra la Compañía, por palabra y escrito, en el púlpito y en la conversación privada, desacreditándola, injuriándola y calumniándola.

Un día dio la siguiente prueba del estado de su ánimo. **[f. 29v]** En la fiesta de Corpus Christi, en presencia del Santísimo

¹⁰² Los canónigos que se refugiaron en el colegio fueron Diego Ponce de León y Fernando Sánchez del Valle.

expuesto, hizo leer en el púlpito un largo e infame panfleto, lleno de recriminaciones e injurias contra los jesuitas, mientras la concurrencia se horrorizaba de tanta irreverencia. Después hizo salir la procesión del Santísimo por las calles de la ciudad, y al llegar frente a nuestro colegio, hizo tapar el Santísimo con un velo negro para excitar el horror de la gente.

De seguro, nuestro Señor Jesucristo no estaba enojado con aquellos que no caminan en las tinieblas, siguiendo decididamente sus huellas, evitando dar mal ejemplo y mostrándose en todo como ministros de Dios con mucha paciencia.

Así se portó en público y en privado; repitió siempre la vieja cantilena de sus calumnias y de las injurias, insistiendo en que la Compañía era el único obstáculo para que los vecinos paraguayos pudiesen aprovechar el servicio personal de tantos indios.

Después solía llamar a su presencia a aquellos famosos sujetos, ordenados por él, lamentándose que no tenía en su poder las reducciones, para ponerlos a cargo de ellas, como lo merecían; que la Compañía había tomado todo, mientras que en el país había quedado sólo pobreza y para los sacerdotes, la humillación. Si la Compañía saliera del Paraná, Uruguay e Itatin, entonces, llegaría la prosperidad a los seglares y a los clérigos.

Estas ideas las inculcó en aquella gente cobarde, acostumbrada a vivir a expensas ajenas. Se aprovechó de todos los recursos que le podían servir para hacernos odiosos a todo el mundo. Así pretendió también enemistarnos con los padres dominicos con la siguiente traza, que voy a explicar en detalle.

Está prohibido en América construir en cualquier ciudad, sin autorización real, una iglesia o un convento. Los padres dominicos habían construido en la Asunción su convento sin aquella previa autorización; apremiados por las circunstancias, aunque el magistrado de la ciudad había manifestado su consentimiento, con la condición de que pidiesen el permiso real cuanto antes; lo que hasta la fecha no se había solicitado.

Por lo cual el obispo, después de su primera llegada al Paraguay, notificando previamente al gobernador Gregorio Hinestrosa, trató seriamente de derribar aquel convento, además, movido por especial desafecto contra cierto dominico.

Le pidió entonces el padre rector de nuestro colegio de rodillas que no hiciese tal cosa, pero en vano. El obispo marchó enfrente de la plebe y de muchos esclavos, para ejecutar su plan. Pidió para la demolición las escalas portátiles de nuestro colegio, pero el padre rector se lo negó, diciendo que nuestros ajuares no eran para destruir los conventos de los religiosos; y que las cosas de la Compañía son para la edificación, y no para la ruina.

Pocos años después le convino amistar con los dominicos y les ayudó a levantar su convento de nuevo. Al concluirse la obra y colocarse el Santísimo en la iglesia, presidió la solemnidad y dirigiéndose a la concurrencia dijo, para hacernos odiosos: oyentes míos, ¿creéis que aquí bajo la forma de pan está presente el señor del universo? Así debéis creer firmemente, y lo juro por el Dios presente, que sólo por instigación de los jesuitas he destruido el convento y la iglesia de los dominicos.

Al oír esta insufrible temeridad, se espantaron todos, porque bien sabían la verdad de las cosas y eran testigos de nuestra inocencia. Sin embargo, algunos quedaron perplejos después de tan solemnes declaraciones de parte del obispo y comenzaron, por lo menos, a dudar de la sinceridad de la Compañía.

[f. 30] Ya no tenía temor de Dios aquel individuo y desde entonces no conocía freno su rabia; se precipitó cada vez más, excomulgando a los jesuitas desde el púlpito de la catedral, declarándolos vitandos¹⁰³, poniendo en entredicho a nuestra iglesia, acusándonos de cismáticos, prohibiendo bajo pena de excomunión que nadie se atreviese, ni en público ni en privado, a requerir los servicios religiosos de un jesuita; en caso contrario se negarían al reo los últimos sacramentos y la sepultura eclesiástica.

¹⁰³ Vitandos, excomulgados, odiosos, execrables.

Este modo de proceder era un gran escándalo para el pueblo cristiano y en gran perjuicio para la tranquilidad de las almas. Se lamentaban las personas piadosas y juiciosas de que se le violentaban sus conciencias y no podían al sufrir verse arrancadas del seno maternal de aquella dirección espiritual, donde se habían criado, para entregarse al cuidado de madrastras.

Condenaban estas imposiciones injustas, por las cuales el obispo no sólo hirió a la Compañía, sino afligió el corazón de muchos, perturbándolo con sacramentos de dudosa validez, privando injustamente hasta a aquel terrible trance, del cual depende una eternidad feliz o infeliz, de los acostumbrados favores y privilegios.

Hubo muchas personas que por un exagerado amor a la Compañía se han abstenido más bien de confesarse durante estos dos años de persecución. Hubiera sido fatal, contradecir en lo más mínimo a este obispo furioso, el cual por su parte supo obstruir todos los caminos destinados a evadir sus decretos.

Estaban los párrocos atentos, y tenían además sus espías que vigilaban de día y de noche, para que nuestros padres no acudiesen a los enfermos, convencidos falsamente de que, en este caso, sería inválida la absolución y que nosotros hiciésemos a los moribundos, más daño que provecho.

Una señora distinguida, tía del gobernador eclesiástico, refugiado en nuestra casa, estaba por morir, y con sus insistentes ruegos había conseguido que uno de nuestros padres, en secreto, viniese a darle la última absolución. Enterado el obispo por sus espías, le negó los sacramentos de la extrema unción y del viático como si fuera una excomulgada, prohibiendo su sepultura eclesiástica.

Indignado con este proceder, se empeñó el piadoso sobrino en llevar a su tía en una silla portátil a nuestra iglesia, para que allí recibiese los últimos sacramentos, donde la enterró después. Pero aquel hombre se enfureció aún más, juntó precipitadamente a los frailes, sus adeptos y los muchos que estaban para ordenarse y en tropel marcharon a nuestra iglesia, donde en ese momento se decía misa.

Ciego de rabia, pidió a gritos desaforados que se desenterrase a la matrona y se la echase al muladar.

Acudieron los parientes de la difunta con otros conocidos de sus distinguidas relaciones, para defenderla con las armas en las manos y ya estaba a punto de estallar una verdadera batalla, cuando con tiempo, pudieron los nuestros cerrar las puertas y evitar la profanación del templo. Al fin vino también el gobernador, a quien se le había avisado, y consiguió separar a los combatientes, mandó dejar descansar en paz a los muertos y no profanar la iglesia.

[f. 30v] Después de este incidente comprendieron nuestros padres que con esta creciente saña del obispo les sobrevendrían disgustos más grandes todavía, ya que nada valía para amainar esta tempestad, ni los decretos de la Audiencia Real de Chuquisaca, ni las órdenes del Virrey del Perú, ni los empeños generosos de nuestros amigos.

Por lo tanto, aunque tenían la íntima satisfacción de saber que todo lo que se les atribuía era falso y que sus facultades apostólicas y sus privilegios los hacían inmune contra los anatemas del obispo, a fin no dar ocasión a más escándalos, resolvieron sustraerse de esta tempestad. Se abstuvieron por 20 meses enteros de celebrar la misa en público y de ejercer los ministerios acostumbrados de la Compañía, teniendo cerradas las puertas de la iglesia, sin salir de casa y viviendo santamente el ocio, en vez de los trabajos que antes hacían.

Así nadie pudo sentirse ofendido con razón, ni quejarse, esperando con paciencia el triunfo de la verdad y justicia. Callaban cuando se les injuriaba y no reaccionaban cuando se les provocaba. Juntaban el ayuno y las austeridades corporales con la ferviente oración por sus perseguidores y clamaban a Dios para que se dignase a concederles la gracia de seguir en todo a Cristo en su vía crucis.

Mientras en casa nuestros padres estaban envueltos en piadosos afectos, afuera se soltaban las malas lenguas y cuando parecía que decaía la excitación de la plebe, cansada por nuestra pasividad, entonces el obispo avivaba las llamas del furor, e instigaba

a los inertes, amenazando a la gente ignorante con la ira del cielo si hacían causa común con la Compañía. Así sucedió que la plebe nos miraba como si fuésemos proscriptos y apestados y no deseaban otra cosa sino que nos retirásemos cuanto antes de la ciudad.

Todas las conciencias estaban perturbadas por perplejidades y habiendo caído en manos de ineptos, se perdieron en mil conjeturas.

No pudieron nuestros padres salir de casa sin verse colmados de ultraje y oprobios. Así sucedió al padre procurador, el cual dos veces tuvo que salir en diligencias a nuestra estancia, y en esta ocasión se encontró con el obispo y sus secuaces. Al ver al padre, gritó aquel con furia que le agarrasen, que le llevasen a la cárcel y que le pusiesen el cepo infamante. Tranquilamente se presentó el padre al obispo diciendo: aquí estoy, señor obispo, y con gusto llevaré cepo, cárcel, grillos y cadenas por amor a Dios. Aquí me tienen.

Al instante le agarró el obispo y se rebajo tanto que levantó su puñal como para traspasar al padre; rechazándolo lejos de sí, increpándole con una sarta de injurias.

También el padre rector tenía que salir a veces.¹⁰⁴ Era un anciano de más de 60 años, santo varón que había desempeñado muchos cargos de gobierno en la Compañía. Se encontró con aquellos famosos clérigos recién ordenados, los cuales animándose mutuamente a estas diversiones bajas, agredieron a este venerable sacerdote, por mandato del obispo, con burlas y escarnios, hostigándolo con estiércol y naranjas podridas.

Al fin les pareció demasiado a nuestros enemigos lo que se hacía con nosotros, especialmente viendo nuestra resignación, indiferencia y ecuanimidad, mostrando los padres en la cara tranquilidad y cierta satisfacción, como si les hubiesen hecho un favor

¹⁰⁴ El rector del Colegio de Asunción era el padre Laureano Sobrino. Había nacido en Alagón, Zaragoza, España el 5.VII.1589. Ingresó a la Compañía en 1606 en Aragón y llegó a Buenos Aires en 1617. Profesó su cuarto voto en Córdoba. Se desempeñó como Provincial entre 1654 y 1655. Falleció en esa ciudad en 1655.

y confesando que en realidad les era de gran consuelo sufrir persecuciones por la justicia.

[f. 31] Esta virtud era capaz de partir piedras, menos al endurecido corazón del obispo, quien, más audaz ante nuestra paciencia, no pensaba en otra cosa, sino en inventar nuevas vejaciones. Desde el sagrado púlpito quiso demostrar con falsos argumentos que no era pecado robar las cosas del colegio.

Las dos pruebas que adujo eran: que la Compañía, con intrigas, había impedido el servicio personal de los indios; por consiguiente habían causado daño, y era lícito recompensarse, sustrayendo lo defraudado. Añadió que él había sido defraudado constantemente con los diezmos y con la cuarta parte de los derechos funerales que corresponden al obispo, provenientes de tantos pueblos de indios sujetos a la Compañía. Pero que liberalmente, haría renuncia de estas entradas a favor del pueblo, aconsejándoles que se indemnizase a su gente con los bienes del colegio, fácil modo para enriquecerse.

Ambos argumentos eran falsos y maliciosos. Pues no podía justamente pedir diezmos y cuartas de religiosos por sus privilegios, ni de los neófitos por cédula real y por la costumbre común. Además era disposición real muy prudente, que los indios sujetos a cabeza del Rey, no prestasen servicio personal a gente privada, ya que nada retrae más a los indios en aceptar la verdadera religión, que el miedo de ser molestados corporalmente.

Por esto quiso el Rey conquistar las almas para sujetarlas a la ley evangélica, subvencionando las misiones, en lugar de sujetar a los cuerpos por una injustificada violencia y juzgó ser cosa indigna esclavizar a aquellos, que por su libre voluntad se escaparon de la tiranía del demonio para gozar de la libertad de los hijos de Dios.

Sin embargo, hubo gente que, embaucada por la autoridad de quien decía lo contrario, se atrevió a perjudicarnos; así fueron entregados nuestros bienes al pillaje de esta gente fanatizada. A uno de ellos se le atrapó in fraganti y se le entregó a la justicia como ladrón. Quiso el obispo que le sacasen de la cárcel, como si fuese

inocente. Por esto se animaron todos los bribones a cometer impunemente toda clase de barbaridades y saquear nuestros bienes como si fuese cosa conquistada al enemigo. Sólo lo que teníamos en el campo podíamos conservar de las manos de los salteadores defendiéndolo con los peones de la estancia.

Semejante estado de cosas hubiera requerido de un hombre enérgico y decidido, pero el actual gobernador no era capaz de remediar esta situación. Aletargado, sin darse cuenta de esta situación crítica, dejó hacer al obispo lo que quería. Así se comprende que se atreviera el obispo a exigirle su ayuda y la de la fuerza pública, para sacar a los canónigos de nuestro colegio y obligarlos por fuerza a recibirlo como obispo.

Pero esto habría de ser sólo el primer paso, para penetrar por las puertas del colegio y sacar de allí también a nuestros padres. El gobernador no se atrevió a declararse en pro ni en contra, y se mostró muy condescendiente, pese al grave peligro que corría el orden público. Por el contrario, los dos alcaldes y los corregidores de la ciudad estaban decididamente a favor de los canónigos y de la Compañía y no hubieran permitido el proyectado atropello, ni eran tan ingenuos para dejarse embaucar; [f. 31v] pero el indeciso gobernador se acobardó delante del obispo. Este lo había notado y por ello se atrevió a castigar a los alcaldes con censuras eclesiásticas por haber defendido a la Compañía y a los canónigos, y alcanzó del gobernador la destitución de los mismos¹⁰⁵.

Por año nuevo presidió el obispo las elecciones municipales (en lugar del gobernador, el cual lo era ya sólo de nombre) y salieron electos como alcaldes los más acérrimos enemigos de la Compañía y por regidores hombres de la misma pasta. De esta clase de gente era fácil conseguir el decreto de expulsión de los jesuitas.

Con este decreto en la mano convocó el obispo a la catedral a toda la plebe, los frailes, clérigos y seminaristas, todos los cuales se

¹⁰⁵ Eran alcaldes ordinarios de la ciudad en 1647, Sebastián de León y Zárate y Antonio González Freire.

hincaron de rodillas delante del Santísimo, como si fuesen muy devotos, pero en realidad para darse más autoridad con el manto de la religión e hincándose también el obispo, entonó con intolerable hipocresía el himno: *Veni creator Spiritus*, proclamando al Dios de la caridad como protector ¡Qué horror! del odio más que vandálico. Inflamado de furor, se atrevió cantar: Infunde *amorem córdibus*.

Después de esta sacrílega oración, mandó callar a la concurrencia y sacó un escrito con un largo resumen de todas las torpezas y herejías que solía atribuir a la Compañía y lo hizo leer; después sacó una falsificada cédula real, por la cual de parte del Rey católico mandaba desterrar a la Compañía del Paraguay, que leyó personalmente, a voz en cuello.

Para recomendar también de su parte la expulsión decretada de los jesuitas, dio su parecer y al fin, con cara seria dijo a la concurrencia: manifestad también vuestra opinión, y decid, si es santo, bueno y prudente, expulsar a los jesuitas de esta tierra por ser cismáticos, herejes, proscritos, defraudadores de fondos públicos.

Le contestaron sólo unos pocos de aquellos recién ordenados, gente de muy mala fama y de la última hez de la plebe; los demás quedaron yertos de espanto al atribuir crímenes tan enormes a una orden religiosa tan respetable.

El próximo estallido de la catástrofe despertó al gobernador de su letargo, pues nunca pensó que las cosas llegarían a tal grado. Después de haber consultado con unos pocos, a toda prisa, mandó acudir a los amigos de los canónigos y de la Compañía, escondidos en las cercanías por miedo del obispo, prometiéndoles la protección pública. Les encargó estar prevenidos para seguirle en cualquier emergencia, porque se había apercibido del intento del obispo de perturbar el orden público, alborotando la plebe e instigando a sus clérigos a ejecutar sus órdenes. Por ello, debían impedir cualquier atropello, si querían mostrar su fidelidad al Rey y a su gobernador. Para estimularlos los declaró exentos de la jurisdicción de los actuales alcaldes y sujetos a su propia autoridad. Eran aquellos lo más granado de la sociedad, muy relacionados en la ciudad y hombres buenos a

toda prueba, Cumplieron con su deber y pusieron algún orden en la ciudad, imponiéndose [f. 32] a la plebe sublevada, con su ascendiente y su energía. Así se animó el gobernador a derogar el decreto de los alcaldes sobre la expulsión de la Compañía. El obispo, al ver que no se había concretado el alboroto, pero hallándose en realidad la mecha ya preparada, resolvió incendiar el colegio en el secreto de la noche. Advertidos, se dividieron nuestros amigos en secciones y vigilaron por turnos nuestro colegio contra cualquier atentado repentino.

Habiendo fracasado el asalto y viendo el obispo que todas las intrigas habían salido al revés; resolvió hacer un último y desesperado esfuerzo para salir con la suya, tramando una barbaridad más abominable que todas las pasadas.

Estaba por partir un fraile hacia Corrientes, en el sur del Paraguay. Lo llamó en secreto y le entregó una petaca con correspondencia, diciéndole: anda, mi querido, lleva estas cartas, y envíamelas desde allá. Al mismo tiempo divulga el rumor de que en esa petaca ha llegado una cédula real, por la cual se me encarga expulsar a los jesuitas del Paraguay, con independencia del gobernador y de los alcaldes. Debes decir también que corre incluso una bula pontificia, la cual declara y manda que yo haga desterrar aquellos cismáticos (con este nombre se dignaba apellidarnos).

Introducida la fábula partió el buen fraile y con prontitud desempeñó su cargo, echó a correr el rumor y despachó la correspondencia al obispo. Surtió efecto la trama, porque toda la ciudad de la Asunción se alborotó por lo que se decía, y se dividió en bandos según la opinión de cada uno.

El obispo, muy experimentado en simulaciones, se quejaba sin cesar de la demora de tan deseados despachos. Al fin llegaron, y al instante se echaron a vuelo las campanas, se juntó la plebe y los clérigos nuevos con alegre alboroto, se entregó la correspondencia al secretario del obispo y al autor mismo de estos escritos, los recibió como remitidos por el Rey y el Romano Pontífice.

Dijo: ahora están perdidos los cismáticos; ahora nadie nos impedirá asaltar el colegio; ahora ya no podrá tener escrúpulos ninguno

en invadirlo, teniendo de su parte personas de tanta autoridad. Aplaudiéndole frenéticamente y muchos, que anhelaban obtener para sí nuestros indios neófitos, manifestaron su satisfacción con murmullo aprobatorio. Otros no aceptaron como legítimas aquellas cartas, porque el obispo se negó obstinadamente a que se leyesen, que se verificasen o se cotejase la firma del Rey y el sello del Pontífice.

Viendo el obispo que no le querían creer, cayó en una salida abominable. Solía hacer lo inaudito de decir dos veces la misa al día, no habiendo necesidad, por el enorme número de clérigos recién ordenados, que casi formaban la cuarta parte de la vecindad, diciendo que lo hacía por privilegio: la primera misa aun de noche y la otra ya con el día claro.

Un día, después de haber consagrado de noche, tomó la santa hostia en la mano y mostrándola a la concurrencia, que acudía no sin escándalo por la hora desacostumbrada de personas de ambos sexos y de todas edades y dijo: ¿Creéis que debajo de estas formas de pan está Cristo nuestro Señor? Contestaron todos que sí. Y continuó: del mismo modo debéis creer que recibí [f. 32v] una carta escrita por el Rey católico, el cual se me manda expulsar a la Compañía de Jesús.

No me atrevo a decir más, temiendo que los lectores tengan por demasiado increíbles tantos perjurios y tantas blasfemias y que exijan sólidas pruebas para poder convencerse de la verdad de las cosas de tanto alcance.

Estas pruebas no faltarán, pero antes de presentarlas, tengo aunque con repugnancia, que referir lo que sigue. Había perdido el obispo todo crédito, hasta entre los suyos, porque mintió con demasiada desvergüenza. Lo sabía por lo cual quiso hacer más creíble el juramento que acaba de pronunciar. Cuando amaneció, cantó una solemne misa pontifical y llegando a la comunión, se volvió con el cuerpo de Cristo en la mano hacia el pueblo, diciendo: este nuestro Señor, que tengo en la mano y el cual voy a consumir, me sea en juicio y condenación, sino fuese verdad lo que digo, que tengo en mi poder una carta del Rey católico, por la cual se me manda expulsar de mi diócesis a los sujetos de la Compañía de Jesús y por la cual también se obliga, bajo pena de

lesa majestad, al gobernador y a los habitantes del Paraguay, a secundarme con su cooperación en la realización de dicha expulsión. Así dijo él.

Y yo de mi parte presento testigos, no nocturnos, sino diurnos, no durmientes, sino despiertos, no pocos, sino casi todos los habitantes, los cuales por la enormidad de tan patentes perjurios no pudieron menos que despreciar con toda su alma a tal obispo.

Lo único que los mantuvo en relación con él, era la esperanza de apoderarse de nuestros indios para su servicio personal en caso de nuestra expulsión. Y así, ciegos por la pasión de la avaricia se dejaron arrastrar al abismo de aprobar el crimen inventado, sin protestar contra esta barbaridad, con tal que lograr lo anhelado con tanto afán, es decir, beneficiarse con el sudor y la sangre de los pobres indios. Y así fue que ya no les impresionó demasiado tal juramento sacrílego.

En desagravio de lo sucedido ordené yo por una circular común, que en toda nuestra provincia y por cada sujeto de ella, se hiciesen cada semana cierto número de disciplinas, ayunos y cilicios y que se añadiesen ciertas oraciones a nuestras preces comunes, y que en general, se invocase la intercesión de la Santísima Virgen y se clamase al cielo, para que el obispo abriese los ojos y no se precipitase a la ruina eterna.

Por el mismo tiempo, el ilustrísimo señor obispo del Tucumán, fray Melchor de Maldonado, al saber de lo sucedido en el Paraguay y al leer los famosos libelos, escritos contra nosotros por aquel calumniador, dirigió una carta consolatoria a los padres del Paraguay de este tenor: [“] leí, reverendos padres, muy amados en Cristo, las injurias contra vuestra Compañía, que me partieron el corazón de dolor. Poco me importa que el obispo del Paraguay, fray Bernardino de Cárdenas, me dañe también a mí. **[f. 33]** Busqué ante todo un camino llano y breve para justificar a la Compañía y se me ocurrió que Dios nuestro Señor había permitido todo esto, para que la orden, sufriendo con paciencia y resignación tales pruebas, manifieste su excelencia, como oro probado por el fuego.

No hallé otro modo más practicable, padres míos, para deshacer las calumnias, levantadas por el obispo del Paraguay contra vosotros, que oponerles las armas acostumbradas de la Compañía, vuestra madre, que son la paciencia y la humildad.

No os puedo ocultar que la pluma y la voz amenazadora de vuestro calumniador no son más que el relampaguear de una tremenda tormenta que comienza a desencadenarse en todo el orbe, a la cual, para que no os dañe, hay que enrostrar con valor y constancia.

Las flechas de vuestro irritado vejador hay que sacudir con modestia y así, caerán al suelo, quedando gloriosas e incólumes vuestra Compañía y vuestro instituto. Con las mismas armas siempre han inflingido los discípulos de nuestro Señor Jesucristo vergonzosas derrotas al infierno. Una virtud no probada por adversidades, es sospechosa. Nunca probará un varón magnánimo su valor, mientras no haya resistido a las acechanzas de sus enemigos. Nadie puede ser coronado con la corona de la paciencia sin haber sufrido sin resistencia; no puede haber caridad heroica, sino haciendo bien a insignes enemigos.

Estos principios cristianos tan paradójicos, los enseñamos por palabra y por escrito; se trata de no amar solo de palabra, sino de obra y en verdad. En esto consiste la victoria de Cristo sobre el mundo y tenemos que anhelar la misma victoria, si queremos seguir a Cristo y tener su espíritu.

El camino de este capitán es el camino de su Compañía. Tenemos que decir: todavía no hemos resistido hasta la sangre, y todavía no nos hallamos clavados en la Cruz de Cristo. No hay apología más elocuente y más convincente que la imitación de Cristo, paciente y silenciosa. Nuestro feroz combatidor no será acallado por mejores argumentos que por las obras hechas con cristiana paciencia. Nuestro mejor abogado siempre será Dios. Con todo, aunque recomiendo la paciencia, esto no quiere decir que no haya que hacer nada en defensa propia. Pues, sepan VV.RR. que no desapruuebo los documentos jurídicos, con los cuales, con aprobación de los superiores, os justificáis

contra las calumnias que os levantaron. Sin embargo, no hay que atribuirles demasiada importancia. Más vale que Dios haga justicia.

Además no ha llegado la tormenta a su grado más vehemente o a su punto más extremo pues toda la atmósfera está tan saturada de perturbación, que humanamente hablando no hay esperanza de cortar el naufragio; pero todavía existe Cristo nuestro Señor, el cual no faltará a su Compañía, y el cual seguramente no permitirá nunca, que se arruinen tantas iglesias, donde florece la frecuencia de los sacramentos; ni que perezcan jamás estos cien mil indios cristianos, arrancados de la más profunda barbarie y conducidos por el trabajo de la Compañía a la verdadera fe y a la civilización cristiana.

El mismo Señor que ha sacado al profeta Jonás del vientre de la ballena y de la tempestad, para que predique a los de Nínive, entregará a merced de las olas y del viento, a los que han conducido a la penitencia a tanta gente. Yo de mi parte haré lo posible para defender a la Compañía y encomendarla a Dios.

Así ordené que se haga en toda mi diócesis rogativa pública, novenas y ayunos, y envié una pastoral a todas las ciudades y aldeas de mi jurisdicción encomendando a las oraciones de todos a la Compañía de Jesús, gravemente afligida en el Paraguay. [f. 33v] Además dirigí informaciones del caso tanto al Sumo Pontífice, como al Rey católico, atestiguando que la Compañía de Jesús aquí se distingue por sus virtudes verdaderamente apostólicas y que ha trabajado con gran éxito en mi diócesis, por lo cual merece reconocimiento y apoyo.

Dios guarde a vosotros, mis colegas muy amados, y me encomiendo encarecidamente a vuestras oraciones. En la ciudad de Santiago del Estero. Fray Melchor de Maldonado, obispo del Tucumán. [”]

Cuando supo por ciertas informaciones el virrey del Perú, el marqués de Mancera, que se habían despreciado sus órdenes y quela provincia del Paraguay iba a su ruina por la audacia del obispo, sus incesantes intrigas y la indecisión del gobernador Escobar, envió allá

a don Andrés de Garabito, caballero de Santiago, oidor de la Audiencia Real de Chuquisaca, añadiendo que por lo menos nombre, un apoderado, para que ponga cuanto antes remedio a tantos males.¹⁰⁶

Estaba a la sazón detenido el oidor por asuntos urgentes en Chuquisaca, y así envió en su lugar a don Sebastián de León y Zárate, hombre noble y muy versado en asuntos políticos y muy enérgico; entregándole una instrucción sobre su modo de proceder. Poco se logró con ello, porque el gobernador del Paraguay, si bien en público respetó las órdenes del Virrey y de la Audiencia, alegó empero a su defensa que le faltaba la suficiente fuerza pública para hacerlas valer, habiendo el obispo usurpado todo poder, viéndose además expuesto a sus maquinaciones, por lo cual era imposible imponérsele. Esto es solo cobardía. Por lo demás sus suposiciones no carecían de fundamento, porque se susurraba en realidad que pretendió el obispo quitarle el mando y encarcelarlo.

Todos creían posible tal atentado y por eso el gobernador, cuando fue invitado a asistir a las funciones de la catedral por el obispo en el día de la Asunción, fiesta patronal de la ciudad, no quiso ir allá dando por razón, que le querían apresar.

Y para evitar la prisión, abandonó a los canónigos y a la Compañía y se hizo partidario del obispo, prometiéndole su ayuda para sacar por fuerza de nuestro colegio a los canónigos. Estos, viéndose en peligro y no queriendo perder simultáneamente a los jesuitas, se escaparon, viviendo la segunda vez en voluntario destierro en las reducciones de indios, que están a 30 leguas de la ciudad.

Cuando supo el obispo la fuga de los canónigos, concentró toda su ira contra la Compañía, poniendo en movimiento todas sus maquinaciones para perderla. De lo cual se conoció que no le importaba

¹⁰⁶ El Presidente de la Audiencia de Charcas nombró interinamente a Sebastián de León. A su vez, el Virrey, conde de Salvatierra, ratificó la designación y ordenó al oidor Andrés Garabito de León, ya electo visitador del Paraguay, que se trasladara a esa provincia Paraguay, investido con el título de gobernador. Provisión fechada en Lima el 30 de junio de 1649.

tanto sacarlos de nuestra casa, sino tener un pretexto para poder invadir nuestro recinto y expulsar a los jesuitas.

[f. 34] Con esto llegamos al punto principal. El 26 de febrero de 1649 murió de repente el gobernador del Paraguay, don Diego de Escobar Osorio, sólo auxiliado con la extremaunción, aunque los enredos en los cuales estaba envuelto, hacían desear que hubiera tenido el suficiente tiempo para poder recibir también los demás sacramentos. ¡Qué Dios le haya perdonado! Tampoco tengo que inquirir, con qué fundamento se decía que le habían envenenado. Pero es un hecho que cierto pícaro, dio la noticia de su muerte al obispo, felicitándole y pidió una recompensa. Este, empero, no dio ninguna señal de dolor, sino más bien de alegría, y dio una buena propina a aquel individuo. Sin embargo, al otro día celebró el obispo solemnes exequias y asistió al cortejo fúnebre.

Apenas cerrado el sepulcro y aun hallándose a su lado, dio una prueba de gran crueldad. Se dirigió a la gente que había acudido a los funerales y les incitó a que sin demora asaltasen el colegio de la Compañía. Pero en presencia de este entierro, a casi todos se les había desvanecido el empeño para tal cosa, pues estaban más dispuestos a llorar que a rabiar.

Por lo cual difirió el obispo la ejecución de este su plan, para otro día. Pero apenas amanecido, y dicha su misa, no acordándose de la palabra de Cristo: si quieres ofrecer tu ofrenda, déjala sobre el altar y reconcílate primero con tu hermano,- salió desde el mismo altar rabioso como un león, no a la manera como lo entiende San Crisóstomo, para ser terrible al demonio¹⁰⁷, sino para dar la señal del ataque contra los inocentes compañeros de Cristo.

Acudieron todos sus secuaces, seglares y clérigos y se pusieron en marcha contra nuestro colegio. En este trance los alcaldes, a los cuales se había traspasado el mando después de la muerte del gobernador, se apresuraron a contener a la gente y enviarla a sucasa, bajo pena de muerte; ello, por intereses privados y pese a ser enemigos de la Compañía.

¹⁰⁷ Oficio de Corpus

Quedó perplejo el obispo por este inesperado y repetido fracaso de su empresa criminal. Para que esto no sucediera otra vez, procuró ganarse la voluntad de la gente, para que le proclamase gobernador, no sólo por ambición, sino principalmente por odio a nosotros; e interpretando falsamente a favor suyo el privilegio de Carlos V (ya abrogado por la costumbre y por nuevas disposiciones gubernamentales) que decía que se podía elegir un nuevo gobernador en caso de muerte del anterior. Logró que la plebe le eligiese a él por aclamación tumultuaria.¹⁰⁸

Así reunió en su persona la doble potestad, la de gobernador y la de obispo, teniendo en una mano la vara del mando y en la otra el cayado de pastor, con lo cual nos pudo aplastar a su gusto.

Mientras tanto, los padres habían ya empacado lo más necesario de su casa, los preciosos vasos sagrados de plata y los ornamentos de seda, recamados de oro, para que no cayesen en sus manos. Lo enviaron por carreta secretamente a los pueblos del Paraná bajo el cuidado de dos de los nuestros.

Pero por desgracia, no [f. 34v] lejos de la ciudad, todo les fue quitado por los secuaces del obispo y ellos obligados a volver al colegio. Este primer triunfo de su gobernación puso al obispo muy alegre y para burlarse de los pobres padres, hizo con aquellos despojos una exposición alrededor de las paredes de la catedral; tuvo además el descaro de aprovecharse de nuestros ornamentos aquel mismo día, celebrando con ellos una misa pontifical; pero con la circunstancia burlesca de cambiar a cada rato las diferentes piezas, para exhibirlas y mostrar el botín del asalto nocturno; como si el santo sacrificio de la reconciliación, tuviese el destino trágico de mostrar el odio más lamentable.

El día cuatro de marzo, en que fue elegido por aclamación para gobernador, ya quiso ejecutar el asalto al colegio. Pero alguien le

¹⁰⁸ Real Cédula de Carlos V, datada en Valladolid el 12 de septiembre de 1537. Su texto en Juan Francisco Aguirre, *Discurso Histórico etc.* Bs. As. Austral, 1947, 196-197. La elección del obispo se llevó a cabo el 4 de marzo de 1649.

aconsejo en secreto que no enturbiara la luz de aquel glorioso día con este feo hecho. Pero no pudo aguantar más la dilación de la suspirada venganza. Por lo cual envió a su secretario al colegio para entregar a los padres un escrito, resumen de todos sus insultos contra nosotros, divulgados por líbelos, cartas y discursos, diciendo que esas eran las causas de nuestro proyectado destierro del Paraguay. Nos rogaba (¡qué delicadeza!) que nos marchásemos espontáneamente, pues sino nos echarían por la fuerza, haciéndonos responsables de los subsiguientes daños y perjuicios.

Fue el secretario con este documento al colegio, acompañado de gente armada y pidió ser presentado al rector. Compareció su reverencia, rodeado de otros padres, y entonces el secretario quiso intimarle el infame escrito. Empero, pidió el padre rector copia auténtica, para poder contestarlo jurídicamente, pero se le negó, como siempre; a lo cual respondió dicho padre, que él también se negaría a oírlo, y se retiró juntamente con los demás de la casa. Sin embargo, delante de las puertas cerradas, el secretario leyó sumariamente el decreto, primero en el recinto del colegio, y después fuera de la casa, delante de la gente con la cual había venido.

Después de haber dado cuenta el secretario de lo hecho, le mandó volver el obispo, exigiendo que los padres abriesen las puertas de la iglesia y del colegio. Le contestó el padre rector que las puertas cerradas de nuestra casa no molestarían a nadie de la ciudad, pero las puertas abiertas podían perjudicarlo a él y a sus súbditos. Por eso, quien mandaba abrirlas, que las abriese si tenía derecho para eso.

Al recibir esta contestación, hizo el obispo tocar las campanas y trompetas, para juntar a la gente, animándola a emprender un asunto muy importante para la patria, el bienestar de todos y la paz de la ciudad. Pues, expulsados los padres todo les estaría abierto, no sólo el colegio, sino que todos los pueblos del Paraná, Uruguay e Itatin serían el botín de los conquistadores de esta única casa.

[f. 35] Después de esta arenga salió apresuradamente de la catedral, con este tropel de gente sediciosa y fue a la casa de gobierno.

Allí se sentó en el trono bajo dosel de rica seda y más parecido a un dirigente furioso que a un prelado, terminó su discurso con estas palabras:

Hasta ahora habéis sufrido mucho, pobres paraguayos, pobreza, humillación de vuestras distinguidas familias viéndose obligados a arrastrarse por el suelo para labrar la tierra, arar y sembrar, mientras vuestras señoras e hijas estaban degradadas al rango de meras criadas por falta de servidumbre: todo por culpa de los jesuitas. Y a estos individuos habéis aguantado por tanto tiempo en vuestros hogares. Pero ahora os ha llegado la oportunidad de tomar venganza por haber robado ellos vuestra servidumbre, dejándoos en la miseria y casi en camisa.

Acordaos de que esta tierra os pertenece a vosotros. Esta es vuestra patria, en la cual habéis nacido y criado; mientras aquellos son unos extranjeros, que han venido siendo unos pobres pordioseros y que se han enriquecido a vuestras expensas; es decir con el sudor de los indios, reduciéndolos a la miseria. No es cosa ilícita librar la patria de los estafadores de los recursos públicos. No debéis tener escrúpulos en tomar por asalto el convento de ellos. Oíd, no más, la sentencia que yo pronuncio contra esta clase de gente; y con altanería repugnante dijo: En virtud del doble poder mío, sagrado y profano, en castigo de los abominables crímenes, que mencioné tantas veces en público y en privado, he resuelto y mando expulsar a todos los jesuitas de su colegio y de esta provincia.

En caso de que alguien se niegue a cooperar en esta expulsión, le declaro yo, el obispo y gobernador, en nombre de Dios y del Rey, reo de lesa majestad, castigándole con la confiscación de todos sus bienes hereditarios, con una multa de mil ducados para las cajas reales, y excomulgándolos para siempre. Pues estas serán las penas de aquel que se atreve a oponérseme.

Dijo todo esto con mucha furia, logrando acobardar a los que habían venido por miedo y fuerza, porque bien sabían que era capaz de todo. Los otros, que vinieron espontáneamente, aclamaron y aplaudieron con frenesí. Era demasiada gente para conquistar y

saquear una sola casa, mayormente de la última hez de la población. La gente más honrada que los acompañaba, había venido más por respeto humano, con la oculta esperanza de impedir la desgracia o salvar algunos objetos de las manos de aquellos forajidos. El principal núcleo de esta fuerza armada la integraban los clérigos recién ordenados. Desde hacia tiempo eran sus secuaces y ayudantes en todas las fechorías.

Los repartió el obispo en tres secciones y puso en su cabeza a dos jóvenes alertas, enemigos acérrimos de la Compañía. Y para dar a estos famosos capitanes títulos relumbrantes, nombró al uno por su jefe militar y al otro, por su legado. Finalmente les mandó: marchad a prisa y procurad no perder vuestro entusiasmo y vuestro valor.

En el colegio hubo mientras tanto una escena completamente diferente. Allí se vio desde la ventana de la iglesia que da a la calle, desde el coro de los cantores, como se estaban acercando los alborotados. El padre rector hizo juntar a todos los de la casa en la capilla doméstica, negándose a defender la casa de Dios como si fuera un castillo. Exhortó a sus súbditos que se aprovecharan esta ocasión para actos de paciencia, ya que deseábamos en nuestro corazón, sufrir por la justicia.

Ahora debemos manifestar, si somos verdaderos compañeros de Jesús, que preso y ajusticiado no resistió. Ahora debemos manifestar, si somos buenos hijos de San Ignacio, quien pagó [f. 35v] las ofensas con beneficios y que anhelaba fervorosamente, padecer mucho por Cristo.

Seamos dignos de nuestros maestros y portémonos del modo que nuestra memoria sea siempre bendecida; y que las generaciones venideras digan que hemos sido buenos hijos de la Compañía. La gritería de afuera se acerca. Por lo tanto pongámonos de rodillas para suplicar a Dios nos de fuerza y valor, por intercesión de nuestra Señora y Patrona, que siempre nos ha protegido.

Toda la comunidad religiosa se postró de rodillas delante del altar de la Virgen Santísima, rodeada de numerosas velas prendidas,

y así perseveraron todos en silenciosa oración esperando el desarrollo de los acontecimientos.

Afuera se oyó mientras tanto el clamor de la alterada multitud, la cual exigió en nombre de Dios, del Rey, del santo gobernador y del profano obispo, que se les abriesen las puertas. Pero adentro nadie se movió.

Entonces buscaron hachas y barretas, mientras otros empezaron a empujar con una viga el portalón del colegio. Cayó la puerta hecha pedazos y todos invadieron el recinto del colegio, como enemigos de una ciudad conquistada. Repicaron las campanas en señal de victoria. Encontraron las puertas de las piezas cerradas. Las abrieron por fuerza y registraron todos los rincones. No hallaron a nadie. Los egregios clérigos recién ordenados lucharon con la plebe por la palma de la ridiculez. Se portaron mejor los que sólo por miedo los habían acompañado, porque guardaron el respeto por la casa religiosa y la simpatía para con nosotros. De naturaleza no eran malos.

Al fin llegaron a la capilla doméstica, donde hallaron a todos los jesuitas de rodilla con las manos juntas y con los ojos elevados hacia la imagen de la Virgen. El primero que entró con cara furiosa era el famoso jefe militar, el capitán de los forajidos, y sin más, con las armas en la mano, mandó a los padres que salieran de allí en nombre del Rey, del santo gobernador, y de Dios, o los haría responsables de las consecuencias de los daños y desórdenes.

Se levantó tranquilamente el padre rector y dijo en nombre de los demás, que los suyos no provocarán desordenes, ya que bien sabía que las puertas estaban cerradas, para que vivan en paz; y que tenía que buscar al causante de los desórdenes en otra parte.

Y en lo referente a mandar en orden de Dios, no era comprensible que se sacase mayor gloria de Dios con retirarse los padres del lugar donde siempre habían dado culto a Dios, y ganado almas para Dios; y que no se podía exigir su retirada en nombre del Rey, cuando no podía ser su mente la retirada de hombres beneméritos de los pueblos cristianos y súbditos muy leales.

Dijo que su colegio se había levantado hacía 50 años [f. 36], por mandado del Rey, con aprobación del Consejo de Indias y de las demás autoridades correspondientes.

En lo referente al mandato del obispo, era bien sabido que no era de la competencia del obispo, ni del gobernador (por supuesto legítimo) el oprimir injustamente a gente inocente, privándolas de sus bienes, ni vejar a religiosos inicuaemente y desterrarlos sin motivo. Por lo tanto, él y sus súbditos estaban resueltos a no abandonar su colegio, aunque los corten en pedazos.

Después de estas palabras sacó el padre rector la reciente cédula real, por la cual se le mandó a las autoridades del Paraguay, defender a la Compañía de Jesús contra sus enemigos, y la ofreció al caudillo de esta tropa, para que se cerciorara de su contenido, el cual le contestó que no había venido para leer cartas; y volviéndose a los clérigos armados de su comitiva, dijo: compañeros, sabéis, para que os he traído acá. Y al instante todos a la vez asaltaron al padre rector y empujándole y arrastrándolo lo echaron del colegio.

La otra gente se echó rabiosa sobre los demás religiosos de la casa, los cuales estaban hincados de rodillas y del mismo modo, a golpes y empujones, los sacaron fuera del colegio, arrastrándolos de los brazos y piernas, con tanta dureza y con tanto desprecio, como los esbirros suelen agarrar y maltratar a los facinerosos.

El más venerable de los padres era el antiguo provincial, padre Diego de Boroa, varón respetado por todo el mundo, verdadera columna de nuestra Provincia, quien ya era muy anciano. Se había caído al suelo y desvanecido por los empujones de los que le querían sacar por fuerza. Volviendo en sí, en el umbral de la casa, levantó el Santo Cristo en lo alto y apenado no por la propia afrenta, sino por la infamia del Paraguay; dijo a los forajidos: ¿Quién os ha fascinado a vosotros, hijos míos? ¿Cómo ha perturbado la pasión vuestro criterio que os atrevéis atropellar a nuestra Compañía, vuestra madre! ¿Habéis vistojamás en ella algo que merezca la expulsión? ¿Fue tal vez un crimen, que ella os haya alimentado por tantos años con la leche de la

piedad y una sólida doctrina, o que ella haya defendido a los pobres indios de la vejación? Porque no hallo otro crimen. ¿Y por eso la tenéis por infame?

¿Podéis negar que ella, en todas las tribulaciones, os ha fomentado con ternura y ha derrochado sus bienes entre vuestros pobres, que día y noche siempre estaba a vuestra disposición, que siempre os ha dado buen ejemplo en todo? ¿Cómo os puedo denominar en adelante: hijos de la Compañía, o sus abominables enemigos? Ambos títulos llevarán siempre la marca de la más baja infamia y la más negra ingratitud, que no podréis borrar de vuestro nombre, pues vuestra eterna ignominia hará brillar más nuestra gloria, y la posteridad pondrá en parangón nuestro desprendimiento con vuestra atrocidad y la historia eternizará vuestra horrible crueldad contra vuestros bienhechores, y admirará los favores hecha por la Compañía a una ciudad tan ingrata. No le dejaron hablar más y con mucha rabia le echaron adelante, sin el menor respeto por las canas del padre, su dignidad y santidad.

Entretanto sacaron al padre Antonio Manquiano¹⁰⁹, [f. 36v] procurador del Colegio, llenándolo de oprobios y escarnios, empujándole con golpes con la perilla de sus dagas por todo el cuerpo, tanto que casi le quitaron la vida por las muchas contusiones que recibió.

Tampoco tuvieron ninguna lástima con el pobre padre Bernardo Polo¹¹⁰, ciego desde hacía muchos años, ni con nuestro hermano coadjutor Antonio Rodríguez¹¹¹, postrado por su edad avanzada e invalidez; a los dos arrastraron por fuerza afuera.

¹⁰⁹ Su nombre completo era Juan Antonio Manquiano. Nació en 1603 en Alger, Sassari, Italia e ingresó en la Compañía de Jesús en 1619 en Cerdeña. Profesó su cuarto voto en su ciudad natal en 1638, y dos años después llegó a Buenos Aires. Falleció el 2.VI.1670 en la ciudad de La Rioja.

¹¹⁰ Probablemente refiera al padre Bernardo Tolú quien nació en Oliena, Nuoro, Italia, en 1589. En su ciudad natal ingresó a la Compañía de Jesús, el 13.III.1609, y realizó sus primeros votos dos años después. Llegó a Buenos Aires el 12.III.1622 y profesó sus últimos votos en Asunción seis años después. Falleció en esa ciudad el 2.X.1666.

A esta comunidad de hombres esclarecidos se los llevó por las calles, presos, en medio de fuerza armada, acompañados de los lamentos de los indios y morenos, de las piadosas mujeres y hombres honrados, que atestiguaban que jamás se había visto en la cristiandad semejante crimen abominable y que estos héroes cristianos y santos varones no mostraron ninguna tristeza, ni miedo, como otros presos, sino al contrario, avanzaron con la frente levantada, modestos y contentos. Parecía que la nobleza de su espíritu traslucía por su cuerpo, comunicándole cierta majestad, en medio de los oprobios.

La gente cuerda y los que no se habían dejado perturbar en su respeto hacia la Compañía, deploraba la ceguera de sus compatriotas, los cuales trataban tan torpe e indignamente a los que eran su gloria y tenían por crimen, lo que merecía su aplauso. No podían menos que execrar la crueldad del obispo, autor de todo este escándalo.

Vieron que con un solo golpe aquel individuo expulsó a los educadores de sus hijos, padres de los pobres, protectores de los esclavos, consuelo de los enfermos, conservadores de las buenas costumbres, salvadores de los indios, apoyo de la autoridad política, directores de la conciencias, ayos solícitos de todos, en los cuales no se encontró nada que podía disgustar a alguien, sino que defendían a los indios recién convertidos al cristianismo. Y a esta santa Compañía proscribió el obispo de una manera tan abominable.

Nada de lo dicho hizo mella en el corazón del obispo; al contrario todo esto lo exacerbó más todavía, aunque todo el mundo hubiera caído en pedazos y aunque toda la gente se hubiera reído de él; tanta era la rabia que acumulaba, que al saber que el capitán don Domingo Ruiz había llorado al ver este espectáculo y lamentado la indeleble vergüenza de la patria, mandó arrastrarlo de sus cabellos ante su presencia, echarlo a la cárcel como un criminal y ponerlo en

¹¹¹ Los únicos datos sobre Antonio Rodríguez refieren al año de su arribo, en 1599, sin que se sepa cuál fue el sitio, y a la profesión de sus últimos votos, en la ciudad de Salta, en 1602, como coadjutor temporal.

el cepo. Logró por este acto de crueldad que los demás se acobardaran para manifestar en público su lástima, obligándolos a llevar en el secreto de sus casas tanta desgracia.

Llegó mientras tanto este cortejo a las orillas del río Paraguay y no estando listas todavía las embarcaciones destinadas para el transporte de los padres al destierro, se les hizo esperar en la misma playa, quedando expuestos al sol del verano. Viendo esto cierto buen sacerdote, hace poco elevado a la dignidad de canónigo por cédula real, se atrevió a advertir modestamente al obispo, que se dignara dejar que los padres esperaran en su colegio, abrigados de los ardientes rayos del sol, hasta que todo estuviera listo para la partida. Le contestó aquel ¿Qué cosa? ¿Se demoran? Al instante tienen que marcharse. [f. 37]

No se atrevió empero el obispo a contradecir al distinguido y respetable don Martín Suárez de Toledo, cuando pidió licencia para que los padres esperasen los padres en su casa, no demasiado distante de la playa.

Llegaron también en grupo los amigos que no se habían escapado, entre ellos religiosos, para manifestar su dolor por el destierro de la Compañía, asegurando que la rabia del obispo los molestaba tanto más, cuanto había sido su gusto estar en relación con la Compañía y poder disfrutar de su amistad.

Sentían mucho que, dada el número de los enemigos, no podían defenderlos como deseaban, convencidos de que esta grave tempestad pasaría y volvería la bonanza.

Contestaron los de la Compañía que su única pena era el daño que se hacía a la causa de Cristo por culpa de quien tenía la obligación de apoyarla; por lo demás perdonarían a su verdugo y a la pobre gente ignorante y embaucada que había pecado contra ellos, por la cual sentían lástima y rogarían a la misericordia de Dios para que los iluminara. Con gusto volverían, restablecida la calma, para desempeñar otra vez sus obligaciones en esta ciudad, cuando pareciera bien a aquellos a quienes debían obedecer.

Durante estos preparativos de la partida, ya todo en el colegio se había registrado, saqueado, destruido, como se suelen manejar las cosas en una ciudad tomada por asalto.

Desaparecieron en un momento todos los ajuares de la casa y los ornamentos de la iglesia. El obispo en persona vagaba por las calles para impedir que las cosas se le escapasen de las manos, y entró en las casas de los amigos de la Compañía, husmeando los rincones, haciendo abrir las piezas y las arcas, las despensas, preguntando a las familias si habían ocultado algo perteneciente a la casa y sacristía de los jesuitas. Lo principal lo había llevado él mismo. Se portó con esta ocasión de una manera tan indigna que no tuvo reparo en agacharse para mirar si había algo debajo de las camas, llenándosele la cabeza de telarañas, de seguro, una mitra muy extraña.

Luego envió una comisión formada por alcaldes y tropas a nuestra casa de campo, para escoltar desde allí a un padre anciano y postrado y a un hermano coadjutor para juntarlos con los demás desterrados en la playa; tanta fue la crueldad que había en esta diligencia, que sacaron al pobre padre de la cama, enfermo como estaba de fiebre, le pusieron sobre una hamaca y le hicieron transportar por unos esclavos.

Al instante hicieron inventario de lo que había en la casa de campo, fingiendo un acto jurídico. En realidad no valía la pena hacer este trabajo, porque ya había desaparecido lo poco que había en los bolsillos de los bribones, llevándose cada uno la cantidad de trigo, miel, vino, etc. que querían.

Al mismo tiempo se dirigió otra parte de la tropa [f. 37v] a nuestra principal estancia con sus 5.000 cabezas de ganado vacuno, repartiéndose todo y reservando la mayor porción para el obispo. Una pequeña parte repartió entre sus secuaces con el título de limosna para los pobres, por donde se ve la gran santidad de este hombre.

Mientras tanto, se habían alistado las embarcaciones, dándosele a los padres muy pocos bastimentos; luego fueron llevados a Corrientes, a unas 60 leguas de la Asunción.

Desde allí partió el padre rector a Córdoba, para informarme todo personalmente. Los demás padres fueron invitados a hospedarse en una casa de campo distante unas seis millas de la ciudad, perteneciente al caballero don Manuel Cabral Alpoin, quien les preparó allí una capilla.

Este servicio que nos prestó este buen señor, merece nuestra eterna gratitud, porque en los ocho meses que vivieron allí los nuestros, no les faltó absolutamente nada, ni a los sanos ni a los enfermos, tanto en lo referente al sustento, como a las medicinas.

Aquel caballero nos proveyó de todo en abundancia y con regularidad bajo título de limosna. Procuramos ser útiles en este tiempo de destierro y felizmente acudió mucha gente a nuestra capilla de toda la vecindad campestre. Además iban cada semana dos padres a la cercana ciudad de Corrientes, para ayudar a confesar y desempeñar los demás ministerios de la Compañía. Pues la caridad cristiana siempre halla en qué ocuparse, aunque la encierren o la destierren.

La malicia de nuestro verdugo, no obstante, era tan grande, que no dejó de perseguirnos en la distancia. Encontró la forma de provocarnos graves daños para el porvenir, porque temía que volviéramos un día. Comenzó por destruir nuestras propiedades. Se hallaba en nuestra iglesia un retablo muy precioso, recién llegado de España; escultura muy artística y sobredorada con guirnalda repartidas a distancia por toda la mole con columnas acanaladas, con nichos para las estatuas y emblemas simbólicos que cubría toda la pared del frente hasta el cielorraso y que presentaba un hermoso golpe de vista.

Esta obra de arte junto con el sagrario, hizo el obispo trasladar a la catedral, pero maltratándolo de tal forma que en caso de devolverlo, sería imposible restituir su anterior hermosura y armonía. Los demás enseres de la iglesia y sacristía para el uso de los sacerdotes, ayudantes de misa, decoración de altares y paredes, también los llevó y desparamó. Alojó en nuestras piezas a la canalla y hez de la plebe, a viles esclavos y esclavas, donde por tantos años [f. 38] habían vivido

varones de una pureza angelical. A esta mansión de vírgenes convirtió en un prostíbulo. Mandó que se sacasen las sillas, camas, puertas, ventanas, postigos, herramientas de los talleres, dejando sólo techo y paredes, todo listo para ser incendiada la casa.

Para borrar la memoria de la Compañía y la veneración de San Francisco de Borja, transformó la elegante estatua de madera dorada de tamaño natural, que representaba a este santo, en un San Pedro; y a la estatua de San Javier transformó en un San Blas obispo, aunque San Javier nunca había aspirado tal dignidad. Pero sucedió lo curioso: que en la cabeza del ex-San Javier no cabía la mitra de San Blas, por sus cabellos tupidos, y sin más la hizo cortar, lastimando también con esto nuestros corazones.

Quiso repetidas veces transformar también la imagen de San Ignacio en otro santo, pero fracasó en su intento. No era cosa nueva este encono del obispo contra el nombre de nuestro santo patriarca. Pues, estando todavía en Corrientes, se le presentó un joven para la ordenación sacerdotal; al cual quitó el nombre de Ignacio, y le puso el de Nunius, en memoria de su abuelo.

No tuvo siquiera empacho en faltar el respeto a la reina de los cielos. Estaba su imagen en la capilla de la congregación mariana, hermosa, puesta en un altar muy elegante, la cual atraía irresistiblemente los ojos de todos hacia ella. Era de una imponente majestad y sus facciones parecían tener un reflejo de la divinidad, verdadera obra maestra de escultura pues, dirigía su mirada reverente hacia el cielo, como contemplando a su Divino Hijo, y como pidiéndole misericordia con todo su corazón en favor de sus devotos.

En realidad, muchos han sido los extraordinarios favores que han conseguido los paraguayos a los pies de esta imagen. Así es que, tanto como obra de arte, como imagen prodigiosa, esta debía contarse entre las más célebres de América.

Todos los años se la sacaba en la solemne procesión por las calles con asistencia de todas las órdenes y cofradías, llevándolas en sus andas preciosas lo más selecto de la sociedad. El obispo la sacó

sin más ceremonia, hizo ponerla sobre un carro sucio, manejándola dos esclavos sórdidos, y llevarla a la catedral. ¡Más todavía! No gustó al obispo que la Virgen estaba mirando al cielo, por lo cual mandó cortarle la cabeza e inclinarla hacia abajo. Salió un grito de indignación de los labios de la gente, y ya no se atrevió a cometer esta barbaridad. Parece que la misma Virgen no quiso dirigir su mirada hacia abajo, donde había tanta abominación.

Pero no hay que maravillarse sobre la audacia del obispo, que quería infligir a la Virgen una gran herida y deformar su soberana hermosura con una indeleble cicatriz, cuando sin escrúpulos, hizo sentir su crueldad al mismo Hijo de Dios. Se guardaba en nuestra casa una pintura, obra de arte de gran valor [f. 38v] hecha en Europa, la cual representaba a nuestro divino Salvador en el momento de aparecer a la venerable virgen María de Escobar.

Llevaba el Señor en esta ocasión la sotana, como acostumbraban llevarla los jesuitas para demostrar con este acto su amor a la Compañía y así estaba representada la imagen en cuestión. Al mirarla los de nuestra casa, se sentían animados a pagar amor con amor, y a vestirse a su vez con la librea de Cristo crucificado.

Este monumento de un singular amor, tenía cierto atractivo misterioso, ya sea por ser tan artístico, o por una especial bendición de Dios, tanto que sólo podíamos mirarlo con respeto y reverencia. Y estas delicias de nuestra casa religiosa, destruyó aquel individuo, que odiaba a la Compañía, de tal modo que cortándole la cabeza a Cristo, lo convirtió en un Divino Rostro de la Verónica, y lo demás hizo mil pedazos, para que no quedase nada; alegando por razón, que todo esto había sido una estafa de parte de la Compañía, y una arrogancia intolerable de ella, y además un abuso de cosas sagradas, poniendo a Jesucristo ropa que no le convenía.

Pero tampoco tuvo lástima de Jesucristo, cuando se le presentó en su traje ordinario, es decir clavado desnudo en la Cruz. Halló en los ornamentos sagrados de los jesuitas una cruz de plata, comprada en Europa por 90 ducados sobre la cual estaba clavado un santo Cristo de plata dorada. Lo arrancó de la cruz y lo llevó por

mucho tiempo colgado del cuello. Después de la vuelta de los jesuitas al colegio, se halló este Santo Cristo en el cofre de una india entre zapatos y otros trastos.

Había otras muchas sagradas imágenes en nuestra casa, al menos algunas de bastante valor y reverenciadas en nuestra iglesia. Se las halló después arrinconadas y olvidadas en la sacristía de la catedral.

La lámpara del santuario era muy grande y artística. La hizo pedazos, desparramándose los fragmentos, que desaparecieron en gran parte. Nuestro reloj de ruedas, colocado en la torre de la iglesia, era el único en la ciudad. Lo llevó a su gallinero, donde se perdieron diferentes ruedas y palancas.

El sagrado púlpito, los confesionarios, las gradas del altar, todo sacó a fuerzas de golpes de hacha y los pedazos se desparramaron por todas partes. Todo lo demás quedó tan maltratado, que después ya no se pudo componer.

Todo esto se me contó en Córdoba. En un primer momento quise ir al instante a la Audiencia Real de Chuquisaca en el Alto Perú, pero opinaron los padres, que era más prudente, ya que yo era débil, enfermizo y muy anciano, que se nombrara como mi apoderado a un padre más vigoroso que pudiera hacer con mayor facilidad este viaje de 400 leguas.

Envié entonces al padre Simón de Ojeda¹¹², rector de Córdoba, el cual a toda prisa fue a la Audiencia Real y dio cuenta de la elección popular del obispo para reemplazar al difunto gobernador del Paraguay, del saqueo de nuestro colegio, de la expulsión de los jesuitas, del alboroto de la plebe y de la inminente ruina del Paraguay.

¹¹² El padre Simón de Ojeda, oriundo de Montilla del Palancar, Cuenca, España, el 28.X.1589. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1609 en Castilla, España y llegó a Buenos Aires al año siguiente. Profesó su cuarto voto en la ciudad de Córdoba, actual Argentina. Desempeñó el cargo de Provincial de Chile, entre 1643 y 1649, luego fue Procurador de la Provincia del Paraguay en Europa, entre 1651 y 1658 y su Provincial entre 1658 y 1663. Tras una larga y destacada trayectoria en la Compañía, falleció a la edad avanzada de 84 años.

La Audiencia Real declaró nula la elección del obispo como gobernador del Paraguay, por ser un acto temerario, sedicioso e injusto. El presidente de la Audiencia, cuya competencia era nombrar los gobernadores interinos, [f. 39] hasta que el Rey designe al sucesor, nombró a don Sebastián de León y Zárate por gobernador interino del Paraguay, caballero distinguido por su nobleza y méritos militares. A éste le encargó por escrito, ante todo, devolver a la Compañía su colegio y demás propiedades. Se temía, no sin fundamento, que el obispo podía por sus intrigas cerrar el acceso al recién nombrado gobernador; por lo cual declararon a todos reos de lesa majestad y confiscación de todos sus bienes, a los que se atreviesen a oponerse al recién nombrado gobernador; el cual, para más seguridad, fue declarado independiente de cualquier otra autoridad.

Esta elección muy pronto fue confirmada por el virrey del Perú. Así, al fin, asomó un poco de esperanza de que se remediasen estas desgracias.

El obispo, mientras tanto, tuvo el descaro de notificar al virrey su elección popular de gobernador del Paraguay, la expulsión de los jesuitas y sus motivos, pidiendo la aprobación de todo lo hecho y el favor del Virrey.

Éste, al darse cuenta de estas noticias, estalló en cólera, sintiendo muchísimo que las cosas habían llegado a tal punto, aunque ya se había ordenado el remedio. Por lo cual, inmediatamente, dio sus órdenes al oidor de la Audiencia de Chuquisaca, don Andrés Garabito, caballero de Santiago, hombre de mucha confianza, para levantar las tropas necesarias en el Tucumán y en Buenos Aires, y recuperar la provincia del Paraguay y restablecer el orden público, ya que se se preveía la resistencia del obispo.

Pero antes que este oidor pudiera partir al Paraguay, ya había ido allá el nuevo gobernador don Sebastián de León, nombrado por el presidente de la Audiencia de Chuquisaca, el cual había aceptado esta dignidad, aunque con mucha repugnancia; pero viéndose obligado por el peligro de su patria y por la calamidad pública, hizo el sacrificio de participar en asuntos tan desagradables.

Para proceder en todo con plan y resolución, primero fue a las reducciones del Paraná, escogiendo allí para su escolta particular mil indios neófitos y desde allí marchó hacia la capital, acompañado también por algunos soldados españoles, en parte parientes y conocidos suyos, en parte fugitivos de las atrocidades cometidas en el Paraguay y proscriptos como traidores de la patria y rebelados contra el Rey y por consiguiente, privados de sus bienes.

Se juntaron con ellos los canónigos desterrados, el reverendo fray Nolasco, Provincial de los padres Mercedarios, elegido por nosotros como juez conservador en defensa de los agravios sufridos por parte del obispo y el padre Francisco Díaz Taño, Superior de todas las reducciones del Paraná y Uruguay, con otros tres de nuestros padres, los cuales, por las prescripciones legales, por mi orden y al ruego del nuevo gobernador, tenían que asistir al juez conservador en el proceso jurídico, que debía instituirse por orden del Virrey y de la Audiencia.

[f. 39v] Reunida esta tropa, marchó sin llamar la atención el gobernador, desde una distancia de 120 leguas. Faltándole sólo 9 leguas para llegar a la Asunción, avisó oficialmente a los alcaldes de su legítimo nombramiento como gobernador del Paraguay y al mismo tiempo y en privado, amonestó a algunos vecinos y en especial a uno de los alcaldes, hombre de mucho prestigio, que no ofrecieran dificultades y se sujetaran a la decisión de la Audiencia Real, cooperando en la pacífica transmisión del mando. Mientras tanto y ya en la corta distancia de dos leguas, se le entregó la contestación de los Alcaldes. En ella aparentemente le felicitaron por su nuevo cargo, prometiendo que invitarían a los habitantes a recibirlos con gran solemnidad. Pero al mismo tiempo y en unión con el obispo, estaban preparando la resistencia armada en la ciudad.

Al saber la decisión de la Audiencia, algunos habitantes y caballeros que llegaron a saludarlo, avisaron en secreto que la ciudad se estaba poniendo en pie de guerra.

Estaba perplejo el gobernador y no sabía si iba a una batalla o una fiesta. Para prevenirse de cualquier trance, cubrió su traje lujoso con la coraza y mandó a sus españoles y a los indios neófitos alistarse para un ataque inesperado.

Llegó así a la vista de la ciudad, cuando de repente notó que se le acercaban un escuadrón de caballería y unas compañías de infantería, en formación militar. Evidentemente, parecían más un enemigo que va al ataque, que pacíficos habitantes que se acercan a recibirlo con júbilo.

Él también había puesto su tropa en línea de batalla. Pero intentó todavía, convencerlos de sus legítimos títulos, remitiéndoles una declaración, a fin de persuadirlos a que le recibiesen de buena manera como su gobernador.

Pero como el obispo les había inculcado que no se dejasen doblegar, se negaron decididamente a reconocer al gobernador; entonces este último mandó al pregonero avanzar hasta un punto desde donde podía ser oído por ambas partes e hizo leerles los documentos jurídicos de su nombramiento de gobernador por encargo de la Audiencia Real.

Apenas había terminado la lectura, cuando comenzó de la parte contraria un nutrido fuego de fusilería general, matando a un soldado del gobernador, traspasando las balas la ropa de éste. Envolvió enseguida su izquierda con el manto militar y levantó en alto con la derecha la espada desenvainada, exclamando: comencemos la batalla; dio espuelas a su caballo y las órdenes del caso. Sonó la trompeta, se levantó el grito de batalla y el gobernador adelante, corrieron a la carga, cayendo sobre los obstinados asuncenos una lluvia de balas y flechas.

Puso más resistencia el ala izquierda, por lo cual se juntaron otra vez las tropas leales, para arremeter de nuevo por allá. Pero ya se habían disuelto las líneas, no queriendo esperar el ataque. Desde este momento comenzó la gran carnicería con las espadas y mazas

de los soldados, salvándose como podían los paraguayos, a toda prisa, escondiéndose en sus cercanas casas.

Fue una suerte para ellos que la ciudad estuviera cerca; de otra manera no hubieran escapado de la indignación de la tropa del gobernador. De estos sediciosos cayeron unos veinte españoles y una porción de indios, muertos en la batalla y durante su fuga, a manos de las tropas leales, mientras estas contaban sólo pocos heridos, y dos muertos. Así Dios hizo justicia

[f. 40] Durante la batalla iba el obispo con traje profano, con la espada al costado y la lanza enristrada, en señal de su dignidad, con un collar y amito. No teniendo vergüenza por su avanzada edad, impartió órdenes en la plaza mayor y para inflingirnos un último daño, mandó incendiar el colegio y la iglesia de la Compañía.

Él mismo atizó el fuego e impidió a las personas piadosas apagarlo. Él mismo hizo socavar la torre, para que cayendo, aplastase la iglesia y se hiciese una doble ruina. Ya estaba preparando el triunfo de su maldad, porque no dudaba que bajo su dirección todo iría bien. Y con una gran insolencia y confianza hizo colocar su solio pontificio a la entrada de la catedral además de sillas para sus secuaces, adornadas con colgaduras, para que descansan allí los vencedores, como decía y para que condenase allí a los vencidos.

De repente vio la huida desesperada de los suyos y tras ellos a las tropas leales vencedoras y comprendió que todo estaba perdido. Se refugió en la catedral, se encerró allí con una multitud de gente indefensa y con la turba de sus clérigos y religiosos.

Entró el gobernador triunfalmente en la ciudad, ocupó militarmente la plaza mayor, hizo dar la señal del fin de la batalla y ordenó el retiro de la gente indefensa de la catedral a sus casas. Después, por indicación del juez conservador, hizo custodiar por centinelas todas las puertas de la catedral, para que no hubiese desorden, ni escapase el obispo.

Luego de estas primeras diligencias, él y su tropa se apresuraron a apagar el incendio de nuestra iglesia y colegio. Estaba

ardiendo en más de veinte puntos, pero por el favor de Dios el fuego no avanzó todo lo que deseaba el obispo en su furor. Sucedió lo curioso, que habiendo mandado, por la lentitud del fuego derribar la torre contigua, para que con su caída hiciese pedazos la iglesia, el plan no tuvo efecto. Esta torre estaba erigida sobre ocho columnas de madera, a las que hizo cortar por abajo. Siete de ellas ya estaban colgando en el aire, o más bien estaban suspensas en la mole, sobrepuesta. La octava columna estaba también cortada, pero se mantuvo en pie, inclinándose sólo dos varas, con la mole encima, hacia la iglesia. Con la torre en este estado, en vano se empeñó el obispo en hacerla caer sobre la iglesia, empujándola, y tirándola con sogas; atribuyendo este suceso a hechicería, cuando el único autor era la mano de Dios.

Dos días enteros quedó la torre en esta posición sin moverse, hasta que la inclinaron sin mayor trabajo al lado opuesto, por lo cual cayó al patio del colegio sin hacer daño. Así se salvó, Dios mediante, la iglesia del incendio y de la ruina.

[f. 40v] Por otra parte, la mitad de la capilla doméstica se quemó, como también el lienzo de edificio que contenía los talleres y una parte de nuestros aposentos. La iglesia y el resto de la casa, contruidos y arreglados poco a poco en los tiempos pasados, habían sido tan deteriorados en estos pocos meses, que estaba perdido el trabajo de 50 años de edificarlo.

Dominado el incendio, promulgó las censuras eclesiásticas el reverendísimo juez conservador, en las cuales había incurrido el obispo y todos sus cómplices inmediatos en la expulsión de la Compañía, en el saqueo e incendio del colegio, declarándolos excomulgados vitandos por los fieles, haciendo fijar sus nombres en las puertas de todas las iglesias.

Después mandó al obispo retirarse a una casa privada y comenzó el interrogatorio de los testigos y el informe jurídico, proponiendo el resultado al obispo, para que se justificase si podía, contestando párrafo por párrafo, y si no podía, habría de quedar convicto irrevocablemente.

Alegó aquel que se hallaba indefenso y abandonado, pero no se justificó de la acusación de haber arruinado a la Compañía alevosamente; por consiguiente le condenó el juez conservador, obligándolo a restituir los bienes de la Compañía, y a retractarse de las calumnias levantadas contra ella. Se negó hacer ambas cosas. Entonces hubo que remitirle, como era orden, a la Audiencia Real y al Virrey, para ser juzgados en aquellos tribunales. Y así, atormentado por su mala conciencia, envuelto en los mil enredos de sus maldades y cargando con las censuras eclesiásticas, se embarcó con cuatro familiares, siendo deportado fuera de la provincia.

Mandó enseguida el mismo juez conservador, bajo pena de excomunión, devolver todos los enseres y bienes pertenecientes a los jesuitas, allanándose con este objeto las casas. Se halló más de lo que se esperaba, pero los objetos preciosos y delicados habían sido muy estropeados. Pues es fácil destruir en breve lo que en mucho tiempo se ha levantado o adquirido.

Los cuatro mencionados padres de la Compañía, que como dijimos, habían venido a la Asunción, juntamente con el gobernador, vivían en casas particulares y no hacían diligencia alguna para restaurar el colegio y trasladarse allá. Por lo cual corrió la voz de que la Compañía ya no volvería.

Sentían mucho esta resolución, en especial aquellos que precisamente por su amistad con los jesuitas habían sufrido no menores perjuicios. Por lo tanto se juntaron el gobernador, alcaldes y regidores, y algunos dignatarios eclesiásticos, y resolvieron dirigirme una solicitud, suplicándome encarecidamente que no abandonásemos esta ciudad, relacionada por tantos años con la Compañía, que tomásemos en cuenta las decisiones del Rey, el cual había autorizado la erección del colegio y los deseos del virrey y la Audiencia Real, quienes habían ordenado la vuelta de la Compañía. Que tuviéramos lástima de tantos españoles, indios y morenos, que esperaban hallar luz y consuelo de parte de su amada Compañía; que no hiciésemos sufrir a la gente honrada y siempre fiel a la Compañía, por lo que había faltado la

gente ignorante, seducidos por unos pocos bribones y manejada por la malicia ajena.

[f. 41] Vinieron también cartas de parte de personas particulares, que coincidían con las mismas ideas. Así, me resolví a ordenar que el padre rector del Paraguay, junto con la comunidad, volvieran a Asunción.

Al acercarse ellos a la ciudad, a una distancia de ocho leguas, les vinieron al encuentro Pedro Gamarra y Mendoza, el ayudante del gobernador, para saludarlos y darles la bienvenida en nombre de la autoridad civil, y de parte de la autoridad eclesiástica vino el canónigo Diego Ponce de León, Vicario General, y otros muchos caballeros y clérigos respetables y los acompañaron a las orillas del río Paraguay, para que se embarcasen e hiciesen el último trecho por agua, donde fueron recibidos con el estallido de petardos y al son de música, sirviéndoseles un buen refresco. Allí entregaron al padre rector una honorífica carta del gobernador, a la cual me parece conveniente transcribir, mientras que ellos seguían adelante en su viaje.

[“]Muy Reverendo en Cristo padre Laureano Sobrino. Ha hecho un incalculable beneficio el muy reverendo padre Juan Bautista Ferrufino, tanto a esta ciudad, como a toda la provincia, y nos ha llenado de un indecible consuelo, por devolvernos al fin a V. R. y a los demás de la Compañía. Dios os bendiga.

Corre en cierto modo por cuenta de la Compañía que se ha saqueado vuestra iglesia, quemando la capilla, reducido a ceniza vuestra casa, y robada vuestra propiedad, pues sino os hubiesen distinguido por tan preclara santidad, no se le hubiera ocurrido al demonio y a sus secuaces, haceros tan grande perjuicio.

Toda esta desgracia es señal de la envidia del demonio por vuestros méritos. Yo de mi parte, os doy la bienvenida, y os envío mis abrazos, persuadido de que con vosotros vuelvan al Paraguay la religión y justicia, que habían desaparecido.

Se apresuran lo más granado de ambas autoridades, para haceros acá en mi nombre y en el de toda la ciudad, [el debido

recibimiento] mientras yo voy a preparar vuestro triunfal regreso, quedando nosotros sin embargo cortos en honrar a vosotros en proporción a vuestros méritos. ¡Alegraos, Padres, de que vuestra expulsión, el despojo de vuestros bienes, el incendio de vuestra casa, y los demás agravios, han sido la piedra de toque de la solidez de vuestra santidad! ¡Volved a ocuparos de nosotros, reasumid la hoz de vuestra cosecha, que el obispo impidió recolectar!

La perversidad de vuestro contrario realzó la gloria de vuestra santidad. ¡Que Dios perdone a aquel! Y a vosotros conserve por muchos años.

Asunción, 10 de diciembre de 1649. [”]

Añadió otra carta con carácter privado, que nos hizo entregar por manos de su hijito, el cual llevaba por manda la sotana acostumbrada de la Compañía, para dar una señal más de su cariño. Dice así:

[“]Mi niño Diegucito se presenta a vuestra paternidad muy reverenda y a los demás padres, seguro de vuestro favor y benevolencia. Recibiréis, por cierto, con cariño, al muy amado representante mío. ¡Apresurad los pasos, Padres míos! Ya os esperan en la playa la efigie de la Santísima Virgen, y las imágenes de San Miguel y de San Ignacio, para ser devueltos, juntamente con vosotros al lugar que les corresponde y de donde han sido expulsados junto con vosotros.

[f. 41v] No era posible devolver en tan corto tiempo a la iglesia y al colegio su antiguo esplendor, pero esperamos que pronto lo destruido y quemado será reparado *Ad Mayorem Dei Gloriam* Para todo esto y lo demás, por de pronto, ofrezco mis servicios personales y los alcances de mi cargo.

Saluda y se encomienda
Sebastián de León y Zárate [”].

Era verdad lo que indicaba esta carta, pues, al llegar la comitiva de los padres a la vista de la ciudad, se notó que el gobernador, en la plaza más próxima al puerto, había organizado una parada militar terrestre, mientras su ayudante encabezaba otra fluvial, consistente en una flotilla de embarcaciones, engalanadas y adornadas con gallardetes.

Desembarcaron los padres entre salvas de honor, aplausos y vítores, recibidos entre los abrazos y apretones de nuestros amigos. El primero que fue al encuentro era el señor gobernador; siguieron los dos alcaldes, los caballeros más distinguidos de la ciudad, acercándose también en tropel la demás población para saludarlos.

Se dirigió el cortejo triunfal a la catedral, donde esperaban los canónigos revestidos con sus roquetes, lo más selecto de los sacerdotes y otros muchos. Y con acompañamiento de la música, cantaron todos con entusiasmo el himno de acción de gracias *Te Deum laudamos*.

Después de las oraciones de estilo se organizó la procesión solemne por las calles de la ciudad. Última en salir de la catedral fue la célebre estatua de la Virgen Santísima, en andas preciosas, llevadas por nobles caballeros. La siguió el gobernador y toda la tropa formada y el resto de la concurrencia.

Muchos estaban derrochando alegría y parecía que toda la ciudad se estaba despertando de un gran sueño. Pues así entraron en triunfo los padres y la estatua de la Virgen en la iglesia de la Compañía, para que viese todo el mundo que andaba unida la causa de la Compañía y la de la Reina del cielo.

Al haber llegado la Virgen a su altar y los padres a su hogar, se comenzó una misa solemne, cantada con asistencia de ambas primeras autoridades. Coincidió este día con las vísperas de la fiesta de la circuncisión del Señor, día primero de enero y así se cantaron en la tarde solemnes vísperas.¹¹³

El mismo día de la circuncisión cantaron las primeras dignidades del cabildo eclesiástico la misa, con gran curso de gente.

¹¹³ Nota marginal: Fiesta titular de la Compañía. Era el 1 de enero de 1650.

Para hacernos un nuevo homenaje y darnos más seguridad de la estabilidad de nuestros asuntos, se eligieron por alcaldes y regidores a caballeros muy adictos a la Compañía, los cuales habían comprobado su afecto, ya por ser desterrados por nuestra causa, o por haber contribuido con sus bienes a nuestro establecimiento.

Claro está que todas estas manifestaciones de afecto eran de gran satisfacción para nuestros padres, pero aún mayor consuelo les causó el gran número de gente que se acercó a los santos sacramentos y todos lloraron de alegría por recibirlos al fin en nuestra iglesia y que podían por este acto, como decían, hacer un desagravio por las sacrílegas profanaciones, perpetradas en el mismo recinto. Pues, ambas iglesias, la nuestra y la catedral, se habían contaminado tan horriblemente por aquellos insolentes salteadores, que necesitaban la reconciliación canónica antes de que llegásemos nosotros.

En adelante parecía la ciudad haber cambiado su aspecto: a la insolencia le siguió la compostura de costumbres, los actos de culto, y comenzaron a funcionar otra vez las congregaciones marianas de españoles, indios, morenos y niños; [f. 42] haciéndose en ellas las elecciones acostumbradas del magistrado de cada una de ellas.

Hubo otra vez buena asistencia en los sermones y catecismos y se abrieron de nuevo las escuelas con matrículas tan elevadas, como en los primeros años de su fundación. En una palabra, buscaban los habitantes de esta ciudad darnos satisfacción por lo pasado, queriendo convencernos de que el obispo había tenido la culpa de todo, y que el alboroto era un acto de ignorancia ciega.

Yo de mi parte opino que los frutos espirituales, que se recogerán en esta ciudad, serán tanto más abundantes y deliciosos, cuanto más grande ha sido el temporal pasado; así como se ve en la naturaleza que la siembra se arraiga más por el cierzo, y el árbol por el huracán.

Así las cosas grandes se solidifican más por la adversidad. Sin embargo, no se puede negar que una buena parte de la gente quedó alejada de la Compañía, por vergüenza de lo que habían hecho

o trastornados por el obispo. Esperamos, empero, que se conviertan por medio de nuestra solicitud y a consecuencia del remordimiento de su conciencia. Procuramos ganar su voluntad con favores, aunque nos hayan hecho tanto mal, devolviendo así bien por mal. Esta será nuestra mejor recompensa.

Misión de los itatines

Otra horrible desgracia queda por referir: la destrucción de las reducciones del Itatín. La provincia del Itatín está situada casi en el centro de la América Meridional, entre el Perú y el Paraguay, a dos grados de latitud.

Hace 20 años no había ninguna reducción de indios allí, éstos vivían desparramados por las selvas en pequeñas aldeas, como ha sido también antiguamente en el Paraguay. Sólo después de la destrucción de la misión del Guayrá pensaba la Compañía en extender hacia allá el reino de Dios, y así recompensar de este modo la gran pérdida de reducciones sufridas en el Guayrá. Y así se fundó aquella misión.

En el año 1630 se encaminaron hacia allá tres padres, armados con sólo la cruz y lograron pronto poner los cimientos de cuatro reducciones. Dos de ellas han sido destruidas por los mamelucos, antes de acabar su organización. Los restantes indios fueron retirados a lugares más seguros y comenzaron a prosperar con creciente felicidad.

Uno de estos pueblos se llamaba de la Virgen de Fe, o con su nombre vulgar: Taré; el otro era dedicado a San Ignacio, y en los dos se han bautizado hasta ahora más de 10.000 almas. Yo dudo mucho de que en otras partes de América se haya trabajado y sufrido más en domar y domesticar a esta pobre gente.

El fundador de esta misión, el padre Jacobo Rançoniere, varón apostólico, muy semejante al padre Barceo¹¹⁴ de santa memoria, el

¹¹⁴ Probablemente alude al padre Alonso de Barzana.

cual se vio obligado, en la hora de la muerte, a pedir perdón a su cuerpo por haberlo maltratado tanto.

Ha sido su compañero, el padre Nicolás Henard, antes de entrar en la Compañía paje de Carlos de Lorena (el cual se ha hecho también jesuita).¹¹⁵ El padre Henard se encontró un día, después de la muerte de su hermano en religión, completamente sólo y abandonado en aquel desierto, gravemente enfermo. Un pobre indio le tuvo lástima, y para calmar el apetito del enfermo con un buen bocado le ofreció un pedazo de víbora asada en el fuego.

Ya hablé de la vida y muerte del padre Cristóbal Arenas. Otro santo misionero ha sido el padre Domingo de Muñoz¹¹⁶. Este tuvo la dicha de morir tan pobre y abandonado en esta misión como antiguamente San Francisco Javier; así como él y su compañero en vida han sido imitadores de San Javier.

[f. 42v] Al fin, hace cuatro años que han regado con su sangre la tierra de los itatines el venerable padre Pedro Romero y el hermano coadjutor Mateo Fernández, muertos por los bárbaros y en odio a la fe.¹¹⁷

Bajo el cuidado de estos varones ilustres prosperó la misión de los itatines, y les sucedieron en el mismo campo de actividad otros

¹¹⁵ El padre Diego Ransonier nació en Toul, Francia, en 1596; ingresó a la Compañía de Jesús en 1617 y llegó a Buenos Aires en 1628; hizo sus votos en 1636 y falleció entre los itatines el 18.II.1638. A su vez, el padre Nicolás Henard había nacido en Borgoña, Francia, en 1600 e ingresado a la Compañía en 1619, en la provincia Flandro Belga. Llegó a Buenos Aires en 1628 y fue destinado a las misiones de itatines, donde falleció en el pueblo de San Ignacio el 7.X.1636. Su nombre castellanizado era Diego Ferrer

¹¹⁶ El nombre del padre Domingo Muñoz era Domingo de Muñoa. Nació en Vidania, Guipúzcoa, España, el 12.III.1604 e ingresó en la Compañía de Jesús a los 20 años de edad en Andalucía. Llegó a Buenos Aires en 1628 y recibió su cuarto voto en San Ignacio itatines, Paraguay, en 1645. Murió en este mismo lugar el 11.VIII.1648.

¹¹⁷ El padre Pedro Romero nació en Sevilla, España, en 1585. Ingresó en la Compañía en 1607, en el Paraguay; se ordenó sacerdote en Santiago del Estero en 1611. Profesó sus votos en Encarnación. Fue Superior de Misiones entre 1631-1636. Falleció asesinado en el Itatín el 22.III.1645.

varones no indignos de semejantes antecesores, consiguiendo que estas dos reducciones llegaran a su florecimiento. Y ya pensaban en dilatar el radio de la misión, pues que habían sido invitados a ello por las naciones circunvecinas. Sólo esperaban un nuevo contingente de operarios evangélicos de Europa. Pero frustró su esperanza la astucia del demonio, el cual logró destruir todo lo conseguido hasta ahora en la misión después de tantos trabajos y sudores, convirtiendo el maligno este campo fertilísimo regado con sangre, en un feo y estéril muladar. Sucedió esto del modo siguiente.

En el año de 1647, el 13 de septiembre, asaltaron los mamelucos inesperadamente el pueblo de Nuestra Señora de Fe (que tiene su nombre de un santuario cerca de Lieja), a 100 leguas de la Asunción, pero no lograron gran éxito por la ausencia de sus habitantes, a la sazón desparramados por la campiña; sólo pudieron llevar al cautiverio a 200 de ellos.

Pudieron librarlos otra vez los habitantes unidos del pueblo; los cuales siguieron y vencieron a los mamelucos. Cayeron en cuenta los misioneros y neófitos que este pueblo estaba demasiado expuesto a las invasiones y que convenía retirarlo de allí. Así resolvieron reunir ambos pueblos que antes estaban distantes el uno del otro unas 40 leguas, para poder protegerse mutuamente.

Para facilitar la trasmigración y procurarse el necesario sustento para este viaje por los desiertos, lo primero que procuraron fue hacer siembras en la mitad del camino. Los llevó allá el padre Cristóbal Arenas, animándolos al trabajo, cuando de repente, el primero de noviembre de 1648 asaltó una tropa de mamelucos a los descuidados y los llevó prisioneros, encerrando al padre Cristóbal, para que no estorbase, con centinela de cuatro forajidos.

Sufrió el pobre padre tanta penuria en su rancho de paja, que tuvo que alimentarse con los granos que llevaban de paso las hormigas. Por el mismo tiempo había enviado el Virrey del Perú al Paraguay, distante como a 1.000 leguas, armas de fuego y otros pertrechos de guerra, para que nuestros neófitos pudieran defender contra los

salteadores. Pero por consejo del famoso obispo del Paraguay, se negó obstinadamente el gobernador Diego de Escobar a entregarlos al padre Justo Mansilla, Superior de la misión de los itatines.

Apenas había vuelto el padre Mansilla a su misión, cuando le llegó la noticia de la invasión de los mamelucos, de la prisión del padre Arenas, del cautiverio de los indios del pueblo de Nuestra Señora de Fe y del peligro en que se hallaba el resto de aquella provincia.

Tomando por compañero al padre [f. 43] Alonso Arias¹¹⁸, el cual había preparado ya el sitio del futuro pueblo cerca de de San Ignacio, se apresuró a atacar con sus voluntarios de San Ignacio el campamento de los salteadores.

Tuvieron éxito los ignacianos, pudiendo librar al padre Cristóbal de la cárcel, y también asaltaron con denuedo el campamento para librar a los neófitos. Resistieron los mamelucos, superiores en armas y número y los rechazaron con grandes pérdidas.

Sucedió en esta ocasión que provocaron los ladrones un grave daño a la Compañía matando a tiros al padre Alonso Arias, mientras estaba confesando a los heridos durante la retirada, dando como buen pastor la vida por su rebaño. Muerto el padre, se pusieron más furiosos los mamelucos como ebrios por la sangre vertida, tomaron presos a cuantos alcanzaron y con sus numerosas víctimas, se dispusieron a volver a su casa.

Los padres, empero, se esforzaron en recoger a los fugitivos y enviarlos a marcha forzada al pueblo de San Ignacio, donde se meditaría que hacer, en semejantes circunstancias. Pero, una vez allí, se alborotaron todos por la cercanía de los salteadores, pensando en salvarse por la fuga, ya que no tenían armas competentes, ni ánimo

¹¹⁸ El padre Alonso Arias, nacido en Jaraicejo, Cáceres, España, ingresó en la Compañía de Jesús en Castilla el 7.IV.1629. Recibió sus primeros votos dos años después. Llegó a Buenos Aires el 20.XII.1636 e hizo su voto de coadjutor en San Ignacio, Misiones, Paraguay, en 1646. No alcanzó a pronunciar nuevos votos debido a que encontró la muerte en la misión de los itatines, Paraguay, el 7.XI.1648. Del padre Mansilla, ya se ha dado noticia en la carta anua anterior.

después de la primera derrota sufrida y de la muerte de uno de los misioneros.

Por lo tanto, para evitar la suerte que corrieron los de Nuestra Señora de Fe, abandonaron su pueblo y se retiraron con sus misioneros de dicho lugar, distante 60 leguas de la Asunción a un lugar más cercano, llevándose todos los objetos sagrados y profanos que pudieron llevar.

Durante esta retirada avisó por carta el padre Justo Mansilla al gobernador del Paraguay don Diego Escobar Osorio del cautiverio de los indios de la reducción de Nuestra Señora de la Fe, de la muerte del padre Alonso, de la fuga de los de San Ignacio y del peligro inminente en que se hallaba toda la provincia, suplicándole se dignase proteger a los misioneros y a sus neófitos contra los enemigos, ayudarlos a recoger los indios dispersos por miedo de los salteadores e indicarles el lugar donde estos pobres pudiesen avecindarse.

Para esperar la contestación, se establecieron interinamente en las riberas del río Ipané, en la cercanía de los pueblos de otros indios, regenteados espiritualmente por clérigos seculares. Había dado cuenta de todo el padre Mansilla, también al padre rector del colegio del Paraguay, el cual se presentó al gobernador y con el dolor en su alma por la desgracia, y temiendo aún mayores, rogó al gobernador que no perdiese tiempo en tomar las providencias del caso, porque todavía no estaba todo perdido.

Esto exigiría el bien de la patria y la lástima de tanta gente pobre y miserable. De pronto bastaría que el gobernador autorizase la transmigración. [f. 43v] El padre rector se comprometería a que el colegio pagase los gastos de la transmigración y de la instalación de la reducción en su sitio asignado.

Pero al gobernador no le importaba la salud de su provincia. Estaba demasiado fascinado por las intrigas del obispo Bernardino de Cárdenas y tan intimidado por el mismo, que consintió en la idea del obispo de aprovecharse de esta ocasión para quitar a la Compañía el cuidado de los indios itatines.

Y con este objeto despachó una compañía de soldados españoles, con el pretexto de socorro militar, pero que en realidad pretendía llevar a aquellos pobres a una nueva y mayor calamidad; es decir apartarlos de los jesuitas, y en caso de resistencia, con el uso de la fuerza armada.

Acompañó a los soldados un clérigo, enviado por el obispo con título de visitador, el cual, al llegar al río Ipané, entró de repente en la aldea de los padres, escoltado militarmente y mandó en presencia de ellos que el notario leyese el decreto del obispo, por el cual eran declarados los padres incurso en la pena de suspensión y prohibición de administrar sacramentos, por los mismos crímenes que se les atribuía a los jesuitas del Paraguay.

Después mandó personalmente, como visitador, en nombre del obispo, que los padres se retirasen de la misión de los itatines y que abandonasen esta tierra en término de dos días.

Protestó el padre Justo Mansilla, Superior de la misión y egregio cooperador de su fundación, pidiendo que se le entregase el decreto del obispo, para contestarle jurídicamente en lo tocante a las injurias proferidas en él contra la Compañía. Nada consiguió, diciéndole el visitador, que le daría una copia del decreto, pero no sacarían nada con eso, porque en todo caso tenían que marcharse los jesuitas cuanto antes.

Presentó el padre Justo al capitán de la tropa la cédula real, por la cual se mandaba proteger a los jesuitas en su misión de itatines, rogándole que no se hiciese responsable de la opresión de unos sujetos apoyados por la autoridad real, vejando injustamente a los misioneros.

Se excusó aquel con las órdenes terminantes de sus superiores. Viendo los padres que la tropa se alistaba para proceder por la fuerza, y que no se sacaría nada con más resistencia, ya que al contrario, se podía agravar la situación, comenzaron a despedirse de los indios, de sus amados hijos espirituales. Éstos contemplaban esta escena nunca vista, sin comprender su alcance, embotados ya por tan larga serie de infortunios.

Al retirarse sus misioneros, el padre Justo Mansilla les dijo en nombre propio y de sus hermanos en religión: no nos vamos por miedo a la muerte, hijos míos, ni por estar cansados de los trabajos y sufrimientos. No nos apartamos por propia iniciativa de vosotros, hijos nuestros en el Señor, pues sabéis que hasta ahora no hemos ahorrado ni sudor ni sangre, para procurar vuestro bienestar espiritual y material.

Prueba es la sangre del padre Alonso, recientemente vertida, y el padre Cristóbal de Arenas, casi consumido de dolor y angustia en la cárcel. Os demuestra el amor de la Compañía hacia vosotros, la muerte del padre Pedro Romero y compañero, martirizados hace poco, por vuestros paisanos; las indecibles privaciones de los padres Rançoniere, Henard y Muñoz, sobrellevadas hasta más no poder, sólo con el fin de atraer a vosotros a la civilización y a la fe. Nosotros aquí tenemos los mismos nobles sentimientos, [f. 44] y nuestro único deseo es dar nuestra vida y sangre por vuestra salud.

¡Pero mirad! Nos echan por fuerza, nos arrancan con violencia de vosotros. Sin embargo, no temáis, hijos, no arrancaran de nuestro corazón el cariño para con vosotros; y si estamos lejos, no os amaremos menos; así que pasada la tormenta, volveremos con gusto, para prestaros en cualquier parte los servicios de antes.

Ahora tenemos que declinar ante la tempestad, para que ella no nos arruine a todos juntos. Cuando vuelva la calma y la serenidad, de seguro nuestros superiores nos enviarán a vosotros y quedaremos para sufrir juntamente con vosotros hambre, sed y la misma muerte y soportaremos la misma esclavitud, para aliviar la vuestra. Un abrazo para todos.

No pudo más el padre, ni le dejaron hablar más, porque ahogaron su voz el dolor, las lágrimas y los lamentos de sus compañeros y de los pobres indios. Es incapaz la pluma de describir lo doloroso de esta despedida.

Apartados los padres de sus hijos, se establecieron en el colegio de la Asunción, hasta que fueron expulsados de allí con mayor afrenta aún como ya hemos dicho.

Celebró el obispo del Paraguay este acto como un glorioso triunfo de sus aspiraciones; entregando la misión a sus clérigos, con todo su rico inventario de ornamentos sagrados, regalados por los padres rectores del colegio de la Asunción.

Así traspasaron estos indios itatines del seno de su madre, la Compañía, al poder de la madrastra, la clerecía seglar, con el resultado de que los indios, después de cambiadas las cosas, nos amasen más.

Al saber tales cosas el marqués de Mancera, Virrey del Perú, mandó estrictamente que se devolviera la dicha misión a la Compañía. Por lo tanto, después de la vuelta de los padres al colegio de la Asunción, me escribió el nuevo gobernador del Paraguay, por encargo del Virrey, suplicándome encarecidamente que yo hiciese volver a los misioneros a su antigua misión de los itatines, prometiendo al efecto todo su apoyo.

Yo de mi parte tuve gran lástima de estos nuestros hijitos en Jesucristo, los cuales, por miedo de los curas seculares, casi todos se habían escapado de la reducción y vuelto a sus antiguos escondrijos en las selvas; acordándome también de tanta sangre nuestra derramada por ellos y de tantos trabajos y sufrimientos en reducirlos. Así envié al Padre Justo Mansilla y al Padre Bernabé Bonilla¹¹⁹ ya que los demás antiguos misioneros estaban muertos o completamente inutilizados, para que recogiesen otra vez a los indios dispersos y los reuniesen, con no menor trabajo que antes, en una reducción. Al llegar estos misioneros a la Asunción, les recibió con cariño el gobernador, y los hizo devolver jurídicamente a su amada misión. Y para que no hubiera más estorbo, hizo la curia eclesiástica salir de allí a los clérigos, puestos por el que fue obispo del Paraguay, ya que habían ocupado su puesto erróneamente.

¹¹⁹ El padre Bernabé Bonilla nació en Baeza, Jaén, España, el 11.VI.1611. Ingresó en la Compañía de Jesús en Andalucía en 1627 e hizo sus primeros votos, dos años después, en Sevilla, España. Tras su llegada a Buenos Aires en 1636, recibió su cuarto voto en San Ignacio de itatines, el 27.I.1647. Falleció en edad avanzada en 1681, a los 70 años, en la ciudad de Córdoba.

[f. 44v] Me escribió hace poco desde aquella misión, el padre Justo Mansilla, refiriéndome su recibimiento por parte de los indios. Aquellos pobres, con inmenso regocijo fueron al encuentro por espacio de ocho leguas. Faltaron todavía muchos, pero tan pronto llegue a sus apartados escondrijos la noticia de la vuelta de los padres, no quedará nadie atrás.

Añadió el padre en esta carta que era indecible el daño causado a los pobres indios por los curas clérigos. Pero, por el favor de Dios, no hay mal que por bien no venga y contribuirá todo esto para encender más todavía el mutuo amor entre la Compañía y sus indios convertidos. Mientras tanto estoy muy atareado para procurarles viviendas y sustento, pero en lugares más tranquilos y seguros de las invasiones de los salteadores a donde trasladarán estas 800 familias que se están reuniendo.

Ahora, para concluir, voy a referir a la biografía del Padre Alonso Arias, recientemente asesinado en 1648.

Nació el 7 de noviembre de 1601 en Cariceto de Extremadura y murió a los 47 años de edad y 20 de Compañía, siendo coadjutor espiritual formado. Entregó su vida como buen pastor por su rebaño.

Había estudiado en Salamanca filosofía y jurisprudencia y apenas entrando en la Compañía, había ganado la confianza de sus superiores, que le encargaron, antes de terminar su noviciado, una clase de humanidades en el colegio de Burgos.

En este empleo le vino la vocación a las misiones de los indios y fue admitido por mí, cuando estuve de Procurador del Paraguay en Europa. Al llegar acá, pasando por Lisboa, y siendo ya sacerdote, se ocupó de los soldados del presidio y de la tripulación de las galeras.

Con ocasión de pasar el invierno en el Brasil, acompañó al padre Juan Almeida, en su gira misional por las aldeas de los indios cristianos. Su modo de predicar no era rebuscado ni artificioso, sino muy práctico y popular y aunque no era celebrado por la concurrencia como gran orador, sin embargo impresionaba mucho la santidad de su vida.

Llegado al Paraguay obtuvo, después de mucho ruegos, que los superiores le dispensasen de continuar sus estudios y le enviasen a las misiones de los indios. Comenzó su carrera de misionero en la sierra del Tape, donde se perfeccionó en el conocimiento de la lengua guaraní y donde pronto pudo adoctrinar a los indios. Devastada aquella región por los forajidos mamelucos, tuvo que soportar inmensos e indecibles trabajos para trasladar a los neófitos a lugares seguros.

Fue después enviado a la reducción de Nuestra Señora de Fe en la misión de los itatines, cuyos habitantes en su mayoría todavía eran catecúmenos, donde no ahorró trabajo para civilizar a esta gente e instruirlos en la religión.

Logró al fin convertir a todos estos indios en buenos cristianos y supo infiltrar en estos, sus hijos muy amados, tanta afición a la frecuencia de los sacramentos, que podían competir en las prácticas religiosas con cristianos antiguos, introduciendo entre aquellas congregaciones marianas la costumbre de rezar cada día el santo Rosario en la iglesia y cantar las letanías de la Virgen de Loreto, con otras prácticas más.

[f. 45] Y con ellos alcanzó al mismo tiempo, que sus antiguas prácticas supersticiosas fuesen desapareciendo por completo. Estaba tan inflamado de celo apostólico que le era intolerable ver a tantas provincias y naciones de indios privados de misiones.

Este era el motivo por el cual se empeñó en aprender el idioma de los guatos, muy diferente a la lengua guaraní, y fomentaba la esperanza de poder un día misionar allí, no muy lejos del Itatín y formar reducción entre aquella gente, donde pudiera atenderlos en todo con mayor comodidad.

Dios dispuso las cosas de otra manera: permitió el asesinato de este padre y la destrucción de la misión del Itatín y sobrevino además una gran mengua de misioneros, después de la muerte de tantos de ellos.

La fuente oculta de su fervor tan grande era su predilección por contemplar cada día los misterios de la sagrada Pasión de Cristo,

lo cual le animó a emprender empresas tan arduas y sufrir con paciencia toda clase de privaciones. Añadió a la oración la mortificación por el frecuente uso de la penitencia corporal.

Era tan amante de la pobreza que no quiso guardar en persona la provisión de regalillos, con los cuales se suele agasajar a los indios, sino exigió que se depositasen en el aposento del superior.

De este modo estaba visto y preparado para subir a la cumbre de la gloria, donde el Señor le habría recibido con cariño pues, este mismo Supremo Pontífice había dicho: No hay caridad más grande que la de aquel que da la vida por sus amigos; y el buen Pastor da su vida por su rebaño.

Es un hecho que fue muerto por los mamelucos porque odiaban en él su gran amor a los neófitos, a los cuales quiso librar del cautiverio.

Aquí tiene Vuestra Paternidad los más recientes frutos recogidos en la provincia del Paraguay. Aquí presento a Vuestra Paternidad una larga lista de tribulaciones, de martirios sangrientos, encarcelamientos, destierros, secuestro de bienes, injurias, golpes, epidemias; en suma, toda clase de sacrificios que puede desearse un corazón apostólico y que estoy seguro de que V. P. no despreciará por esto a nuestra provincia afligida, sino que, al contrario, la apreciará más, cuanto es ella perseguida por otros.

Secará vuestra Paternidad nuestras lágrimas con su suave consuelo y curará nuestras heridas sangrientas con su paternal afecto. Estos generosos héroes de vuestro Paraguay serán el santo orgullo de vuestra vejez, porque ellos apetecen tan gloriosa muerte, desean las cárceles, van alegres al destierro, son impávidos en los trances más terribles, buscando únicamente la Mayor Gloria de Dios, estos son Javieres resucitados.

Pues tal clase de operación mandó V. P. en socorro, porque sólo tales sujetos son aptos para labrar este campo apostólico. Y habrá muchos de estos por allá, porque no me puedo figurar que los jesuitas de Europa se nieguen hacerse mártires y ser sucesores de esclarecidos

desterrados y varones verdaderamente apostólicos; los cuales, para no rebajarse, fueron ensalzados en la cruz.

Hasta que no llegue el necesario y tan deseado nuevo contingente de misioneros, seguiremos nosotros aquí, en reducido número y expuestos a ser despojados si es que nosotros no podemos despojar al demonio de sus presas.

Para que suceda así, pedimos de Vuestra Paternidad muy reverenda su bendición, así como también nosotros de nuestra parte rogamos a Dios que nos conserve a su Paternidad por muchos años.

Juan Bautista Ferrufino

ÍNDICE DE LOS CAPÍTULO DE LA CARTA ANUA DE 1645-1646

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original	
De lo que es común en todos los colegios	1v
Colegio de Córdoba	2
Colegio de Santiago del Estero	3
Colegio de Buenos Aires	3
Colegio de San Miguel del Tucumán	3v
Colegio de la Rioja	3v
Misión entre los abaucanes y malfines	4
Colegio de Santa Fe	4v
Colegio de Salta	5
Misión de Calchaquí	5
Colegio de Asunción	5
Las reducciones del Paraná y Uruguay en general	5v
Las reducciones del Paraná	6
Reducciones de San Ignacio del Paraná	6
Reducción de la Purificación de la Santísima Virgen de Candelaria	6v
Reducción de los Santos Cosme y Damián	7
Reducción de Santa Ana	7
Reducción de Nuestra Señora de Loreto	7
Reducción de San Carlos	7v
Reducción de San José	8
Reducción de Corpus Christi	8
Reducción de la Anunciación de la Santísima Virgen en Itapúa y de San Ignacio de Yabebirí	8
Reducciones del Uruguay	9
Reducciones de la Virgen de los Reyes o Yapeyú	9
Reducciones de Concepción, San Miguel y Santo Tomás	9
Reducción de los mártires del Japón, Pablo, Juan y Jacobo	9
Reducción de Santa María la Mayor	9v

Reducción de los Apóstoles San Pedro y San Pablo 10v

Reducción de San Nicolás 11

Reducciones de la Asunción de Bororé y de San Francisco Javier 11v

Misión de los itatines 12

Reducciones de San Ignacio de Caaguazú y de Santa María de Fe 12

**INDICE DE LOS CAPÍTULO DE LA
CARTA ANUA DE 1647-1649**

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

Colegio de Córdoba	1v
Casa cordobesa de probación [Noviciado]	3
Colegio de la Rioja	3
Colegio de San Miguel del Tucumán	3
Colegio de Salta	3v
Misión de Calchaquí	4
Colegio de Santiago del Estero	5
Colegio de Buenos Aires	5v
Colegio de Santa Fe	6v
Reducciones del Paraná y del Uruguay	7v
Reducciones de San Ignacio del Paraguay	14
Reducción de la Encarnación o Ytapua	14v
Reducción de la Purificación o Candelaria	15
Reducción de San Cosme y San Damián	15v
Reducción de Santa Ana	16
Reducción de Loreto	16
Reducción de San Ignacio de Yabebirí	17
Reducción de San Carlos	17v
Reducción de San José	17v
Reducción de Corpus Christi	18
Reducción de la Concepción	18v
Reducción de San Miguel	19
Reducción de los mártires del Japón	19
Reducciones de Santa María la Mayor	19
Reducción de los Apóstoles, San Pedro y San Pablo	20v
Reducción de San Nicolás	21
Reducción de San Francisco Javier	21v

Reducción de la Asunción o de Mbororé 21v

Reducción de los Tres Reyes o Yapeyú 22v

Necrología de Jesuitas difuntos 23

Colegio de la Asunción 25v

Misión de los itatines 42

ÍNDICE ONOMÁSTICO 1645-1646

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

Andrés, indio f.11.v.
Argenta, José f.8. f.8.v.
Broglia, Carlos; arzobispo de Turín f.8.
Broglia, Francisco f.8. f.8.v.
Cárdenas, Bernardino, fray f. 3. f.5.
De la Cruz, Luis f.7.
Díaz, Taño, Francisco f.7.v.
Espino, Juan de f. 3.
Ferrufino, Juan Bautista f.12.v.
Hernández, Vicente f.2. f. 2.v.
Lupercio de Zurbano, Francisco f. 2.v. f.4. f.12.
Maldonado, Melchor, fray f.4.
Mansilla, Justo f. 2.v. f.12.v.
Mateo, f.12.v.
Moranta, Jerónimo f.5.v.
Moranta, Antonio f.5.v.
Nadal, Jerónimo f.5.v.
Nanduabuçu f.2.v.
Pastor, Juan f.12.v.
Romero, Pedro f.12. f.12.v.
Sobrino, Gaspar f.8.v.
Torres, Diego de f.5.v.
Vitelleschi, Mucio f. 7.v.

ÍNDICE TOPONÍMICO 1645-1646

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

Anunciación de la Santísima Virgen en Itapúa, f. 8.	Milán f.8.
Apóstoles Pedro y Pablo f.10.v.	Nuestra Señora de Fe f.12.v.
Asunción f. 2.v. f.5.	Nuestra Señora de Loreto f.7.
Asunción, colegio de f.5.	Paraguay f. 1.v.
Asunción de Bororé f. 11.v.	Paraguay, río f. 12.v.
Brasil f. 10.	Paraná f.2.v. f.5.v. f.6. f. 7.v. f.12. f.12.v.
Buenos Aires, colegio f.3.	Perú f.5.
Buenos Aires, puerto f.8.v.	Popayán f. 5.v.
Calchaquies, valle de los f.5.	Purificación de la Santísima Virgen de Candelaria f.6.v.
Calchaquí, misión de f.5.	Roma f.8.v.
Corpus Christi f.8.	Salta f.5.
Chuquisaca f.5. v.	Salta, colegio f.5.
Concepción f.9.	San Benito f.2.v.
Córdoba f.2. f.2.v. 4.v.	San Carlos f. 7.v.
Corrientes f.5.v.	San Francisco Javier, f. 8.v. f.11.v.
El Pantano f.4.	San Ignacio de Caaguazú f.12.
Gandia f.4.v.	San Ignacio del Paraná f.6.
Génova f. 8.	San Ignacio de Yabebirí f.8
Guayrá, misión de f.12.	San Ignacio f. 2.v. f.6. f.12.
Itapúa f.8.v.	San José f.7.v.
Itatines, misión de los f.12 f.12.v.	San Miguel del Tucumán, colegio f.3. f.3.v.
La Rioja f.4. f.4.v.	San Miguel f.4. f. 9.
La Rioja, colegio f.3.v.	San Nicolás f.11.
Marañón f.12.	San Pablo f.7.
Mártires del Japón, Pablo, Juan y Jacobo f.9.	Santa Ana f.7.
Méjico f.5.v.	

Santa Fe, colegio f.4.v.	Santos Cosme y Damián f. 7
Santa María de Fe f. 12.	Turín f.8.
Santa María la Mayor f.9.v.	Uruguay f. 5.v. f.8.v. f.9. f.12. f.12.v.
Santiago f. 2.	Valencia f. 2.
Santiago del Estero, colegio f. .	Virgen de los Reyes o Yapeyú f. 9.
Santo Tomás f.9.	

ÍNDICE DE PUEBLOS INDÍGENAS

Abaucanes y malfines f.4.
Gualachos f. 8.
Guaraníes f.12.v.
Itatines f. 2.v. f.12. f.12.v.
Tupíes f.8.

ÍNDICE ONOMÁSTICO 1647-1649

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

- | | |
|--|--|
| Alfaro, Diego de; Superior de las misiones f.25.v. | Chumbicha, jefe indio f.4.v. |
| Almeida, Juan f.44.v. | De la Cruz, Luis f.15.v. f. 16.v. f.22 |
| Amiense, duque f.24.v. | De la Torre, Domingo f.19. |
| Angulo y Ortega f.26. | Del Castillo, Juan f.25.v. |
| Aragona f.26. | Díaz Taño, Francisco f.11. f.39 |
| Arconato, Carlos f.23. | Escobar Osorio; gobernador f.12.v. f.29. f.33.v. f.34. f.42.v. |
| Arenas, Cristóbal f.24.v. f.25.f.42.f.42.v. f.43. f.43.v. | Fernández, Mateo f.28.v. f.42.v.. |
| Arias, Alonso f.43. f.43.v. f.44.v. | Ferrufino, Juan Bautista f.1. f.41 |
| Aripio, Fernando; cacique f.22.v. | Fields f.26 |
| Ávila, Esteban de f.10. | Formoso, Adriano f.24 f.24.v. f.25. |
| Bairoba, Francisco f. 21. | Gamarra y Mendoza, Pedro f.41. |
| Bonilla, Bernabé f.44. | Garabito, Andrés; oidor de la Audiencia f.33.v. f.39. |
| Boroa, Diego de f. 21. | González, Roque f.18.v. f. 21 f.24.v. f.25v. |
| Barceo f.42 | Henart, Nicolás f.42 f.43.v. |
| Barzana f.26. | Herrera, José f.5. |
| Buenaventura, indio f.10.v. f.11.f.12.f.12.v. | Herrera, Pedro f. 5. |
| Cabral de Alpoin, Manuel f.37.v. | Hinostroza, Gregorio; gobernador f.27.v. f.29. f.29.v. |
| Calderón, Rodrigo; Marqués de Siete Iglesias f.25. | Hornos, Juan Bautista f.23.v. |
| Cárdenas, Bernardino, fray; obispo del Paraguay f.8. f.26.v. f.27. f.27.v. f.29. f.32.v. f.43.v. | Láriz, Jacinto de; gobernador f.10.v. f.12.f.12.v. |
| Cárdenas, Juan F.23. | León f.6. |
| Carlos de Lorena f.42. | León y Zárate, Sebastián de f.33.v. f.39. f.41.v. |
| Carlos V f.34. | |
| Castillo, Juan del f.25.v. | |

- Lorenzana, Marciel de f.25.v.
Mancha y Velasco, Cristóbal de la; Fray f.13.
Mansilla, Justo f.42v. f.43. f.43.v. f.44. f.44.v.
Manquinano, Antonio f.36.
Marqués de Mancera, virrey del Perú f.33.v. f.44. f.44.v.
Maldonado, Melchor de; fray f. 2. v. f.32.v. f.33.v.
Maldonado, Pedro; fray f.5.
Martínez, Domingo f.25.v.
Mendoza, Cristóbal f.25.v.
Muñoz, Domingo f.42. f.43.v.
Nieremberg f.26.
Ñezú, hechicero f.24.v.
Nolasco, f.39.
Ojeda, Simón de; rector de Córdoba f.38.v.
Polo, Bernardo f.36.v.
Ponce de León, Diego, Vicario General f.41.
Quevedo, José f.3.v.
Ranzonier, Jacobo f.26. f.41
Reyes, Claudio f.23.v.
Rodríguez, Alonso f.25.v.
Rodríguez, Antonio f.36.v.
Rodríguez, Sebastián f.6.v.
Romero, Pedro f.25.v. f.28.v. f.42.v. f.43.v.
Ruiz, Domingo f.36.v.
Salazar, Diego de f.9.v.
Sobrino, Laureano f.41.
Suárez de Toledo, Martín f.36.v. f.37.
Torreblanca, Fernando f.4.v.
Torres f.26.
Utimba, jefe calchaquí f.4. f.4.v.
Vera, Martín f.10.v. f.11.v.

ÍNDICE TOPONÍMICO 1647-1649

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

- Acarayá, reducción de f.24.
f.24.v.
- Aquila f.24v.
- Apóstoles San Pedro y San
Pablo, reducción f.20.v.
- Asunción f.2. f.8v. f.14 f.14.v.
f.23. f.25. f.28. f.29. f.29.v. f.32.
f.37.v. f.39.v. f.42.v. f.40.v. f.41.
- Bélgica f.7.v.
- Benavente f.25.
- Borgoña, condado f.23.v.
- Buenos Aires f.5.v. f.6.v. f.7.
f.9.v. f.13. f.39.v.
- Burgos f.44.v.
- Brasil f.19.
- Caaró f.26.
- Candelaria véase Purificación
- Calabria f.24.v.
- Calchaquí, misión de f.4. f.4.v.
- Cariceto de Extremadura f.44.v.
- Chile f.4. f.5. f.5.v. f.7. f.29.
- Chuquisaca f.38.v. f.30.v.
f.33.v. f.38.v.
- Concepción, reducción de la
f.18.v.
- Córdoba f.1. f.2.v. f.3.v. f.5.
f.26.v. f.28.v. f.38.v.
- Corpus Christi f.18.
- Corrientes f.11. f.28. f.32.v.
f.37.v. f.38.
- Espinosa de Castilla la Vieja
f.24.v..
- Encarnación véase Itapúa
- Flandes f.9.v.
- Gualachi f.26.
- Guayrá, misión del f.17. f.16.f.42.
- Iguazú f.24. f.24.v. .
- Itatí f.26. f.29.v. f.42. f.45.
- Itatín f.25. f.34.v.
- Itapúa o Encarnación f.14.v. f.24.
- Ipané, río f.43.v.
- Jujuy f.3.v.
- La Rioja f. 3.
- Lieja f.42.v.
- López f.24
- Lisboa f.23.
- Londres, f. 3.
- Loreto, misión de f.16. f.17.
f.23.v.
- Lovaina f.12.v.
- Madrid f.10.
- Mártires del Yapeyú, reducción
f. 19.v.
- Mbororé o Asunción f.11.v.
f.21.v. f.22

- Milán f.23.f.12.v.
 Nápoles f.23.v.
 Nuestra Señora de Fe f.25.
 Paraguay f.1. f.10.v. f.11.
 f.11.v.f.12.f.12.v. f.14.f.15. f.23.
 f.24. f.26.v. f.27. f.28.v. f.29. f.32.
 f.32.f.32.v. f.33.v. f.34.v. f.35.v.
 f.38...f.39. f.42. f.42.v. f.43.v. f.40.v.
 f.41. f.44.v. f.45.
 Paraguay, río f.28. f.36.v. f.41. f.
 2.v.
 Paraná f.7.v. f.8.f.8.v. f.9. f.11.
 f.11.v. f.12. f.12.v. f.13. f.13.v. f.14
 .f.15. f.15.v. f.16. f.21.v. f.23.
 f.24. f.24.v. f.25.f.25.v. f.26. f.27.v.
 f.28.v. f.29. f.34. f.34.v. f.39.
 Picardía f.9.v.
 Perú f.3.v. f.4. f.10.v. f.26.v.
 f.28.v. 29. f.30.v. f.39.f.42. f.42.v.
 Purificación, reducción f.15.
 Río de la Plata f.6.v.
 Rioja de Castilla f.23.v.
 Roma f.23.
 Salamanca f.44.v.
 Salta f.3.v. f.4. f.4.v.
 San Carlos, reducción f.17.v.
 San Carlos de Anguistaga f.4.
 f.4.v.
 San Cosme y San Damián,
 reducción f.15.v.
 San Francisco Javier, reducción
 f.21.v.
 San Ignacio, reducción f. 14
 .f.14.v. f.24. f.43.
 San Ignacio de Yabebirí,
 reducción f.17.
 San José, reducción f.17.v.
 San Miguel, colegio f.3.
 San Miguel, reducción f.19.v.
 San Nicolás, reducción f.21.
 Santa Ana, reducción f.16.
 Santa Fe f.6.v. f.7. f.11. f.12.
 Santa María la Mayor, reducción
 f.19.v.
 Santiago f.2.v. f.4. f.5. f.5.v.
 Santiago (de España) f.39.
 Santo Tomé – Santo Tomás
 Apóstol, reducción f.12v. f.22.
 Santos Cosme y Damián,
 reducción f.24.v.
 Taré o Virgen de Fe, reducción
 f.9.v.
 Tape f. 19. f.28. f.44.v.
 Tape, sierra de f.24.v.f.25. f.26.
 Tayaoba del Guayrá f.26.
 Tres Reyes o Yapeyú, reducción
 f.12. f.22.v. f.42.v.
 Tucumán f.2.v. f.4. f.5. f.32.v.
 f.39.v.
 Uruguay f.7.v f.8. f.9. f.9.v. f.9.v.
 f.10. f.10.v. f.11.v. f.12. f.12.v.
 f.13. f.13.v. f.14. f.19. f.19.v. f.20.v.
 f.21.v. f.23. f.24. f.25. f.26. f.27
 .f.28.v. f.29.v. f.34.f.34.v. f.39
 Valdivia f.5.v.
 Valladolid f.24.v.
 Yabebirí, río f.16.

Maeder, Ernesto J. A.

Cartas Anuas de la Provincia Jesuítica del Paraguay 1645-1646 y 1647-1649 — Resistencia: Instituto de Investigaciones Geohistóricas, 2007. -208 p. - 21,5 cm. (Documentos de Geohistoria Regional, 14)

Contenido: -Introducción - Cartas Anuas de 1645-1646 - Cartas Anuas de 1647-1649 -Índice de los capítulos de las Cartas Anuas 1645-1646 - Índice de los capítulos de las Cartas Anuas 1647-1649 -Índice onomástico de las Cartas Anuas 1645-1646 - Índice toponímico de las Cartas Anuas 1645-1646 -Índice de pueblos indígenas-Índice onomástico de las Cartas Anuas 1647-1649 -Índice toponímico de las Cartas Anuas 1647-1649-.

CDU 271.5 “1645/1649”

<JESUITAS><PARAGUAY>
<HISTORIOGRAFIA RIOPLATENSE>

SERIE DOCUMENTOS DE GEOHISTORIA REGIONAL

- Nº 1 *Actas del Cabildo de Itatí (1793-1798)*. Prólogo de Alberto A. Rivera. Corrientes, 1980. 104 pp.
- Nº 2 Juan B. Ambrosetti. *Dos estudios sobre Misiones*. Est. preliminar Alfredo S. C. Bolsi, Resistencia, 1983. 168pp.
- Nº 3 Alberto A. Rivera *Bibliografía del Dr. Manuel Florencio Mantilla. 1853-1909*. Resistencia, 1984. 135pp.
- Nº 4 Tania Judith Curiel Lena. *Bibliografía del Chaco Argentino: 1875-1900*. Adv. preliminar de Ernesto J. A. Maeder, Resistencia. 1988.
- Nº 5 Tania Judith Curiel Lena.. *Bibliografía del Chaco Argentino: 1965-1969* Resistencia. 1988.
- Nº 6 Tania Judith Curiel Lena. *Bibliografía del Chaco Argentino: 1970-1979*. Resistencia, 1989.
- Nº 7 Tania Judith Curiel Lena. *Bibliografía del Chaco Argentino: 1901-1964*. Resistencia, 1989.
- Nº 8 Alberto A. Rivera. *Las Misiones de Guaraníes. Bibliografía de la época post jesuítica (1768-1830)*. Resistencia, 1989. 52pp.
- Nº 9 Alberto A. Rivera *Las Misiones de Guaraníes. Bibliografía de la época post jesuítica (1831-1881)*. Ilparte. Resistencia, 1990. 29pp.
- Nº 10 Alberto A. Rivera *Contribución a la bibliografía histórica de Corrientes (1853-1910)*. Resistencia, 1994. 93pp.
- Nº 11 *Cartas Anuas de la Provincia jesuítica del Paraguay 1641-1643*. Resistencia, 1996. 170pp.
- Nº 12 Diego de Alvear. *Relación Geográfica e histórica de la Provincia de Misiones*. Resistencia, 200. 173pp.
- Nº 13 *Cartas Anuas de la Provincia jesuítica del Paraguay 1644*. Resistencia, 2000. 120pp.; 2da. edición. Resistencia, 2007. 124 pp.

Las Cartas Anuas de la Provincia Jesuítica del Paraguay eran informes regulares de los P. Provinciales con el P. Prepósito General de la Compañía de Jesús residente en Roma. Las mismas tenían por objeto brindarle una información detallada acerca de la actividad pastoral cumplida en los distintos colegios y residencias de la Provincia, así como los progresos obtenidos en la evangelización de los pueblos indígenas atendidos por sus misioneros.

El presente volumen contiene las Cartas Anuas de 1645 — 1646 y 1647 — 1649, formadas por el padre Juan Bautista Ferrufino, Provincial de la Provincia Jesuítica del Paraguay. Se las ha reunido en una sola publicación ya que corresponden a una misma gestión y tratan uno de los temas dominantes de aquel quinquenio, como fue el conflicto que se suscitó en Asunción entre el obispo fray Bernardino de Cardenas OFM y el colegio jesuítico de aquella ciudad. Situación que supuso, entre otros incidentes, la expulsión de los jesuitas de Asunción. Este tema, de suyo polémico y presente en las Cartas Anuas de su antecesor, el padre Francisco Lupercio de Zurbano, adquirió en la época de Ferrufino, particular gravedad, hasta trascender las fronteras de la provincia